

Justo de Lara.

# Cervantes

## y el Quijote

El hombre, el libro  
y la época . . .

---

HABANA

IMP. Y LIB. "LA MODERNA POESIA"

Oblsps 133 y 135

1905



# CERVANTES Y EL QUIJOTE

---

EL HOMBRE,  
EL LIBRO Y LA EPOCA  
POR  
JUSTO DE LARA



HABANA

---

IMP. Y LIB. "LA MODERNA POESIA"

OBISPO 133 Y 135

1905



A MI MAESTRO  
Marcelino Menéndez y Pelayo,  
GLORIA DE ESPAÑA,

*dedico esta obra, en testimonio de profunda  
admiración y sincera amistad.*

JUSTO DE LARA  
(JOSÉ DE ARMAS Y CÁRDENAS.)



PROLOGO  
de la edición de 1905.

Al primero de los trabajos que componen este volumen, se le adjudicó en Mayo de este año el premio para la mejor biografía corta de Cervantes en el certamen ~~del~~ *Diario de la Marina* de esta ~~ciudad~~ *La Habana*.

El *Centro Gallego*, <sup>31</sup> sociedad benemérita, celosa siempre de enaltecer las glorias hispanas, de fomentar la instrucción y de estrechar la unión entre españoles y cubanos, ~~cada día más firme~~, ofreció aquella recompensa que tuve el alto honor de obtener.

Honra de Galicia, á la vez que de toda España, fué Cervantes, porque de aquella hermosa provincia, tan ilustre por los preclaros nombres con que ha enriquecido las artes y las ciencias, descendió la familia del primero entre los españoles, y del más grande escritor del mundo.

El segundo trabajo, que se titula *EL QUIJOTE Y SU TIEMPO*, lo publiqué el día 10 del mismo mes

propuesto por el  
establecida en la misma ciudad, y amistad  
y amistad  
pública



de Mayo, en edición extraordinaria del popular diario habanero *La Lucha*. He añadido á ese ensayo, para completar el volumen, un ligero bosquejo de la época literaria de Cervantes y tanto en la biografía, como en el estudio sobre el QUIJOTE, he creído conveniente agregar algunas nuevas observaciones.

Me complace de esta manera haber contribuido con mi modesta ofrenda en las fiestas que el mundo entero ha celebrado en honor de Cervantes, y demostrar así, una vez más, el amor de toda mi vida por la hermosa y fecunda literatura castellana.

*del Manco de Lepanto,*

Satisfechos deben sentirse los españoles de este tributo universal, y más considerando que casi simultáneamente al tercer centenario de la publicación del *Quijote*, las naciones extranjeras han honrado otras tres glorias intelectuales de la España moderna: Echegaray, poeta tan insigne como hombre de ciencia; Ramón y Cajal, investigador profundo del sistema nervioso, y Manuel García, artista eminente y benefactor de la humanidad ~~entre~~ los grandes inventores, quien al cumplir <sup>los</sup> ~~sus~~ cien años ha recibido en Inglaterra, desde el Rey hasta el pueblo, alto homenaje de agradecimiento y admiración. La savia poderosa que produjo los genios inmortales de la literatura española en los siglos XVI y XVII, no se ha agotado, por tanto, y después de sus últimos desastres, que han sido,

*como inventor del laringoscopio,*

quizás, para España su mejor fortuna, se ha elevado otra vez en las letras y en las ciencias, á la consideración y al aplauso de todos los pueblos.

Cuando á fines del reinado de Felipe IV, después de la jornada infausta de Rocroy y de la paz de Munster, exangüe la nación por la guerra de Cataluña, deshecha la armada y próxima, en fin, la época espantosa de Carlos II, el holandés ~~Sommerdyck~~ <sup>viajero Antoine de Brunel</sup> lanzó su última mirada sobre la Península desde las alturas de los Pirineos, hubo de quedar asombrado de que á pesar de tan rudos desastres, aquel pueblo estuviera en pie todavía. Mayores infortunios, si cabe, han ocurrido después, y mayores quebrantos hemos visto sufrir á esa nación esforzada. Pero su aliento vigoroso no se ha extinguido y mientras reconstruye sus fuerzas económicas y ocupa de nuevo su lugar en el concierto político de las potencias, recoge los laureos que lo mismo en el siglo XVI que en el XX, han ganado para ella sus hijos ~~más~~ ilustres.



I

EL HOMBRE



## LA VIDA DE CERVANTES <sup>1</sup>

### I

Difícil es juzgar el carácter de cualquier hombre, siendo la naturaleza humana tan "ondulante y diversa" como observó Montaigne; pero mucho más cuando se trata de uno de aquellos pocos inmortales, apartado ya de nosotros por larga distancia del tiempo y de cuya vida tenemos noticias escasas y á menudo contradictorias. En primer lugar, habrá que apartarnos de la ciega idolatría que se niega á ver otra cosa que actos sublimes en la vida de los hombres ilustres, sobre todo de los que como Cervantes hondamente nos conmueven en sus escritos, despertando con mágica elocuencia los sentimientos

<sup>1</sup> *Efemérides Cervantinas ó sea resumen cronológico de la vida de Miguel de Cervantes Saavedra* por don Emilio COTARELO y MORI, Madrid.—1905, 8vo. *The Life of Cervantes*, by Albert F. CALVERT. *Tercentenary edition*, New York, 1905. 8vo. *The Life of Miguel de Cervantes Saavedra*, by James FITZMAURICE KELLY. C. de la Real Academia Española, London.—1892 49 *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, etc. con la vida de Cervantes y el Análisis del Quijote, por don Vicente DE LOS RIOS, Madrid, 1780, 4 vols, 4.º m. *El Ingenioso Hidalgo*, etc. nueva edición, corregida de nuevo con nuevas notas, nuevas estampas y nuevamente aumentada por don Juan Antonio PELLICER etc., Madrid, 1797, 5 vols. 8vo *Vida de Miguel de Cervantes* por don Martín Fernández DE NAVARRETE (edición de la Academia) Madrid, 1819, 4.º *El Ingenioso Hidalgo*, etc. compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra y comentado por don Diego CLEMENCIN, Madrid, 1833-1839, 6 vols. 4.º *Obras completas de Cervantes*, dedicadas á S. A. R. el Sermo. Señor Infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza (t. 1.º con las *Nuevas Investigaciones sobre la Vida de Cervantes* por don Cayetano Alberto DE LA BARRERA) Madrid, 1863, 4.º m. *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por don Jerónimo MORAN, Madrid, 1863 fol. *La verdad sobre el Quijote. Novísima Historia Crítica de la vida de Cervantes*; por don Nicolás Díaz de BENJUMEA Madrid, 1879, 4.º *Bibliografía Crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, por don Leopoldo RIUS. Ma-



más generosos de nuestra alma. Lo que se llama ahora el genio, la "influencia secreta" ó el mayor desarrollo de ciertas aptitudes imaginativas que hace á algunos sobresalir en grado eminente sobre los otros, hasta el punto de vivir en la admiración de las generaciones futuras, no suele redimir á los seres privilegiados que poseen cualidad tan excelsa, de las complicadas pasiones, necesidades y flaquezas del resto de los mortales. La creencia, noblemente expresada por Vauvenargues, de que "los grandes pensamientos salen del corazón" no implica, además, que todos los que han pensado, sentido y escrito con profundidad y belleza superior á la de sus contemporáneos, fueran, precisamente, almas generosas é inmaculadas. Los ladrones en cuadrilla pueden, por ejemplo, enorgullecerse de contar entre sus compañeros poeta tan lleno de melancolía y desengaño del mundo como François Villon y un asesino puede ser artista insigne y escribir un libro encantador como Bembvenuto Cellini. Maquiavelo no fué un malvado, por todo lo que de su vida sabemos, apesar de *El príncipe*, y Bacon fué un infame á pesar de los *Ensayos*. Los libros no revelan con exactitud la bondad ó maldad del que los escribe, ni menos la hombría de bien es consecuencia precisa de la afortunada condición de escritor ilustre.

drid, 1899, 2 vols, 4<sup>o</sup> m. *La casa de Cervantes en Valladolid*, por Felipe PICATOSTE Madrid, 1888, folleto. *Nuevos documentos referentes á Cervantes y su familia* descubiertos y publicados por don Cristóbal Pérez PASTOR, Presbítero Madrid, 1896, 4<sup>o</sup> *Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos, recogidos y anotados por el Presbítero don Cristóbal Pérez PASTOR, Doctor en Ciencias, publicados á expensas del Excmo señor don Manuel Pérez de Guzman y Boza, Marqués de Jerez de los caballeros*, Madrid, 1897, 4<sup>o</sup> m. Partida de bautismo de Isabel Chiticalla y primer testamento de doña Isabel de Cervantes (*Cervantes en la Exposición histórica Europea, por don Manuel de FORONDA*, Madrid, 1894, 4<sup>o</sup>) Escritura de las capitulaciones celebradas para el matrimonio de doña Isabel de Cervantes y don Luis Molina, (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* Junio 15, 1874). La hija de Cervantes, por don Julio de SIGUENZA. (*La Ilustración Española y Americana*, 8 de Mayo de 1882.) *Cervantes en Valladolid* por don P. de GAYAGOS. (*Revista de España*, Marzo y Abril, 1884.) Partida de defunción de doña Magdalena, hermana de Cervantes. *Crónica de los Cervantistas*, Cádiz, Abril 23, 1872.) *Obras de Lope de Vega* publicadas por la Real Academia Española, 14 vols. Madrid, 1890 y s. s. fol. *Cervantes y Lope en 1605* por J. E. Hartzenbusch. (*La España Literaria*, Sevilla, 1863.) *Cervantes y su época*, por don Ramón León MAINEZ, Jerez, 1902, fol. *Cervantes y sus obras*, por don José María de ASENSIO, Barcelona, 1902, 4<sup>o</sup>

No quiere esto decir que algunos escritos de indignidad notoria puedan producirse por quienes no sean igualmente indignos: pero los libelos ó los libros de la pornografía más inmunda que se han publicado en todas las edades, no han de juzgarse como obras literarias sino como malas acciones. Por regla general, los que manejan bien una pluma y tienen que hablar de sí, incurren en la debilidad de pintarse tan llenos de perfecciones morales como se describen de palabra los tipos más ordinarios de la especie humana. Ejemplos rarísimos de escritores que se confiesan viles, tenemos, es cierto, en Casanova y en Samuel Pepys: pero las *Memorias* del primero acusan la vanidad enfermiza que es rasgo saliente en los peores criminales y las del segundo no se escribieron con ánimo de darlas á la luz pública. Nadie, en una palabra, puede ser su propio juez y menos un gran escritor. Cervantes no fué una excepción de esta regla. Las obras inmortales de la literatura (*La Divina Comedia*, los dramas de Shakespeare, el *Quijote*, y el *Fausto*, para mencionar solamente las que más suelen citarse reunidas) pueden ofrecernos algunos datos biográficos interesantes sobre sus autores, pero de las buenas ó malas condiciones personales de estos, exceptuando los rasgos del temperamento que trascienden en el estilo, tan solo la opinión que ellos de sí mismo se formaron, parcial é interesada siempre. En cambio, son documentos inapreciables para juzgar de la sociedad y la época en que se produjeron. Ningún crítico más profundo del siglo XIII que Dante, ningún pintor más exacto de las costumbres, ideas y pasiones de aquella época tormentosa de los finales del Renacimiento en los siglos XVI y XVII que Shakespeare ó Cervantes, ningún exponente más ilustre que Goethe de los largos años de vacilación y duda en que se establecieron al fin las bases verdaderas de la ciencia moderna, al concluir el siglo XVIII y comenzar el XIX.

Pero quisieramos nosotros que los genios, especialmen-



te los que nos han dejado en sus libros inagotables manantiales de meditación ó de entretenimiento, hubieran vivido sin mancha en el mundo, hubieran pasado por la vida sin dejar en los "zarzales del camino" girones de la virtud, y sentimos repugnancia invencible cuando alguna prueba se descubre de que no fueron tan puros en la realidad como aparecen en sus obras.

Hará cosa de medio siglo, se descubrió entre los papeles de la biblioteca de los condes de Altamira, en Madrid, un legajo que contenía la correspondencia privada de Lope de Vega con el Duque de Sessa y de modo que no cabía lugar á dudas, se vió que el *Fénix de los Ingenios Españoles* fué un mal sacerdote y un hombre indigno. Verdadera tormenta se levantó entonces entre los admiradores del ilustre autor dramático. Deseaban éstos que Lope se conservara á nuestros ojos como lo describió su amigo Montalban: alegre y divertido en la juventud, un tanto pendenciero y duelista, por demasiada afición á las mujeres, disculpable en sus años, pero siempre noble, hidalgo, incapaz de rebajar su propio decoro ni de mancillar después sus canas en intrigas y oficios impropios de un caballero. Por muchos años tratóse de ocultar la pecaminosa correspondencia, que sólo ha ido conociéndose del público poco á poco, y el venerable don Aureliano Fernández Guerra, inflamado en santa ira inquisitorial, llegó á exclamar que "¡ojalá una mano piadosa la hubiera quemado!"

De la misma manera, cuando en 1884 publicó don Pascual de Gayangos su descubrimiento de las *Memorias de Valladolid*, documento en que aparece Cervantes en el año de 1604, —el mismo de la primera edición que conocemos del *Quijote*— entre los jugadores y tertulianos de la casa de un tal Lope García de la Torre, recibieron la nueva los cervantómanos con incrédula sonrisa. ¡El autor del *Quijote* jugando á los naipes! ¡Cervantes ga-

nándole doscientos ducados á la mujer de Lope García! ¿Cómo es posible que en tales trances pudiera ponerse, quien concibió la noble figura del hidalgo manchego, quien creyó y dijo con elocuencia tanta, que podía despreciarse en el mundo la hacienda, pero no la honra? La caterva de ciegos adoradores del inmortal escritor, capitaneada por Benjumea, confundiendo el genio con el hombre, le presentó como un santo inmaculado, incapaz del menor defecto, ni del pecadillo venial menos pícaro. Para ellos, Cervantes vivió por encima de todas las debilidades humanas. Especie de Amadis ó de *Doncel del Mar*, mejor dicho, por sus armas blancas y purísimas, que eran en él sus virtudes, llenó su vida sólo con acciones heroicas, desinteresadas y caballerescas . . . .

Por desgracia, entusiasmo tan exagerado, no se funda en los hechos, y, por fortuna, los que sabemos de la vida de Cervantes no le describen tampoco, como un malvado, ni siquiera como un pecador empedernido. Aquella manera de juzgar á los genios, suponiéndolos incapaces de las debilidades de los demás, trae, por lógica consecuencia, que cuando sus faltas se descubren, éstas resultan agrandadas por la ley inevitable del contraste. Hay que tener en cuenta que el genio está sujeto, también, á necesidades fisiológicas y al triunfo ó la derrota en la lucha por la vida—según decimos ahora—por las mismas ó semejantes causas que los demás hombres. Hay que disculparle, también, como á ellos, con indulgencia cristiana, cuando le vemos caer del alto pedestal en que nuestra admiración le coloca y salpicarse con el fango de la realidad; porque llámese Miguel de Cervantes el que juzguemos, ó llámese Lope García de la Torre, á ninguno podemos exigir la perfección moral de los santos en la tierra. La idea que de la persona de Cervantes nos formamos ahora, es la de un hombre muy pobre, de nobles rasgos, aspiraciones elevadas y bastante



desgraciado, que vivió en una sociedad pobre, también, en la que eran difíciles los medios de ganar decorosamente la subsistencia. A sus tropiezos personales, se unieron, sobre todo en sus últimos años, las necesidades de una familia compuesta de mujeres. *Primo vivere.* El vientre tiene exigencias horribles, lo mismo para el genio que para el imbécil. ¿Qué extraño, pues, que alguna vez el genio doblegue también su fiero orgullo ante el tirano implacable? El propio Cervantes escribió que el nombre de honrado era difícil darlo al pobre y Rabelais, su hermano en la inteligencia y en la risa, pensó que el vientre, "Messere Gaster", era un amo inflexible: *el gran maestro de todas las artes* "aunque ha hecho el bien al mundo de inventar todas las máquinas, todos los oficios, todas las armas de guerra, todas las sutilezas *et tout pour la trippe.*"

II

Es indudable que Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547, aunque no quieran rendirse á esta evidencia los cabezudos habitantes de la villa de Alcázar de San Juan, que se empeñan en llamarle su paisano, presentando una partida de bautismo, de fecha posterior á la de Alcalá, de otro Miguel de Cervantes, á quien inútilmente atribuyen la gloria de haber escrito el *Quijote*. Pero el punto ha quedado resuelto por el diligente y erudito don Cristóbal Pérez Pastor, que tantos descubrimientos importantes ha hecho sobre la historia literaria española y especialmente sobre Cervantes, al publicar la solicitud que en 1580, redactó y firmó el verdadero manco de Lepanto cuando hubo de iniciar "por convenir á su derecho", un informativo sobre sus méritos y servicios. No es de sospechar siquiera que Cervantes ignorara el lugar de su nacimiento, ó que deliberadamente lo cambiara en un documento de tanta importancia para él, dónde no podía convenirle duda alguna sobre la identidad de su persona. En aquella solicitud se declara él mismo "natural de Alcalá de Henares" y esto prueba que la partida de bautismo de Alcalá es la cierta, aunque contenga, por error de pluma, escrito el nombre *Carbantes* y no *Cerbantes*.

Su padre, don Rodrigo, llamado el *Sordo*, por padecer de este mal de un modo incurable, parece que fué médico y carecía de bienes, lo mismo que su madre, que se



llamaba doña Leonor de Cortinas. Tuvieron siete hijos y el penúltimo fué el único ilustre. El apellido *Saavedra*, que se añadió éste por parecerle tal vez, más aristocrático y sonoro, era de parientes lejanos. Cuanto se ha dicho de la gran nobleza de su familia, que fué sin duda de origen gallego, puede inspirarse también en el deseo de sus biógrafos de hallar siempre lo mejor y más envidiable en todo lo que con él se relaciona; pero en realidad, ni extraño es que fuera noble, ni era la nobleza, en aquel tiempo, cosa rara en España. Para dejar de tener un árbol genealógico robusto y floreciente, preciso era confesar lo que pocas veces confesaban buenos cristianos y gentes que deseaban vivir en el aprecio de sus vecinos: que se descendía de judíos ó de moros. La Condesa de Aulnoy, aunque algo posterior á Cervantes, de la época de Calderón, nos cuenta en su entretenido *Viaje á España* que el cocinero de su amigo don Federico de Cardona, se preciaba de ser de tan buena sangre como el Rey y “hasta un poco más”. El Conde de Fröber, que visitó la Península por la misma época, refiere también, que habiendo contestado á un santanderino que deseaba entrar á su servicio de criado que, no conociéndole, exigía antes de aceptarle que le trajera “sus papeles”, el otro hubo de entender por esto sus títulos de nobleza y volvió al poco rato con un árbol genealógico que arrancaba nada menos que de la época de D. Ordoño II.

Pero entonces, como ahora, más importante en el mundo que ser de origen noble era ser rico, por aquello que desde el siglo XIV decía el Arcipreste de Hita: *mucho fas el dinero, et mucho hes de amar* y lo cierto es que ni la familia de Cervantes tuvo dineros, ni él nunca llegó á alcanzar la condición de rico, más efímera que la de genio, pero más respetada sin duda, por la sociedad, tales son las compensaciones del destino, en nuestros breves y fugaces días.

Era entonces muy honda en España la pobreza general. El erario público estaba en situación afflictiva. Fe-

lipe II con todo su gigantesco imperio, era el monarca de menos recursos en Europa y sin contar la constante dificultad que tuvo siempre para “poner una pica en Flandes”, sus apuros eran, á veces, verdaderamente cómicos. Según consta de las cartas publicadas por el mismo Gayangos, del embajador español en Londres, Duque de Feria, éste fué allí con instrucciones de Felipe para captarse con cuantiosos regalos la voluntad de la Reina Isabel, sobornar al Conde de Essex y á los nobles principales y obtener por la diplomacia y el dinero, lo que más tarde se quiso obtener por la fuerza con la *Invencible Armada*. Lo de la diplomacia fué bien, según parece, al principio, pero el dinero no llegó nunca, hasta que más tirantes las relaciones por ese motivo, entre otros, el Duque de Feria fué á dar á la cárcel, con pocos miramientos para su persona.<sup>2</sup>

La aventura de la Armada, felizmente para los ingleses, no se repitió por falta de bríos, sino por haberse agotado todos los recursos. Grande había sido, también, el esfuerzo que se hubo de hacer para la empresa inútil que culminó en Lepanto, y finalmente, son hechos históricos conocidísimos y al alcance de todos, las necesidades pecuniarias que pasó en sus campañas el Duque de Alba y la quiebra final del Banco de Génova, á consecuencia de la del Rey de España.

Esta situación duró todo el tiempo de la vida de Cervantes y continuó agravándose hasta el siglo XVIII, cuando hubo de gobernar el gran Rey don Carlos III. Reinando el hijo de Felipe II, cuando se publicó el *Quijote*,

<sup>2</sup> “El crédito de los 40,000 ducados y las joyas que se me avían de enviar no son venidas y aquí no veo otro modo de negociar sino es con dádivas y dijes. Suplico á V. M. mande que se me envíe crédito largo; pues V. M. vé cuanto mas cuesta ganarse un reino con fuerza que con maña.” *Carta de Feria á Felipe II, en 14 de Noviembre de 1588.*

Antes de publicarla Gayangos en su continuación de los *State Papers* de Bergenroth, se la facilitó á D. Adolfo de Castro y puede verse en la página 64 del *Examen filosófico sobre las principales causas de la decadencia de España*, por el mismo Castro, Cádiz, 1852



viajero  
Antoine  
de Brund

España entera vivía pendiente de la llegada de los galeones de América; más éstos (según consta en todos los documentos de aquel tiempo y cuenta el holandés ~~Aarsens de Sommerdyck~~, testigo imparcial) no traían nunca en barras de oro y plata lo bastante para cubrir una tercera parte de las necesidades. Si pobre estaba el Rey, miserable vivía el pueblo. En las obras de Cervantes y en las de Hurtado de Mendoza, Quevedo, Mateo Alemán, Vélez de Guevara, Vicente Espinel y en general casi todo los escritores españoles de costumbres en *el siglo de oro*, podemos ver descrita esta situación horrible.

Es, por tanto, de suponer que los hijos de don Rodrigo, el sordo y el pobre, no pasaron una infancia muy regalada y que nuestro Cervantes no se educó con los mejores maestros, entonces que la educación era privilegio de los ricos. Por lo pronto, con haber nacido en Alcalá de Henares, la célebre Compluto y existir allí la famosa Universidad fundada por el Cardenal Jiménez de Cisneros, no consta que siguiera en ella curso alguno. Se cree que estudió en Madrid y en Salamanca, pero no hay pruebas. A Madrid se trasladaron sus padres por 1554. Lo cierto es que, según sus obras lo demuestran, fué hombre de vasta lectura y no vulgares conocimientos adquiridos por su propia diligencia, aunque sus medios escasos le impidieron poseer los libros que citaba de memoria y equivocando casi siempre, como lo ha probado Clemencin, el nombre de los autores. Por su confesión sabemos—lo que muchas veces se ha repetido—que leía hasta los papeles rotos que encontraba por las calles. En 1568 enseñó gramática en el estudio del Presbítero Juan López de Hoyos y en 1569 figuró por primera vez como autor en una pobre colección de versos en memoria de doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, publicada por el mismo Hoyos, que le llama “mi muy caro y amado discípulo”. Al siguiente año pasó á Italia, en el servicio de camarero de Monseñor Acquaviva, Nuncio

Apostólico, y la causa parece haber sido que dió unas heridas al “andante en Corte” Antonio Sigura, dictándose contra él una sentencia durísima. Pero cierto ó nó esto último (los cervantómanos, naturalmente, lo niegan) es el caso y fué lo más propio de su carácter, que dejó de ser camarero en Italia y se alistó de soldado. Sirvió á su bandera cinco años y hallóse durante este tiempo en acciones memorables. ¿Quién ignora su heroico comportamiento como soldado de infantería en la galera *Marquesa* en lo más recio de la batalla de Lepanto, donde recibió tres heridas gloriosas que fueron siempre su orgullo, entre ellas la que hubo de mancarle de la mano izquierda para probar, como dijo Lope de Vega, despues de su muerte,

...que una mano herida,  
puede dar á su dueño eterna vida?

La conducta de Cervantes en Lepanto, se conoce, no sólo por su propio testimonio. En 1578 los alféreces Mateo de Santisteban y Gabriel de Castañeda, testigos presenciales, la declararon en España en un documento judicial, á solicitud del padre del escritor insigne. ¿Quién ignora su valiente comportamiento en el ataque de la Goleta de Túnez, y el recuerdo que siempre conservó y trasmitió á la posteridad en bellísimas páginas de la *Galatea* y el *Quijote*, de su vida de soldado en esos tiempos y de sus proezas militares?

En 1575, sin haber logrado un ascenso por falta de protección é influencia, regresaba á España licenciado del servicio, con ánimo de obtener una recompensa en la Corte. Llevaba en el bolsillo según él y su familia aseguraron, cartas de presentación para el Rey suscritas por don Juan de Austria y el Duque de Sessa, cuando el seis de Septiembre fué detenido su barco por piratas moros que le llevaron en cautividad á Argel con sus compañeros, entre los cuales estaba su hermano don Rodrigo. Los cinco años que pasó después en tan dura esclavitud,



llenar las páginas más dramáticas y románticas de su vida.

Desde que en 1752, el padre Sarmiento descubrió un ejemplar de la *Historia y topografía de Argel*, publicada por el padre Haedo, en vida misma de Cervantes, describiendo las hazañas de éste en el cautiverio, mucho se ha dicho sobre época tan dolorosa de su existencia, en que probó poseer un raro temple de alma. Parece, es verdad, que en la obra de Haedo, el propio Cervantes tuvo parte, leyéndola en manuscrito y tal vez, corrigiéndola. Su padre, su madre y sus hermanas doña Magdalena y doña Andrea, que hicieron grandes esfuerzos por rescatarlo y lograron reunir tan sólo la cantidad necesaria para liberar á don Rodrigo, iniciaron á la vuelta de éste en 1578 informaciones judiciales sobre los méritos y proezas de Cervantes á fin de arbitrar recursos para su libertad ó influir en el gobierno para que los proporcionara. En Argel y luego á su regreso, él mismo formó también otros expedientes en que constan, con nuevos testimonios, su generosidad y valor y la infamia de su enemigo el fraile Juan Blanco de Paz, que hubo de denunciarlo á Azan Aga—el Bey Argelino—en la ocasión de uno de sus intentos para fugarse. Pero descontando cuanto pueda haber de exageración interesada en todas estas relaciones, resulta indudable que sufrió mucho, que trató de evadirse varias veces, demostrando en todas ellas un ánimo esforzado y hasta que concibió el proyecto de una sublevación general de los esclavos en Argel esperando la protección y el auxilio del Rey de España.

Hasta qué punto trató de llevar á la práctica tan vasto plan, es cosa que no sabemos, pero me inclino á creer que nunca pasó de una idea. No se le juzgó ni tan temible, ni tan importante, por los moros, cuando debió su libertad á la circunstancia de no haber alcanzado los fondos que llevaban dos frailes redentores para rescatar á un cautivo de mayor calidad, llamado don Gerónimo

de Palafox. Fué rescatado con pocos dineros, 500 escudos de oro, proporcionados por gente humilde y que salieron en parte de la limosna de la orden á que los frailes pertenecían, completándose la cantidad con cincuenta doblas que para ese fin, aunque sin conocer á Cervantes, dió un tal Francisco Caramanchel, soldado de alma caritativa, quien contribuyó sin saberlo, de este modo, á hacer posible el *Quijote* y á que lograra España la más ilustre de sus glorias.

En la *Epístola á Mateo Vázquez*, Secretario de Felipe II, escrita en no muy buenos tercetos desde la esclavitud, apunta Cervantes la idea de la conveniencia para los españoles de extender sus dominios por el continente africano. Esto prueba su profunda sagacidad política, de la que es también el *Quijote*, en otros respectos, testimonio elocuente, pero no indica, en modo alguno, la efectividad de sus propósitos de dirigir en Argel una revolución tan trascendental como la que menciona el Padre Haedo. Por lo pronto, que se entretuviera en escribir tercetos, quien tenía en la cabeza ponerse al frente de veinte y cinco mil esclavos y destronar á un monarca cruel y poderoso, parece, á la verdad, absurdo. Cervantes no era un revolucionario, ni, apesar de su valor militar, un héroe de la clase de Rienzi ó Masianelo. Era, ante todo, un insigne escritor y el “hombre de letras,” aceptando el modismo de los franceses, no suele servir mucho para otras cosas cuando su mérito en ese campo de actividad mental es verdaderamente grande.

La multitud de facultades de un Leonardo de Vinci, es caso, tal vez, único en la historia y aún así, nada realizó verdaderamente completo aquel pasmo del ingenio humano. Nuestra limitada inteligencia excluye más de una especialidad, y por otra parte, los literatos pertenecen generalmente, á la clase de hombres que Augusto Comte llamó “contemplativos” y que carecen de las dotes prácticas de los que el mismo filósofo llamó tam-



bién “hombres de acción”. Que esto le ocurrió á Cervantes ¿quién puede dudarlo? Aceptemos su valor heróico y su imaginación vasta y profunda; pero confesemos que le faltó la cualidad de ejecución, que es la que lleva á término, en circunstancias favorables, los proyectos que concibe una exaltada fantasía. Fué, tal vez, como su héroe inmortal, demasiado soñador para prosperar entre los hombres. Sirvió, en una palabra, para escribir el *Quijote* y las *Novelas Ejemplares*, que es ya mucho servir en el mundo y no para conquistar imperios, ni destronar monarcas de un modo más real del que hubo de hacerlo, durante el breve tiempo de su locura, el señor don Alonso Quijano, vecino de Argamasilla.

### III

Al desembarcar en España en 1580, sus primeros esfuerzos fueron, naturalmente, para obtener del gobierno en Madrid—y ahora con más razones—la recompensa que en 1575 había ambicionado. La libertad sin la fortuna, ó, por lo menos, sin medios de vivir, puede ser, á veces, pesada cadena y siguiendo la opinión de Rabelais, la tiranía del vientre resulta algo más insoportable que la del mismo bey argelino Azan Aga. Desarrolló entonces nuestro autor, la actividad febril que notamos en el informativo á que ya se ha hecho referencia, pero ni el gobierno le prestó la menor atención, ni sus hazañas y sufrimientos despertaron el menor interés público. Eran muchos entonces los que regresaban del cautiverio con historias parecidas y en circunstancias iguales. ¿Qué hacer, por tanto? Algunos de sus biógrafos dicen que volvió á alistarse en el ejército y sirvió otra vez en la armada, á las órdenes del ilustre don Alvaro de Bazán, distinguiéndose en la expedición contra las islas Terceiras. Si Cervantes hizo esto—que es muy poco probable—no fué por amor á la gloria después de sus desengaños, ni por alcanzar tampoco recompensa que no había podido obtener por sus méritos anteriores. Como uno de los personajes que pintó luego en el *Quijote*, pudo aplicarse la copla aquella:

“A la guerra me lleva  
mi necesidad,  
si tuviera dineros,  
no fuera en verdad.”



Se supone que estuvo en Lisboa en esta época y se sabe que en 1581 Felipe II, encontrándose en la capital portuguesa, le confirió una misión sin importancia para Orán, que desempeñó en el término de un mes y pocos días. Pero ya en 1583, no servía en el ejército—si es que hubo de servir segunda vez—pues consta que le empeñó ese año en Madrid por 30 ducados al genovés Napoleón Nomenlín unos paños de tafetán, propiedad de su hermana Magdalena. Dícese ahora que escribió entonces *La Galatea* para casarse con sus productos. El hecho es que en ~~1584~~ salió á luz esta novela y Cervantes ~~se casó~~ con doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias, lugar muy cercano á Madrid, quien no ha de suponerse por sus muchos nombres que aportara al matrimonio bienes considerables. Lo que llaman tradición los biógrafos del escritor ilustre y que es casi siempre la fantasía de ellos mismos, ha inventado muchas noticias sobre este matrimonio. Se habla de la oposición á las bodas de un tío de la novia, del rencor de Cervantes, que retrató luego al tío en la figura de don Quijote y para dar más colorido romántico á los amores, quieren que doña Catalina sea la protagonista que con pura y ardiente pasión se describe en *La Galatea*. Lo que está fuera de duda y esa no es tradición ni invención de nadie, es que Cervantes casó en 1584 y en 1585, poco más ó menos, tuvo una hija con otra mujer.

Para explicar la existencia de esta niña, que desempeñó papel importantísimo en la vida de Cervantes, han querido los cervantómanos descubrir inauditas cosas. En primer lugar, dijeron que habia nacido antes del matrimonio, en Lisboa, de una dama portuguesa, que se enamoró del gran hombre y la que naturalmente, declaran, murió antes, también, de casarse Cervantes con doña Catalina de Salazar. El entusiasta Benjumea, empeñado en que Cervantes fuera tan casto y tan fiel como don Quijote, inventó, agarrando por los cabellos un párrafo del Li-

1585  
ya se había  
casado el  
año anterior

cenciado Alonso Fernández de Avellaneda, que Isabel era hija adoptiva de Cervantes. Pero ¿de qué valen estas fantasías ante la realidad de los documentos? En 30 de Marzo de 1585 fué bautizada esa niña en la misma parroquia de Esquivias, sin otro nombre ni más señales, que el de "Isabel, hija de Chiticalla." Su padre fué Cervantes; su madre, como luego veremos, llamábase doña Ana de Rojas. Que por mucho tiempo no apareció públicamente como hija de Cervantes lo prueba que en 1599 se describe en otro documento, como "Isabel de Saavedra, hija de Alonso Rodríguez y Ana Franca, su mujer" entrando á servir en casa de Cervantes, á la hermana de éste doña Magdalena, sin duda para cubrir las formas y ocultar la verdad de su filiación á doña Catalina. En 1608 llamábase, ya sin ocultaciones, "doña Isabel de Cervantes Saavedra, viuda de don Diego Sanz é hija *legítima* de Miguel Cervantes Saavedra," como lo declara en este año don Juan Urbina y el propio Cervantes en unas capitulaciones matrimoniales de la misma doña Isabel. Hija de Cervantes, también resulta en 1622, muerto ya su ilustre padre, en un pleito que contra ella sostuvo el Urbina sobre la propiedad de una casa en Madrid. Finalmente, para que no quepa sombra de duda sobre el nacimiento de doña Isabel, aunque en las capitulaciones antes citadas la llama Cervantes "hija legítima" con piadosa intención de padre, en 4 de Junio de 1631, hizo ella misma su testamento y en él se declara "hija de Miguel de Cervantes y de doña *Ana de Rojas*." Motivos hay para suponer, dice el Sr. Pérez Pastor, que Ana Franca y Ana de Rojas fueron una misma persona. No podemos sospechar, que Cervantes desamparara á Isabel en ningún tiempo. En 1605 doña Catalina de Palacios conocía la verdad, si es que no hubo de declarársele mucho antes, porque en ese año la familia fué encarcelada en Valladolid, según veremos después y doña Isabel aparece en el proceso como "hija natural" del



gran escritor. Para terminar este incidente, diré que los nuevos documentos dados á luz ahora, no solo destruyen la leyenda de la dama portuguesa, madre supuesta de doña Isabel, sino igualmente la historia de que ésta profesó en un convento de Madrid, de donde fué monja Marcela del Carpio y Luján, hija de Lope de Vega, porque ya hemos visto á la de Cervantes casada dos veces y testando quince años después de muerto su padre. A los 67 años de edad, murió ella en Madrid el 20 de Septiembre de 1652.

Volviendo á 1585, el nacimiento de esa niña, el cuidado de doña Ana de Rojas (si es que ella y su marido Rodríguez eran tan pobres como Cervantes) las nuevas obligaciones contraídas por el matrimonio con doña Catalina y el sostenimiento de su madre y sus dos hermanas, fueron cargas pesadas para los hombros del desdichado autor. Estuvo este año en Sevilla, donde un tal Gómez de Carrión, le prestó sin interés 500 ducados por el término de seis meses. Su espíritu optimista, no desmayó, sin embargo. *La Galatea* es una obra extensa, de *long haleine*, y que demuestra no sólo laboriosidad, sino intenso entusiasmo. Por haber dicho en el Prólogo de este libro, que llamó *égloga* y calificó también de *primicias de un corto ingenio*, que “muchos de los disfrazados pastores de ella lo eran sólo en el hábito,” hánse dado sus biógrafos, á descubrir que además de él y de su dama—quizás sus damas por lo que ya se ha dicho—andan revueltos en la obra Luis Barahona de Soto, —Francisco de Figueroa, Pedro Láinez y otros amigos suyos, encubiertos bajo los nombres de Lauro, Tirso, y los demás pastores. Sobre si Cervantes se pintó en Damón ó en Elisio, se ha gastado mucha tinta. Probablemente alguien se pondrá ahora á averiguar bajo qué nombre se oculta al pobre marido de Doña Ana. Mas lo que importa es que Cervantes escribió *La Galatea* en Madrid para tentar fortuna en la profesión literaria, eligiendo el género pastoril tan en boga entonces á causa

de la popularidad de *La Diana* de Montemayor y siguiendo las aguas de Luis Vélez de Montalvo, que dos años antes había publicado, con provecho, la insulsa novela *El Pastor de Filida*. Quiso llamar la atención no sólo del público, sino de los autores mismos, é incluyó en su libro el largo *Canto de Caliope* en que menciona, en versos alguna vez felices y con grandes elogios, á los principales escritores del tiempo.

Pero *La Galatea* no tuvo en ningún sentido el éxito que esperaba. Le produjo escaso dinero, 1336 reales pagados por Blas de Robles en 1584 y entonces le ocurrió la idea—para él bien desgraciada—de buscar en el teatro suerte mejor. Su afición á este género, fué siempre grande y es cosa cierta, que jamás hubo de conformarse al fallo adverso de sus contemporáneos. El teatro español estaba entonces en mantillas y Cervantes trató de hacer algunas reformas, de que él mismo nos habla, como es la de introducir en la escena personajes alegóricos y reducir la acción á tres jornadas en lugar de cinco. Según Ticknor, ni una ni otra cosa fueron novedades, pero sus obras dramáticas, comparadas á las de Bermúdez, Argensola, Virués, Juan de la Cueva y otros contemporáneos suyos, revelan cualidades superiores. *La Numancia* tiene, en verdad, alguno que otro rasgo digno de Marlowe y lo mismo *Los tratos de Argel*. El espíritu católico de la famosa *Devoción de la Cruz*, de Calderón y algunos versos fáciles, se encuentran en *El Rufián dichoso* y *El Gallardo español* es una comedia casi tan hábil como las mejores de Lope. Por el propio Cervantes sabemos que fueron muchas de estas obras representadas con aplauso, que escribió cerca de treinta, y que, sin embargo de la buena acogida del público,—que no sería tanta, después de todo—tuvo que retirarse de la profesión de autor dramático porque “el mónstruo de la naturaleza,” el gran Lope de Vega, “se alzó con el cetro de la monarquía cómica.”

Galvez



#### IV

Con excepción de unas pocas composiciones poéticas, nada importantes, de dos ó tres sonetos, entre ellos el inmortal que todos conocemos, con estrambote y de algunos elogios al frente de libros de otros autores, su actividad literaria se apagó durante veinte años. Desde *La Galatea* hasta el *Quijote* no dió á la imprenta libro alguno, durmiendo, según su propia frase, por tan largo tiempo "en el silencio del olvido". Duro fué, sin duda, para él su desengaño, cuando vió desvanecidas las nobles esperanzas que concibió en la escena y triste la resignación con que humillado y vencido, tuvo que colgar la pluma y sumirse humildemente en la oscuridad. Debemos suponer que sus mayores esfuerzos en el teatro duraron desde 1585, año siguiente al de la publicación de *La Galatea* y en el cual murió su padre D. Rodrigo, hasta 1588, en que se trasladó á Sevilla, habiendo obtenido de don Antonio Guevara, consejero de Hacienda, un modesto empleo en el comisariato de provisiones para la Armada. Por cinco años desempeñó este destino, haciendo en cumplimiento de su obligación, constantes viajes por Andalucía. En el año 1588 aparece en un documento acopiando trigo con 12 reales diarios de sueldo por comisión de don Diego de Valdivia, Alcalde de la Audiencia de Sevilla y consta que sacó y almacenó por la misma orden, trigo y cebada en Ecija contra la voluntad de las autoridades eclesiásticas, que hubieron de escomulgarlo. Le confirió Valdivia varias otras comi-

siones análogas en 1589 "por la satisfacción que tenía de su persona y experiencia de Cervantes, en semejantes cosas," mas parece que esta ocupación no fué continua ni estable. Entre los autógrafos que de él se conservan, publicados por la Academia de la Historia, hay una solicitud que dirigió al Ayuntamiento de Carmona, en doce de Febrero de 1590, para sacar cuatro mil arrobas de aceite. No podía conformarse hombre de sus aspiraciones y sus méritos, á situación de tan escaso lustre y envió una instancia al Rey en este año, solicitando nada menos que un puesto de Gobernador en Guatemala. Pensó quizás entonces, como Voltaire con más éxito en Francia en el siglo XVIII, hacerse rico antes de hacerse famoso y volver á la patria para escribir libros inmortales, después de tener los cofres bien repletos de talegas. Pero fracasó en esto, como en casi todo en su vida. Falto de buenos padrinos, su solicitud fué negada en 1593. Ya en 1592, después de sufrir prisión en Castro del Río, por acusársele de vender 300 fanegas de trigo sin orden para ello, había quedado cesante en el comisariato de Sevilla. Resultó este año alcanzado en sus cuentas en la suma de 3.773 reales, que, probablemente, pagaría antes de 1593. Acordóse entonces, otra vez, de su pluma de autor dramático y firmó un contrato con el comediante Rodrigo Osorio comprometiéndose á escribir seis comedias "que resultaran de las mejores que se han representado en España."

Mas si difícil le fué antes prosperar en este camino mucho más tenía que serle ahora. La sombra de Lope de Vega era ya incontrastable y para Cervantes no había lugar junto al que llenaba con su fama los teatros de España. Miseria, decepciones, hambre, fueron lotes siempre de Cervantes y de su infeliz familia. Dobló la cabeza hondamente amargado y solicitó de nuevo un puesto oscuro para librar el diario sustento. En 1593, su madre doña Leonor murió en Madrid en la miseria.



En 1594 obtuvo la comisión de cobrar algunas cantidades por el Estado en varios pueblos de Granada y con tan mala suerte, que al siguiente año giró á la Corte 7,400 reales de su recaudación en Vélez Málaga en una letra de cambio que compró á un tal Simón Freire de Luna y la letra fué protestada, alzándose Freire con los fondos. Regresó á Madrid sin tardanza, y pasó grandes apuros tratando de arreglar este desagradable tropiezo. En 1597 se le encarceló, al fin, en Sevilla, habiéndole encontrado la Tesorería General descubierto en la escasa suma de 2,641 reales. Salió en libertad bajo fianza con obligación de presentarse á los treinta días en Madrid y cubrir el déficit, pero no consta que lo pagara nunca. De 1598 á 1603 hay pocos datos ciertos sobre su vida. Residió en Sevilla largo tiempo. Se le requirió inutilmente cuatro ó cinco veces para que rindiera sus cuentas, y parece que viajó por la Mancha, según se desprende del *Quijote*; pero todas las leyendas y tradiciones sobre su estancia y contratiempos en Argamasilla del Alba, no se fundan en pruebas evidentes. En 1603 declaró de nuevo en el proceso por desfalco, hallándose en Valladolid y se supone que volvió á ser preso algo antes de esta época, aunque de ello no hay otro indicio sino que ya entonces debió haber comenzado á escribir su gran novela y ésta, según su propia confesión, se “engendró en una cárcel.” Mucho trabajo se han tomado los eruditos en averiguar si esta cárcel fué la de Sevilla ó la de Argamasilla del Alba. Para Benjumea no fué ninguna y la frase de Cervantes ha de entenderse metafóricamente. Pero Argamasilla parece el lugar de donde “no quiso acordarse” el gran escritor y según indican los burlescos epitafios de los *académicos* que terminan la primera parte de su libro y ciertas alusiones del maligno Avellaneda, no tuvo Cervantes motivo para que le inspirara ese punto las mayores simpatías. Este caso de una obra inmortal concebida en una prisión, no es el único en la

historia literaria. Chaucer escribió en una cárcel su mejor poema. También el Arcipreste de Hita. Privados de la libertad, como en todas las graves circunstancias de la vida, los hombres se expresan de muy diversas maneras. Silvio Pellico se resignó y su libro fué un lamento. Cervantes protestó y su libro fué una carcajada.



## V

Cervantes no rió tanto hasta entonces. Su vena satírica apenas había encontrado desahogo en algún soneto ó en algún entremés de teatro. *La Galatea* es seria, monótona á fuerza de lirismo y falsedad romántica. Sus obras dramáticas suelen ser tragedias y entre ellas *La Numancia* es dantesca por lo horrible. Pero en el *Quijote* estalló su risa, porque la risa no es siempre el patrimonio de los afortunados. El dolor que hace llorar á los más, á algunos hace reír y de estos pocos fué Cervantes. ¿No es el *Quijote*, á pesar de su alegría, un grito de dolor? No podía resignarse el escritor insigne á conservar su pluma ociosa, pues como todos los géneos presentía el aplauso de los siglos, que pudo escuchar regocijado dentro de las sombrías paredes de su prisión. La vocación literaria, además, no abandona al que la posee ni en la próspera ni en la adversa fortuna y así como César y Marco Aurelio, rodeados de gloria militar, próximo el uno á la corona del mayor imperio del mundo, ciñéndola el otro, hallaron horas de reposo en medio de sus campañas para escribir sus mejores ideas, Cervantes, pobre, oscuro, lidiando por la subsistencia en una sociedad como la de España en el siglo XVII y en los rigores de una cárcel, halló en la idea de su *Quijote* consuelo á sus derrotas y desengaños. Su libro no podía ser otra cosa que una sátira. Viejo ya en esta época, abatido por el infortunio, manteniéndose unas veces del po-

bre oficio de copista, otras cobrando con humildad á la puerta de un magnate algún recibo de las modestas labores de las mujeres de su familia, todos los horizontes, excepto el de la gloria, para él se habían cerrado.

En 1604 ya el *Quijote* estaba impreso y había comenzado á circular en el público. Vivían entonces con Cervantes en Valladolid, además de su esposa, que se ausentaba alguna vez á Esquivias, su hermana doña Magdalena de Sotomayor, su hermana doña Andrea de Cervantes, viuda tres veces y con una hija de veintiocho años llamada doña Constanza de Ovando y su hija Isabel, soltera todavía. Doña Magdalena, que no sabemos porqué se llamaba Sotomayor y otras veces Pimentel de Sotomayor, era hija legítima de don Rodrigo de Cervantes y doña Leonor de Cortinas, según consta en varios de los documentos que Pérez Pastor ha publicado. Aquellas pobres mujeres, especialmente esta hermana, que parece llevaba la dirección de la familia y doña Andrea, que se dedicaba á trabajos de costura, ayudaban con sus labores al sostenimiento común. Cervantes encontraba medios de hacer algunas copias y agenciar unos pocos negocios. Entonces fué, probablemente, cuando comenzó á visitar á los jugadores con quien hubo de verlo el portugués Tomé Pinheiro da Veiga, que escribió las *Memorias de Valladolid*. Habíase trasladado á esta ciudad con su familia por razón de estar la Corte en ella y esperando que le alcanzara algún mendrugo. Algunos creen que se le encargó por el Gobierno un trabajo literario y que suyo es el opúsculo impreso por Juan Godínez, en 1605, relatando las fiestas por el nacimiento del príncipe don Felipe, aunque recientemente se ha descubierto que la pesada relación de esas fiestas, fué obra del cronista Antonio de Herrera. De todos modos, á su humilde casa no llegaba la protección de los poderosos, pero reinaba, en cambio, la paz, como dulce compensación. La lucha horrible con los hombres, tóvola fuera,



pero no dentro de sus puertas y en aquel hogar tranquilo, donde imperaba el amor, á pesar de la miseria, gozó la calma de espíritu necesaria para reír de sus infortunios y terminar sus páginas inmortales.

De fuera penetraban los ecos de la fama de Lope de Vega. Cervantes aunque comprendía el mérito de Lope, veía también sus defectos ridículos. Juzgábale, sobre todo, como el cruel y constante obstáculo á su fortuna y fijos en él los ojos, resuelto á abrirse paso en el mundo de las letras, aunque preciso fuera para ello lidiar con el ídolo de los españoles, se decidió, al fin, inflamado en sus antiguos bríos de Lepanto, á presentarle batalla formidable. ¡Contraste grande el que ofrece la vida de esos dos españoles ilustres! Si el Sr. Fitzmaurice-Kelly está en lo cierto, Lope de Vega llegó á reunir un capital que reducido á moneda de hoy, representa más de cien mil *dollars*, lo que en aquellos tiempos en España equivalía á la riqueza que ahora nos asombra de los millonarios norte-americanos. Añádase á esto su lujo casi insolente y su influjo en la Corte, hasta el punto de burlar los tribunales de justicia no cumpliendo las sentencias que contra él se dictaban. Así ocurrió en el caso de sus libelos en 1587 contra Elena Osorio y Jerónimo Velázquez, según el proceso recientemente publicado por los Sres. Pérez Pastor y Tomillos y en el rapto de doña Isabel de Urbina (no obstante la alta posición del padre de ésta) con la cual hubo de casarse más por su voluntad que de nadie forzado. En el teatro, dentro y fuera de bastidores, el poder de Lope era supremo: verdaderamente esa fué "su monarquía." Aunque su mérito era superior al de sus rivales y llevaba, por tanto, bien puesta la corona, no fué amigo de darles protección, ni oportunidad de lucir sus talentos. Alarcón fué su enemigo por esta causa. Torres Ramila lo acusó de envidioso á los autores dramáticos. Cervantes creyó que sus comedias por culpa de Lope, no fueron todas representa-

das. También entre los ricos que amaban las letras ó tenían la vanidad de hacer creer que las amaban, fué Lope el autor favorito, el objeto de sus generosidades mayores. Ayudóle para esto, sin duda, su carácter cortesano del que tan ajeno era Cervantes y hasta su manga ancha en materia de mujeres, pues sirvió de secretario algún tiempo, muy á gusto del engreido aristócrata, al Duque de Alba, don Antonio, de quien ensalzó las aventuras amorosas en *La Arcadia* y casi de alcahuete al Duque de Sessa, según lo demuestra la correspondencia escandalosa que ya he mencionado. Lope, en suma, no fué de una superioridad moral comparable á la de su genio y confúndese su carácter con el de la generalidad de sus más vulgares contemporáneos. Los individuos de su estampa, cuando les acompañan la diligencia y el don de gentes, tan inapreciable para los que aman la sociedad y el mundo, prosperan siempre. No es de extrañar, por tanto, que mientras los nobles le protegían de tal manera y se honraban firmando versos en su elogio, Cervantes más independiente y altivo, apenas lograra que el Duque de Béjar consintiera ver su nombre en la dedicatoria de la primera parte del *Quijote*. Avellaneda lo dice cruelmente: Cervantes estaba falto de amigos y los nobles se ofendían de que tomara sus nombres en la boca.

¿Qué podía hacer Cervantes sino defenderse? Trabajo hubo de costarle hasta publicar su libro. Dispuesto ya á reír, enderezó á Béjar como para burlarse de su ignorancia, aquella ridícula dedicatoria compuesta de frases de Francisco de Medina y de Herrera en su edición de las obras de Garcilaso. El librero Francisco de Robles aceptó el manuscrito de la obra de mala gana, sin sospechar que iba á pasar por ella á la inmortalidad y la imprimió pobre y descuidadamente en Madrid en el taller de Juan de la Cuesta. Pero el golpe fué dado y Lope hubo de sentirlo. Cuando leemos después de trescientos años y libres de las pasiones de la lucha, los detalles de



esa guerra literaria, nuestras simpatías han de inclinarse naturalmente, del lado de aquel que viejo y solo, combatió contra un rival endiosado y una corte de necios soberbios ó viles aduladores. Su gran habilidad fué abandonar el teatro en que era inferior y tomar el campo de la prosa y la novela. El gran error de Lope fué disputarle también la palma en este terreno, donde nadie en el mundo ha podido siquiera igualarle.

El buen don Martín Fernández de Navarrete, asombrado de que dos hombres tan ilustres llegaran á manifestaciones tales de odio, trató inútilmente de probar que fueron buenos amigos. Navarrete ha querido, también, colgarle á Góngora los ataques entre Lope y Cervantes y Hartzenbusch quiso, igualmente, dulcificar algunos detalles del rudo combate. La romántica idea de que los genios no pueden tener las pasiones de los demás hombres, inspiró la fácil musa de Narciso Serra en las populares escenas de *El loco de la guardilla*, donde aparecen Cervantes y Lope de Vega compitiendo en amistosos sentimientos. Pero lo cierto es que hubo entre ambos rivalidad grande y que el libro, orgullo tan legítimo de España, el gran *Quijote* que el mundo entero aplaude regocijado, fué uno de los tremendos proyectiles lanzados á Lope por Cervantes en lo más recio de la titánica lucha. De esto hay pruebas claras, precisas, indudables, en el libro mismo y en documentos de la época. El tiro fué tan estupendo, el esfuerzo tan gigante, tan admirable la maestría del golpe, que Lope y sus amigos quedaron suspensos y confusos. Hasta nueve años después no intentaron contestar al formidable ariete con el menguado y cobarde dardo del *Quijote* de Avellaneda. Refugiáronse en el libelo y envenenaron sus flechas, pero Cervantes había vencido ya y desde la cumbre del Parnaso pudo reír del ejército maltrecho y confuso de sus enemigos. Avellaneda, el hijo infame del despecho y de la envidia, fué á ocupar su puesto junto á Zoilo. Cervantes se

colocó junto á Homero y el *Quijote* ocupó su noble lugar entre las obras inmortales.

Avellaneda dice que el móvil de Cervantes fué ofenderlo á él “y *particularmente* á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras y la nuestra debe tanto por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estupendas é innumerables comedias con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar”. Quién era ese Avellaneda, que tuvo el honor de recibir tal ofensa, la posteridad lo ignora. Trabajo cuesta creer que fué el mismo Lope. Lo que importa es que el *Quijote*, según él nos dice, fué *particularmente* enderezado á combatir á éste y que Lope de Vega sintió las fuerzas del coloso que saltaba á la arena, se vé en la prisa que hubo de darse en Agosto de 1604, en escribir la necedad de que era un necio quien alabara la novela sublime.

Razón humana y poderosa movió á Cervantes á entrar en la lucha. Menospreciado por el Gobierno en un país donde los medios de vida eran tan escasos, escribir libros y tratar de venderlos, grangeándose á la vez ricos protectores, era el único recurso posible en sus tristes circunstancias. Pero, ¿en cuál de los géneros de literatura entonces en boga, podía probar su ingenio sin tropezar con la rivalidad de Lope? En el teatro ya sabemos que era imposible. Lope, en el género pastoril, oscureció *La Galatea* con *La Arcadia*. *El peregrino en su pátria*, del mismo Lope, era novela popularísima, si bien no encuentra hoy lectores fuera de los eruditos. Cervantes no fué gran poeta, ó mejor dicho, hábil versificador y asustábase la fama del *Isidro*, de *La Jerusalén*, de *La Dragontea* y tantos otros poemas con que hizo crujir las prensas el más fecundo de los escritores que ha existido. ¿Qué otro libro podía servirle, pues, para atraer sobre sí la atención pública que la historia “de un hijo seco, avella-



nado y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno?"

La idea de una sátira contra los libros de caballerías, por mucho que éstos fueran ya tan de capa caída que sólo entreteníase en escribir uno de ellos el señor de Cañada Hermosa, le ofreció un campo no explotado y libre, por el momento, de la terrible competencia de su rival. Allá fué, pues, don Quijote á dar de lanzadas á Lope de Vega, "sin anotaciones en las márgenes," como dice el Prólogo, y "sin anotaciones en el fin del libro, como otros aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos que admiran á los leyentes y tienen á sus autores por hombres leídos, eruditos y elegantes." Allá fué don Quijote á pegarle de testarazos al ilustre Lope, sin citas "de la Divina Escritura", sin pintar en un renglón "un enamorado distraído y en otro hacer un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oillo ó leelle." Allí fué á combatir *El Ingenioso Hidalgo* sin lista de autores al principio "por las letras del A B C comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro" y, sobre todo, fué sin sonetos encomiásticos "á lo ménos sonetos cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, damas ó poetas celebérrimos."

¡Qué censura tan admirable y cómica la de Cervantes al pretencioso estilo de su encopetado adversario! En *El Peregrino*, en *La Arcadia*, en las *Rimas*, nótanse todos estos defectos de mal gusto en que incurrió Lope. Contiene *El Peregrino* una lista alfabética de autores, desde Aristóteles hasta Zeuxis y Zoilo y encuéntrase *La Arcadia* llena también de ridículas acotaciones. Clemencin contó veinte y ocho composiciones métricas en aplauso del autor al frente de las *Rimas* publicadas en 1604 y entre ellas algunas firmadas por el Príncipe de Fez, el Duque de Osuna, el Marqués de la Adrada, los Condes

de Villamor y Adacuaz, el Comendador Mayor de Montesa y tres poetisas. Curioso es que entre las veinte y ocho poesías encontremos un soneto del mismo Cervantes, lo cual prueba que la mala voluntad de Lope no alcanzaba á negarle un puesto entre sus admiradores. También en el *Isidro*, publicado en 1599, llegó Lope al colmo del ridículo en esto de las citas, acotando desde la Crónica del Cid hasta los Trenos de Jeremías. Trizas quedó hecho, pues, el gran Lope Félix de Vega Carpio en el Prólogo del *Quijote* y abochornado y confuso, cuando Cervantes le probó lo fácil que era hacer gala de tanta erudición y tan numerosos admiradores, pues bastaba, para lo primero, recordar unos cuantos latinajos, de puro sabidos olvidados y para lo segundo, hacerse uno mismo los sonetos y prohijarlos "al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapizonda!"

El tiro más directo tal vez de todo el Prólogo inimitable, es aquel en que alude á los muchos amigos de que se jactaba Lope Félix:

"Si trataredes de malos pensamientos acudid con el Evangelio, *De corde exeunt cogitationes malae*. Si de la inestabilidad de los amigos, ahí está Catón que os dará su dístico:

*"Donec eris FELIX, multos numerabis amicos  
Tempora si fuerint nubila, solus eris".*

¿Por qué dice don Diego Clemencin que de la acusación de envidia hecha por Avellaneda á Cervantes "difícilmente se puede absolver á éste, á pesar de sus esfuerzos para diluirla?" En primer lugar, la crítica de Cervantes en su Prólogo, es justa y dentro de términos moderados para la persona de su enemigo. Ninguna ofensa puede encontrarse en tan festiva y á la vez tan culta censura y si Lope hubo de sentirse personalmente lastimado por ella, fué á causa de su soberbia y de sus malos sentimientos contra Cervantes. No puede llamarse envidia, tampoco, á la defensa de un derecho. Cervantes no era



un Torres Ramila, despechado y vulgar. Era el escritor de más genio que había entonces en España y uno de los primeros del mundo y no podía conformarse, ni era justo que lo hiciera, á permanecer en el olvido ó á servir de corifeo, como los demás, á Lope de Vega. No la envidia, pero sí una noble emulación, fué la que hubo de inspirarle y él mismo lo dijo en la admirable frase que se encuentra en el Prólogo de la *Segunda Parte* del gran libro, replicando al desvergonzado Avellaneda:

“He sentido, también, que me llame invidioso y que como á ignorante me describa que cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que hay yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada.”

En el Capítulo XLVIII, de la primera parte del *Quijote* y en medio de la severa crítica que contra Lope encierra todo el diálogo sobre las comedias entre el cura y el canónigo, hallamos el mismo levantado sentimiento disculpando á su enemigo de sus yerros en el teatro y echando la responsabilidad sobre los cómicos. Pero Lope no fué tan culto, ni tan generoso en sus réplicas. Entre los graciosos sonetos que se dirigieron uno y otro después de la publicación de la primera parte del *Quijote*, los de Lope de Vega son crueles y soeces y de su taller, si nó de su propia mano, salió en 1614 el *Quijote* de Avellaneda. Aunque no se ha aclarado todavía quien fué este indigno personaje, fuerza es reconocer que con ese pseudónimo se encubrió alguno de los escritores, zaheridos junto con Lope, en el escrutinio de la librería de don Quijote ó en otra parte del libro. Cervantes barrió en su gran disparo y luego en su *Viaje al Parnaso*, con la falanje de mediocres autores que vivían adulando, de buena ó mala fe, al *Fénix de los Ingenios* y uno de ellos, sin duda con conocimiento y anuencia del ilustre autor dramático, fué quien lanzó la bastarda continuación de la novela de Cervantes, llena de insultos para éste, pero escondiendo la mano y ocultando el rostro.

Que Lope, por lo menos, fué el inspirador de esa páfida obra lo indica él mismo en uno de sus sonetos anónimos escritos en 1615 y en el cual exclama regocijado:

“¡ Oh mala quixolada que te dí ! ”

La teoría de que Avellaneda fué el padre Aliaga ó algún otro personaje de la Corte, no es defendible ya, después de las razones alegadas por el señor Tubino en su obra *Cervantes y el Quijote*. La posteridad en resumen y es lo que importa, ha dado á Cervantes la victoria, porque ni Nassarre, ni Lesage, ni Germond de Lavigne, que ensalzan los méritos de Avellaneda, pesan nada ante el juicio unánime de todas las naciones.



## VI

En Junio de 1605 tuvo la nueva desgracia Cervantes de que cerca de la puerta de su casa en Valladolid, mataran en riña al caballero don Gazpar de Ezpeleta. Acudió él á las voces de los combatientes y de los otros vecinos, auxilió al moribundo y fué á los pocos días preso con toda su familia, por acusársele de haber cometido el delito. Se ha dicho que Ezpeleta llevaba amores con doña Isabel y por los chismes y enredos de la beata Isabel de Ayala, que declaró ante el Alcalde de Casa y Corte, se ha supuesto que las mujeres de la familia de Cervantes eran de livianas costumbres y que él lo consentía, ejerciendo de este modo una profesión indigna. Esto no es cierto. El señor Pérez Pastor ha hecho el bien de publicar el proceso íntegramente y todas esas calumnias se han desvanecido. La mujer por cuya causa murió Ezpeleta, era casada y no resulta en las averiguaciones de la familia de Cervantes. Aunque la casa en que éste vivía era una posada, que podía dar albergue á toda clase de gentes, de ello el desdichado escritor no fué, en verdad, responsable. Nunca pudo él elegir su casa á gusto, porque no viven los pobres donde quieren sino donde pueden. El caso es que á los pocos días, no resultando cargos contra Cervantes y su familia, fueron puestos en libertad y se deduce de la causa que el juez los detuvo buscando pretextos para no dirigir la investigación por otros lados, donde, seguramente, tropezaría

con gentes de mayor influencia. Don Cristóbal de Villarroel, que así llamábase el Alcalde, no sabía (los contemporáneos nunca lo saben), que el infeliz á quien atropellaba de un modo tan indigno, daría más lustre á España que cuantos magnates vivían entonces en la orgullosa Valladolid.

En el mismo año de 1605 Cervantes estuvo probablemente en Madrid, ocupado en su libro, del que se hicieron seis ediciones, casi todas sin autorización suya ni de Robles y en perjuicio de sus intereses. Hasta en esto fué desgraciado, á pesar del éxito grande del *Quijote*. En 1606 ningún dato tenemos sobre su vida. En 1607 residía en la calle de la Madaglena en Madrid y allí le encontramos en un extraño y curioso enredo de familia. Con su hija Isabel, viuda de don Diego Sanz, con el cual ignoramos cuando hubo de casarse, se comprometió á contraer matrimonio en 28 de Agosto de 1608, don Luis Molina, vecino de Cuenca y en el término de un mes. En el documento redactado en esa fecha donde consta este contrato, aparece lo siguiente: Isabel tenía de su primer esposo una niña de ocho meses de edad; Cervantes y don Juan Urbina, prometieron dotar á Isabel en 2,000 ducados, dentro de tres años después de celebrado el matrimonio con Molina y una casa en la red de San Luis, propiedad según parece de Urbina, se convino que pasara en usufructo á la niña, llamada Isabel Sanz. Si esta muriese, añade el documento, gozarían la casa Isabel y su esposo, mientras viviese Isabel y á su muerte la casa pasaría en propiedad á Cervantes, aunque del matrimonio hubieran resultado hijos.

Para explicar su intervención en esta dote Urbina manifiesta vagamente que "la dá por algunas causas que á ello le mueven." Molina cumplió lo pactado por su parte casándose, pero Cervantes no pagó á su tiempo los 2,000 ducados, por lo que en Noviembre de 1611 su yerno trabó embargo en propiedades del fiador y Urbina



tuvo que pagar toda la dote de doña Isabel. En 21 de Enero de 1622 demandó Urbina á ésta y su marido, alegando que la casa le pertenecía, porque doña Isabel tenía solo derecho á usufruirla, toda vez que Cervantes, fallecido en 1616, había otorgado declaración á favor de Urbina y sus herederos.<sup>3</sup>

Desde 1605, hasta 1616, vemos á Cervantes mudar de casa en Madrid más de seis veces, sin duda por dificultades pecuniarias. Su actividad literaria fué grande sin embargo, y buena prueba de ello son además de sus *Comedias*, las *Novelas Ejemplares*, publicadas en 1613, el *Viaje al Parnaso*, en 1614, la segunda parte del *Quijote*, en 1615, terminada apresuradamente por la aparición del libro de Avellaneda, las *Comedias y Entremeses* el mismo año y *Los Trabajos de Persiles y Sigismunda*, que dejó escritos y publicó su viuda. Más conocido y estimado,

1613

<sup>3</sup> Es un hecho curioso, además de esta dote de doña Isabel, que en la familia de Cervantes las mujeres adquirieron amenudo propiedades por escritura pública en forma de *donaciones*. En 1568, D.<sup>a</sup> Andrea recibió un donativo considerable en telas, joyas y dinero del italiano Juan Francisco Locadelo, que dá por razón que ella y su padre (lo que nada tiene de extraño si este fué médico) le "regalaron (*sic*) y curaron algunas enfermedades." A este donativo pertenecían los tafetanes que por orden de doña Magdalena empeñó Cervantes en 1583. En 1574, don Alonso Pacheco donó á la misma doña Magdalena—con quien sospéchase que llevó amores—500 ducados, que esta no pudo cobrar sino en 1580 después de pleitos y diligencias. El mismo don Alonso en 1571, donó también otros 500 ducados á doña Andrea y su hermano don Pedro Portocarrero reconoció deber á esta la misma cantidad. En 1581 don Juan Pérez de Alcega, natural de Azpeitia (como el famoso vizcaíno que combatió con don Quijote) se comprometió á entregar en otra escritura 300 ducados á doña Magdalena, porque esta no le exigiera el cumplimiento de una promesa de matrimonio. En 1596 Doña Constanza de Figueroa ó de Ovando, la sobrina de Cervantes, recibió 1,400 ducados de don Pedro de Lanuza (hermano del célebre Justicia de Aragón) en virtud de los cuales "le dá por libre de todo y cualquier derecho que contra él tenga, aunque fuese y pueda ser promesa de casamiento." La misma doña Constanza en 1613 recibió mil reales de don Juan de Avendaño, quien se los envió desde Trujillo en el Perú. Resulta por lo menos evidente de todos estos hechos, que las mujeres de la familia de Cervantes demostraron poseer más "talento práctico," como diríamos hoy, que el gran escritor. Un tropiezo, sin embargo, le ocurrió á doña Magdalena. Siendo "mozo soltero" don Fernando de Ludeña, según refiere ella en su testamento, le prestó doña Magdalena 300 ducados "y después de casado con doña Ana María de Urbina," le negó la deuda. Ludeña luego le hizo firmar con amenazas una cédula librándole de responsabilidad y después de prometerle "á solas" darle "mientras el viviese, sus alimentos" y dejarla si moría "con que vivir," nada hubo de cumplirle. En 1613, Ludeña pagó . . . pero con un soneto y bastante malo, en elogio de las *Novelas Ejemplares*.

pero siempre en guerra con Lope y los suyos, acudía á la Academia de literatos fundada en casa de don Francisco Silva y participaba en sus bulliciosas sesiones. Su nombre admirábase ya fuera de España y en 25 de Febrero de 1615 recibió la visita de los embajadores franceses que vinieron á Madrid para acompañar hasta Francia á doña Ana de Austria, desposada con Luis XIII. Pero la gloria no amenguaba su pobreza. Ya en 1613 tuvo como Avellaneda diría, que "acogerse á sagrado," ingresando en una de las asociaciones religiosas de Esclavos del Santísimo Sacramento, que pertenecía á la orden de San Francisco. El Conde de Lemos y el Arzobispo Sandoval, á quienes ha inmortalizado con sus elogios, parece que le favorecieron algo con limosnas, aunque no tanto como él dice. Su esposa doña Catalina, por todo lo que de ella sabemos, era una buena y apacible mujer, pero su hogar derrumbábase ya, muerta doña Andrea en 1609 y doña Magdalena en 1611, casada su hija y él á pesar de su temple de espíritu, atacado de la cruel dolencia que le llevó á la tumba. El hambre seguía tocando con su escuálida mano á las puertas del hogar de aquel pobre viejo. ¿Qué otra cosa podía hacer sino tomar los hábitos? Todos los hombres de valia entonces en España terminaban en brazos de la Iglesia y él, agobiado por tantas necesidades, no había de ser una excepción. Prefirió antes de dar este paso, que quizás le repugnó cuando todavía era fuerte y capaz de luchar, mantenerse independiente por algunos años, pero, al fin, sus fuerzas se rindieron y próximo á la muerte, reclamó las limosnas de la Orden Tercera de San Francisco y profesó para tener derecho á ellas. El mundo entero recuerda su Prólogo del *Persiles*, su admirable descripción de sí mismo, sus nobles palabras á Lemos, "puesto ya el pie en el estribo", su humilde carta á Sandoval dándole las gracias por un socorro y sus últimos instantes, en aquella triste casa donde una lápida recuerda que allí falleció el 23 de Abril



de 1616 el más ilustre de los españoles. Pero entonces todo esto pasó inadvertido. Importancia no podía tener para los vecinos de Madrid, ocupados en sus egoistas pasiones ó en los problemas que á sus propias vidas acarrea el tirano inflexible, el "Messere Gaster" rabelesiano, que un viejo infeliz, vencido en la anhelosa lucha, se desplomara al peso de los años y las desdichas. Los gé-nios son como las torres. A distancia se comprende su altura, pero á su lado es imposible medir su elevación y admirar su grandeza. El pobre y casi solitario entierro de Cervantes no turbó, pues, ni un momento las ocupaciones de la Corte y ni los escritores notaron la ausencia del más grande entre todos ellos. Solo Francisco Urbina y Luis Francisco Calderón, ingenios medianos, pero almas sencillas, cantaron sus alabanzas y pusieron humildes flores sobre su tumba. Ni Quevedo, que nunca le tuvo envidia, se ocupó de su muerte. Lope de Vega, sin duda, se sintió más tranquilo y tal vez sonrió en lo más hondo de su alma, al saber que se había helado para siempre la mano burlona que dirigió el lanzón de don Quijote . . .

## II

# EL LIBRO Y LA EPOCA



## EL QUIJOTE Y SU TIEMPO

### I

1604-1605

El privilegio del Rey para imprimir el *Quijote* es de 26 de Septiembre y la tasa del Consejo es de 20 de Diciembre de 1604. Ya en primero del mismo mes y año había firmado la fe de erratas en Alcalá de Henares el corrector oficial Francisco Murcia de la Llama y dudas no pueden caber, por tanto, de que el libro estaba terminado y listo para la venta antes de 1605. Tenemos, pues, que aceptar una de dos conclusiones: ó hubo una edición de 1604 que se ha perdido, ó ejemplares de la primera de 1605, que se imprimió con fecha adelantada, circularon en 1604. La primera hipótesis corre, es verdad, con poco valimiento pero ¿cómo explicarnos sin la segunda, la popularidad del libro de Cervantes en 1604?

Se ha dicho que Lope de Vega conocía el manuscrito y por esto pudo escribir á 14 de Agosto de 1604, en su célebre carta de Toledo, hablando de poetas: "ninguno tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe el *Quijote*". Pero tal suposición es inasmisible, porque entonces andaba muy enconada la enemistad entre Lope y Cervantes, que llegó al terreno de las injurias y en el Prólogo y en otras partes de la gran novela, se ataca al primero con no poca saña. Era Lope, pues, la última



persona á quien Cervantes hubiera confiado su obra antes de imprimirla; pero nótese, además, en la carta de Toledo (Cervantes vivía en Valladolid) que Lope de Vega habla á su corresponsal, del que sabemos solo que era un médico, como si éste también conociera el *Quijote*.<sup>1</sup>

el autor

Se ha supuesto, igualmente, que leyó el manuscrito del *Ingenioso Hidalgo Fray Andrés Pérez*, autor de *La Pícaro Justina*, impresa en 1605, pero escrita y aprobada en Agosto de 1604, y el cual declaró en muy malos versos, por cierto, de esta obra, que don Quijote era personaje tan famoso como doña Oliva, Guzmán de Alfarache, Lazarillo de Tormes y Celestina.<sup>2</sup> Pero claro es

1 Esta carta muy traída y muy llevada entre los cervantistas porque en ella vuelve á mencionarse á Cervantes con desprecio junto al poeta, enemigo de Lope, Julián de Almendariz, la publicó por primera vez Shack (Nachträge zur Geschichte der Dram und Literatur in Spanien, Frankfurt am Meins, 1854). Es un monumento de gracia y donosura, con rasgos dignos de Molière. He aquí una parte: "Vm, viva, cure i medre, i ande al uso; no cumpla cosa que diga, ni pague si no es forzado, ni favorezca sin interés, guarde el rostro á la amistad.... no más, por no imitar á Garcilaso en aquella figura correctionis cuando dijo:

*A satira me voy mi paso á paso,*

cosa para mí más odiosa que mis librillos á Almendariz i mis comedias á Zervantes. Si allá murmuran de ellas algunos que piensan que las escribo por opinión, desengáñeles Vm. i dígales que por dinero. Dios guarde á Vm; le guarde de Vergara el Zirujano Real, que ya le damos este atributo como á monesterio con título, pues no ha curado tanto con las manos como destruido con la lengua. De la mía guarde Vm, la segunda parte de esta carta; i lo que digo acerca de esos casamientos que me dize este amigo que se tratan, lo que le aconsejo que lo mire bien; duerma sobre ello antes que sobre ella, porque es una cárcel de la libertad i una abreviatura de la vida; quien se casa por cuatro mil dará dentro de pocas horas cuarenta mil por no se haber casado: pero Vm, es muy cuerdo y lo mirará mejor que yo. De Toledo y 14 de Agosto de 1604.—Lope de Vega Carpio."

2 Los versos de *Andrés Pérez*, en el metro quebrado que luego hizo popular Cervantes, los copian todos los biógrafos de éste. El autor los llama "Sextillas unísonas de nombres y verbos cortados". El "Libro de entretenimiento de la Pícaro Justina en que debaxo de graciosos discursos se encuentran prouechosos auisos", se imprimió en Medina del Campo por Cristóbal Lasso Vaca en 1605, pero la licencia es de "22 de Agosto de 1604." El autor se ~~ocultó con el pseudónimo~~ "Licenciado Francisco López de Ubeda, natural de Toledo." No merece la obra el puesto que ocupa en la Biblioteca de Rivadeneyra (Vol. XXXIII). *Andrés Pérez* figura entre los enemigos de Cervantes, que en el *Viaje al Parnaso* le colocó entre los malos poetas llamándole "capellán lego del contrario bando". Por este motivo es uno de los varios escritores á quienes se ha atribuido el *Quijote* de Avellaneda. En un ejemplar de *La Pícaro Justina* en italiano (Venecia, 1624. 4.º) he leído en la primera página la siguiente afirmación, escrita con letra manuscrita del siglo XVIII. "El autor fué el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas."

La Pícaro  
Justina  
firmada

según algunos  
que señalan á D. Nicolás  
Antonio, pseudónimo del  
fraile dominico Andrés  
Pérez, y según otros, su  
verdadero nombre.

El autor  
de *La Pícaro  
Justina*

que si no se hubiera ya impreso su historia, mal podría tener don Quijote tan extraordinaria popularidad. Que la tuvo y que no mintió Andrés Pérez está probado. En Semana Santa de 1605 eran ya tan populares los personajes de Cervantes (lo que indica un año por lo menos de publicado el libro) que en una calle de Valladolid se reunieron más de doscientas personas para hacer burla "á un don Quijote", el cual callaba, dice un documento de aquellos días, "como calló Sancho".<sup>3</sup>

Revélase, además, en la obra misma, el deseo de su autor por que viera pronto la luz y la rapidez con que le dió los retoques finales.

Concíbase que así fuera en 1619, cuando la necesidad de contestar á las agresiones de Avellaneda, le movió á precipitar la continuación pero ¿qué le apuraba en 1604? No sólo se observan en la primera parte los famosos descuidos que fué sacando como con pinzas Clemencin y los otros que el mismo Cervantes confesó en la segunda con inalterable buen humor; pero nótese, también, que capítulos enteros y de los más importantes, parecen escritos y agregados como á última hora, interrumpiendo el primitivo plan. Tengo para mí que así deben considerarse, por ejemplo, desde el V al VII, que comprenden el escrutinio de la librería de don Quijote, el cual probablemente le ocurrió después de la hazaña de los molinos de viento y la fiera y descomunal batalla con el vizcaino en Puerto Lápice. Dígolo porque á los comienzos de la obra, en el Cap. II, cuando el héroe cabalga solo por los campos de Montiel, se lee lo siguiente: "Autores hay que dicen que la primera aventura que le avino fué la de los molinos de viento, otros que la de Puerto Lápice". Esto no indica como creyó Clemencin una falta grave de Cervantes, sino que su primer plan fué describir aquellas dos aventuras en la primera salida y que luego las

3 *Memorias de Valladolid*, Ms en portugués del Museo Británico. (Add 20, 812). Lo extractó, también, Gayangos, *Revista de España*, Marzo y Abril, 1884.



dejó para la segunda, cuando ya iba el caballero en compañía de Sancho Panza. De todos modos, parece cierto que hubo en el gran escritor en 1604 algo así como un nervioso deseo de que su obra (empezada, sin duda lo más tarde en 1602) saliera pronto al público. Hay otro indicio para creer que ya en Febrero de 1604 tenía gran parte escrita y que fué entonces cuando la revisó con rapidez y la dió á la imprenta. Sospéchase que uno de los personajes del tiempo, á quienes más atacó en la primera parte, fué el Secretario de Estado don Pedro Franqueza, Conde de Villalonga.<sup>4</sup> Tuvo éste, con motivo de su condado, sérias dificultades en las que hubieron de intervenir hasta las Cortes, pero al fin en Febrero de 1604 se le confirmó el nombramiento por el Rey. Todas las satíricas alusiones, sin embargo, que al condado de Franqueza parecen encontrarse en la primera parte del *Quijote*, indican que aún andaba muy por los aires cuando se escribieron.<sup>5</sup>

El *Quijote*, por todo lo expuesto, es un libro de 1604, aunque la fecha de 1605, se halle en la primera edición que hasta ahora ha llegado á nuestra noticia.

4 Rawdon Brown ("El Ingenioso Hidalgo, etc., With Ms notes by Rawdon Brown, 1814, 4 vols.") Ejemplar del Museo Británico, C 60 c. 1. También "The Atheneum" 12 y 19 Abril, 1873. Las notas manuscritas son superiores á este último artículo, muy aventurado en sus afirmaciones.

5 "No se nada, respondió Sancho, sólo sé que. . . se me ha deshecho mi condado como la sal en el agua (Cap. XXXV)." "Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole que. . . le prometía en viéndose pacífica en su reino darle el mejor condado que en él hubiese" (Ibid)

"De ser conde no estuvo en un tantico  
Si no se conjuraran en su daño  
Insolencias y agravios del tacaño  
Siglo, que aun no perdona ni á un borrico"

(Del Burlador, Académico Argamasillesco, á Sancho Panza, Cap. LIV).

## II

### POBREZA Y VALOR

El cuadro que presentaba España cuando la aparición de esta obra, era en verdad, triste y sombrío. Cervantes lo abarcó de una mirada y como en la historia más imparcial del tiempo, podría estudiarse en las páginas del *Quijote*. A pesar de los galeones de América (que jamás alcanzaban como hemos visto, á remediar con sus barras de oro las necesidades públicas ni privadas) la pobreza y hasta el hambre (que también pintó Quevedo en admirables rasgos) reinaban tiránicamente en el vasto territorio de la Península. La escasez de las ventas, los apuros de Sancho Panza y las flaquezas de sus alforjas, están en la memoria de todos. Hasta los nobles de más lujo y boato (como acontecía á los Duques que, según Pellicer, fueron nada menos que los de Villahermosa) estaban llenos de trampas y de deudas.<sup>6</sup> En 1596 "no había un real en Castilla", según refiere un historiador contemporáneo, habiendo desaparecido en pocos meses, para satis-

6 ". . . Y aunque el Duque mi señor lo sabe. . . hace orejas de mercader. . . y es la causa que como el padre del burlador es tan rico y le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo" ("don Quijote," Seg. P. Cap. XLVIII.) En el reinado siguiente, el observador é imparcial viajero Aarsens de Sommerdyck refiere que no había más nobles ricos en España que el Duque de Alba, el Marqués de Leganés y el Conde de Oñate. Los demás vivían de pensiones del Rey. *Voyage d'Espagne curieux, historique et politique fait en l'année 1655.* Paris 1665, 4<sup>o</sup>, Cap. VII. Las casas de Madrid, con raras excepciones, eran de tierra por no alcanzar el dinero para material más sólido. (Ibid).



facer las famélicas necesidades del tesoro y de la nobleza, más de treinta y cinco millones que entraron el año anterior por Sanlúcar.<sup>7</sup> Disimulaban los nobles la verdad de su miserable estado con aquel fiero orgullo español, que mantiene el ánimo arrogante y la frente alta en los mayores infortunios de la vida; pero el ojo observador podía comprender que tanta empujada grandeza se cubría muchas veces con capas raídas ó trajes mal zurcidos y que ayunaban por fuerza los soberbios hidalgos. “Tú, segunda pobreza que eres de lo que yo hablo, (escribió Cervantes en uno de los párrafos más inspirados de su libro) ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿por qué los obligas á dar pantalia á los zapatos y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde?..... Miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita del palillo de dientes con que sale á la calle, después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos; miserable de aquél, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herrezuelo y la hambre de su estómago.”

Nada de extraño tiene pues, que con estómagos ligeros ó vacíos se hicieran grandes locuras y se acometieran empresas disparatadas. “Le hago saber que imagino, (exclamaba uno de los personajes del *Quijote*,) como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener todos los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire.” No se templaban á la dura prueba de la reflexión y la experiencia los planes concebidos por la exaltada

7 El cronista Gil González Dávila: *Historia de la vida y hechos del inclito monarca amado y santo don Felipe III.* (Vol. III de la *Monarquía Española* de Salazar de Mendoza, Madrid, 1771, fol.)

fantasía; muy al contrario, cerrábanse los ojos á la realidad, como si el mundo fuera siempre cual se sueña y no cual se conoce por los hechos. Procediendo de modo tan opuesto á la verdad, negábase don Quijote á ver las cosas como eran (de aquí la contienda inmortal sobre el yelmo de Mambrino) y entre otros rasgos de su locura, que parecen contener críticas de carácter general, negábase, también, á probar por segunda vez si la celada que había hecho de cartón resistiría ó no los golpes de su tizona, admitiéndola, sin más experiencia, por obra fortísima de acero.<sup>8</sup>

No obstaba aquella situación de general penuria, á la que en tiempo tan corto, relativamente, había llegado la nación después de la época grandiosa de los Reyes Católicos, para que altos y bajos, grandes y plebeyos, estuvieran dispuestos á seguir la mala política de acometer empresas de gigantes, ajenas á sus verdaderos intereses y para las que siempre les sobró, sin duda, el ánimo, pero les faltaron los recursos. Ni siquiera guardaron en privado la previsión y el hábito de ahorro en que ya desde entonces se fundó la superioridad económica de los franceses, además de las ventajas de una tierra más fértil. Aunque pobres, eran pródigos. Los viajeros que visitaron España en el siglo XVII, entre ellos el ya citado Aarsens de Sommerdyck (y cuando la situación se agravó á un punto increíble, la Condesa de Aulnoy y el penetrante embajador Marqués de Villars) hablan de la esplendidez rumbosa de los españoles, no obstante el gravísimo estado de sus haciendas. Don Quijote es un gráfico ejemplo de esta conducta, pues olvidó la administración de sus bienes, vendió “muchas hanegas de tierra de sembradura” para comprar libros de caballerías y á fin de realizar su segunda salida en busca de aventuras, allegó una razo-

8 “.... y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la disputó y tuvo por finísima celada de encaje.” (Prim. P. Cap. I).



nable cantidad “vendiendo una cosa, empeñando otra y malbaratándolas todas” (Parte Primera. Cap. VII).

Apenas sonaba la trompa bélica, aquel pueblo heróico, pero hambriento y debilitado, olvidábase de sus males y poníase en pie. Cuarenta y dos años nada más habían transcurrido de la hazaña de Lepanto y ya era imposible repetirla por falta de hombres y de dinero, cuando en 1613 la empobrecida nación quiso hacer un alarde naval contra el turco, muy superior, es indudable, á las fuerzas de que podía disponer.<sup>9</sup> Cervantes se burló de esta gran alharaca y de la escasez de recursos con que se hacía, apuntando que el medio mejor de que podía disponer el Rey para combatir á los infieles, era apelar á la media docena de caballeros andantes que tal vez, vagaran por España. “Cuerpo de tal, dijo á esta sazón don Quijote ¿hay más sino mandar su Magestad por público pregón que se junten en la Corte para un día señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen, sino media docena, tal podría venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco?” (Seg. Parte, Cap. I).

<sup>9</sup> Véase el curioso libro “Relación verdadera de las prevenciones que en todos los estados de Italia se hacen así en los presidios de tierra como de galeras y bajeles para aguardar la bajada del gran Turco que se tiene por muy cierto viene sobre Malta, con otras novedades de este año 1613. Enviada por el capitán Juan de Flores, entretenido en la Corte Romana. Granada, 1613. fol.”

### III

#### EL MAL GOBIERNO

Para realizar proezas como la de Malta, ya con pretexto de defender la fe, ya el prestigio del mismo Rey, agobiábase al pueblo con tributos y esquilmábase la única industria floreciente que había quedado. Con efecto, en Marzo de 1604, el Duque de Lerma arrancó, no sin grandes protestas públicas, á las Cortes reunidas en Valencia, una contribución extraordinaria sobre la fabricación y venta de vinos. Quizás aluda á esta medida el destrozo que en la hacienda del ventero hizo don Quijote cuando libró su “brava y descomunal batalla” contra los cueros de vino tinto.<sup>10</sup> Otra vez, según consta en documentos de la época, mandó don Felipe III á sus agentes apoderarse de las barras de oro y plata que de América venían consignadas á particulares, dejándoles, en cambio, papeles en que el pago se les ofrecía con formalidades aparatosas.<sup>11</sup> Debíase esto y mucho más, según los gobernantes del tiempo, á la necesidad de mantener muy alto el honor nacional. Lo mismo creía don Quijote, según el cual debíanle mantener los venteros, á cambio del insufrible trabajo que se tomaba en andar por el mundo vengando los agravios de los otros.

En sus admirables *Estudios del Reinado de Felipe IV*,

<sup>10</sup> Rawdon Brown, Ms Notes.

<sup>11</sup> Véase Modesto Fernández y González: *La Hacienda de nuestros abuelos*, Madrid, 1874, pág. 81.



tan llenos de imparcialidad y elevación, observó Cánovas del Castillo que el párrafo del *Quijote* más aplicable á la situación de España, era el famoso diálogo con el ventero, en el Cap. XVII de la Primera parte: “El ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor caballero yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningún agravio. . . Sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta . . . ¿Luego venta es esta? replicó don Quijote . . . pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer, por ahora, es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la orden de los caballeros andantes . . . Porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciera, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de día, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo que ver con esto, respondió el ventero, páguese lo que se me debe y dejemonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda.”

Siguió en esta conducta don Felipe el mal consejo de su abuelo y de su padre, que agotaron las riquezas de España para seguir su infructuosa y turbulenta política en el extranjero. Contra el tributo extraordinario sobre la harina que en tiempo de Felipe II se propuso en las Cortes para sufragar gastos extrafalarios y exorbitantes pronunció el procurador don Francisco Antonio Alarcón, un discurso memorable, digno de inmortalizarse entre los más famosos políticos españoles. “Pregunto (decía aquel denodado representante del pueblo) ¿qué tiene que ver para que cesen acullá las herejías, que nosotros acá paguemos tributos de la harina? ¿Por ventura serán Francia, Flandes, Inglaterra, más buenas cuanto España fuese más pobre?” “Sin duda es dañosísimo

(añadía) que entiendan los enemigos y aun los amigos extranjeros, que las cosas de esta monarquía han llegado á tanto extremo, que ni para librarnos de la guerra ni de las herejías de otros reynos, ya hay otro remedio, como dicen los señores de la junta, sino quitarnos el pan de la boca..... Esta es condición de las cosas humanas, que á los príncipes y reynos empeñados y necesitados, los amigos les pierden el respeto, los enemigos el temor, no pudiendo cumplir en aquellos las promesas, ni contra estos ejecutar las amenazas.” “El tributo de la harina (terminaba con valerosa elocuencia) como lleno de dificultades, de inconvenientes, de desigualdad, no debe ni puede en ninguna manera concederse ni consentirse; pues sin fingir nada podemos decir lo que los de Andria á Themistocles, que yéndoles á echar un tributo dijo, que para que lo concediesen llevaba dos dioses muy poderosos: la persuasión y la fuerza. A lo cual respondieron que también ellos tenían otros dos dioses mas valientes que les defenderían de no pagarlo, que eran la pobreza y la imposibilidad”<sup>12</sup> ¿Fueron escuchadas y atendidas, acaso, estas elocuentes y nobles palabras? Tanto valían los ruegos del ama, de la sobrina, del cura y del barbero, para que no arruinara su hacienda don Quijote y dejara de salir por el mundo en busca de gigantes y malandrines.

El abandono general de la agricultura en aquel tiempo y de todas las artes y comercios útiles, dentro del territorio de España, es cosa harto sabida. Dedicábase la juventud únicamente al ejercicio de las armas ó á buscar fortuna en el Nuevo Mundo (“engaño común de muchos, y remedio particular de pocos,” según el mismo Cervantes escribió en *El Celoso Extremeño*), ó á refugiarse en la más cómoda vida de la Iglesia, á lo que

<sup>12</sup> Este admirable discurso, atribuido también al Licenciado Gonzalo de Valcárcel, lo copió de un códice de la Biblioteca Nacional de Madrid, don Adolfo de Castro, publicándolo en su ya citado *Ensayo Filosófico*, p. 81.



apelaban sobre todo los "más discretos."<sup>13</sup> La muchedumbre eclesiástica era tal (y se dijo también entonces con notable entereza) que constituía una verdadera plaga. Fray Luis de Miranda entregó á Felipe III un memorial en el cual propuso enérgicos remedios para impedir el creciente aumento de la clerecía y lo mismo hicieron el regidor de la ciudad de Toledo, Ldo. Jerónimo Cevallos, y otros preclaros varones, entre los que descolló el intrépido Sancho de Moncada, autor de los *Ocho discursos sobre la restauración política de España*.<sup>14</sup> Fray Angel Manrique, Obispo que fué más tarde de Burgos, probó en 1624, en su *Socorro que el Estado eclesiástico podía hacer al Rey Nuestro Señor, con provecho mayor suyo y del reino*, que "el extinguir los muchos monasterios estaba tan lejos de ser contra piedad, que antes la piedad misma pedía que se hiciera."<sup>15</sup> A este número considerable de frailes, alude don Quijote, también, en uno de sus más notables diálogos con Sancho. "Sí, respondió Sancho: pero yo he oído decir que hay más frailes en el cielo que caballeros andantes. Eso es, respondió don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que de los caballeros." (Segunda Parte, Cap. VIII).

También se nota en otras partes del libro, que no tenía Cervantes la mejor voluntad á los eclesiásticos y que

13 "Hay un refrán en nuestra España á mi parecer muy verdadero . . . y el que yo digo claramente, dice: Iglesia ó mar ó casa real; como si más claramente, dijera: quien quisiera valer y ser rico siga ó la Iglesia ó navegue, ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: más vale migaja de Rey que merced de señor..." "Vine á concluir en que cumpliría su gusto y que el mío era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi Rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor y á lo que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca." (*Don Quijote*, Primera Parte, Cap. XI).

14 Todos estos trabajos los recopiló D. Juan Isidro Fajardo y Monroy, de la Academia Española, ocultándose para ello con el pseudónimo de don Juan Yáñez: *Memorias para la historia de don Felipe III, Rey de España, recogidas por don Juan Yáñez*, Madrid, 1724, 4.<sup>o</sup> Los discursos de Moncada se imprimieron en Madrid en 1619, fol.

15 V. Adolfo de Castro: *El Conde Duque de Olivares y el Rey Felipe IV*, Cádiz, 1846, pág. 171.

como los demás ilustres ingenios del siglo de oro de las letras castellanas (á pesar de que todos, como á él mismo le ocurrió paraban en tomar los hábitos, por ser "más discreto") reconocía el grave mal de que ejército tan inmenso de holgazanes, viviera sobre el escuálido tesoro público y hasta que algunos, de sentimientos nada benévotos, gobernarán en las casas la conducta de los poderosos.<sup>16</sup>

Sin dejar Cervantes de ser católico, como buen español de su época, observó los errores de la Iglesia y hasta el lado ridículo de los procedimientos de la Inquisición. Dudas no pueden caber hoy día de que así como en el *Coloquio de los perros* satirizó el acto de fe efectuado en Logroño en 1610, completó el gran cuadro de su nación y de su época, que hubo de trazar en las páginas del *Quijote*, con una burla fina y admirable del Santo Oficio. Los mismos que se niegan á ver en el *Quijote* otra cosa que una obra literaria, sin más alcance que combatir los libros de caballerías, aceptan que el encantamiento de Altisidora y las grotescas ceremonias descritas en el ca-

16 "La Duquesa y el Duque salieron á la puerta de la sala á recibirle y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes no aciertan á enseñar como lo han de ser los que lo són; destos que quieren que la grandeza de los grandes, se mida con la estrechez de sus ánimos, destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables." (*Don Quijote*, Seg. Parte, Cap. XXXI). En el capítulo siguiente se describe el grave altercado de Don Quijote con el mismo eclesiástico, en el que también se leen palabras muy duras para la clase á que este pertenecía. Se ha llegado á exagerar la antipatía de Cervantes por los religiosos hasta pretender que les llamó á todos "satanases del infierno," cuando dice don Quijote: . . . "y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación arremetiéndolos y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que erades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre" (Primera Parte, Capítulo XIX). Pero este "siempre" parece más bien una de las muchas incorrecciones de Cervantes, por referirse al tiempo mediado desde que don Quijote vió la procesión de los frailes hasta que hubo de atacarlos. Así lo creyó el Sr. Sales en su edición del *Quijote*, hecha en Boston el año de 1836, donde corrigió el texto dejando la frase de este modo: "que por tales os juzgué y tuve." Prescott, en su conocido ensayo sobre Cervantes, aplaude esta alteración. Mucho hincapié, no obstante, hizo en la palabrita don Juan Calderón en su curiosísimo libro, lleno de bilis anticlerical: *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, que no han entendido ó han entendido mal algunos de sus comentadores y críticos*, Madrid, 1851.



pítulo LXIV de la Segunda Parte, encierran una burlesca crítica de los autos de fe en general.<sup>17</sup>

No era posible que dejara la Inquisición de caer bajo la pluma del escritor insigne, ni tampoco la bárbara medida de expulsar á los moriscos, colmo de los desaciertos del reinado de don Felipe III y que se tomó en apariencia por motivos religiosos y en realidad, como insinuaron el mordaz Villamediana y otros escritores del tiempo, y el mismo Cervantes da á entender claramente, con el propósito de despojar de sus haciendas á aquellos infortunados. ¿Quién que lea con ánimo imparcial la historia de Ricote dejará de comprender, á pesar de las protestas que hace Cervantes de aplaudir la expulsión, que estas frases, como no podía por menos, dada el alma noble del que las escribía, son irónicas ó traídas para ponerse el autor á cubierto de las persecuciones que en aquella época y en España hubieran sido gravísimas? Nótese que el propio Ricote, como si esto pudiera ser natural y humano, es quien elogia á sus perseguidores y mantiene por justa y necesaria la ley en virtud de la cual quedó su hogar destruído y separado él de su mujer y de su hija, para tener luego que introducirse furtivamente en España á recuperar el tesoro que enterró á fin de que no se lo robasen. Nótese, también con cuanta habilidad hace resaltar el aspecto cruel de los bandos contra su raza y hasta indica lo mejor que se vive donde hay libertad de conciencia.<sup>18</sup> El

17 Véase el elocuente discurso del ilustre don Juan Valera *Sobre el Quijote y sobre las diferentes maneras de comentarle y juzgarle* leído en sesión pública de la Academia Española el 25 de septiembre de 1864. Fué el primero en observar y probar con mucha minuciosidad, que la aventura de Altisidora es una burla del Santo Oficio, don Antonio Puigblanch en su libro *La Inquisición sin máscara*, publicado en 1811 y traducido al inglés el año siguiente. La Inquisición no fué, en verdad, severa con Cervantes ni con el *Quijote*. Nada tachó en la primera parte y cuatro años después de impresa la segunda, mandó solamente borrar, según el *Indice Expurgatorio* de 1619, estas palabras en el Cap. XXXVI: "Y advierta Sancho que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada." (C. A. de la Barrera, *Nuevas investigaciones*, ect., en las *Obras Completas de Cervantes* dedicadas al Infante don Sebastián, Madrid, Rivadeneyra, 1863).

18 "Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar." (Seg. Parte, Cap. LIV).

despojo á los moriscos también está señalado, aunque no se hizo ocultamente y forma parte de aquellas bárbaras órdenes.<sup>19</sup> Igualmente se puede observar la simpatía que inspiran el desgraciado Ricote y su familia, tan contraria al sentimiento que despiertan sus crueles y despiadados perseguidores. "Séte decir, le cuenta Sancho, que salió tu hija tan hermosa que salieron á verla cuantos había en el pueblo y todos decían que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando y abrazaba á todas sus amigas y conocidas y á cuantos llegaban á verla y á todos pedía la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento que á mí me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron; y á fe que muchos tuvieron deseos de esconderla ó salir á quitársela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del Rey los detuvo".

Ordenóse la expulsión desde 1609 hasta 1611 y por ella se fueron de España los brazos más útiles á la agricultura y los únicos ó casi únicos habitantes que se dedicaban con inteligencia á la industria y al comercio. Inútil será repetir los males que acarreó á España esa medida, juzgada ya por la historia. El número de moriscos expulsados no puede estimarse con exactitud, porque según unos fué 1.500,000 y según el cálculo más bajo 150,000. Pero la despoblación de España, á la que tanto contribuyeron los decretos, tuvo en tiempos de Felipe III y de su hijo Felipe IV caracteres alarmantes. La ciudad de Burgos, por ejemplo, que tenía más de 7,000 vecinos reinando Felipe II, llegó en 1624 á tener

"Pasé á Italia, llegué á Alemania y allí me pareció que se podía vivir con más libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte de ella se vive con libertad de conciencia". (Ibid).

19 ".....y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habían quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote, pero yo sé Sancho, que no tocaron á mi enclerro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algún desmán." (Ibid).



apenas 900. Cinco mil tenía León y luego 500 escasos. En Toledo faltaba más de la tercera parte de los moradores y en suma, ya en el poder Felipe IV, España en su mayor parte parecía un desierto.<sup>20</sup> Sommerdyck, en su obra ya citada, refiere que la falta de soldados era la mayor dificultad del cuarto Felipe para continuar la guerra de Cataluña.

La administración de justicia era corrompida en sumo grado. Las leyes, las admirables leyes que siempre tuvo España, ni siquiera teníanse en cuenta en muchos casos por los jueces, que llenos de vanidad preferían como más cómoda, la ley del encaje.<sup>21</sup> De dar dinero ó de no darlo, dependían la absolución ó la condena, cuando se trataba de gentes sin influjo.<sup>22</sup> Ni siquiera la seguridad personal existía en los lugares más importantes del territorio y el retrato que hizo Cervantes del célebre bandolero Roque Guinart, que campeaba por sus respetos á las puertas mismas de Barcelona y tenía dentro de esta ciudad conivencias con encopetados personajes, es una prueba de la exactitud con que pintó el gran escritor aquella situación horrible. En 1602, precisamente la fecha en que don Quijote y Sancho debieron tropezar con Guinart y su partida, el Virrey de Cataluña contestó al concilio convocado en Tarragona por el Arzobispo don Juan de Moncada, que el gobierno era impotente para reprimir á los bandidos.<sup>23</sup> El mismo Virrey Zucafort, según documento

<sup>20</sup> Castro, Op. cit.

<sup>21</sup> "Nunca te gúfes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos". (*D. Quijote*, Seg. Parte, Cap. XLII).

<sup>22</sup> "Dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuesa merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la pendola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo y no en este camino atraillado como galgo". (*D. Quijote*, Primera Parte, Cap. XXII).

"Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dávida sino de la misericordia." (*Ibid*, Seg. Parte, Cap. XLII).

<sup>23</sup> Véanse los *Documentos que pudieran servir para ilustrar la historia de don Quijote* en el t. VII del *Viaje literario á las Iglesias de España*, por el P. Joaquín Lorenzo de Villanueva. Valencia. 1821.

de la época "perseguía á Roque Guinart y era peor ladrón". Mas ¿qué extraño tiene que así fuera el Virrey de Cataluña, si toda la administración de España, comenzando por el Duque de Lerma, primer ministro, daba ejemplo espantoso de corrupción é impudicia?



## IV

## EL DUQUE DE LERMA

Un hombre solo no puede ser responsable de las faltas de toda una época, ni tampoco evitar que produzcan sus efectos naturales, las causas más hondas y atrasadas de las que proviene en la historia la decadencia de las naciones. La de España venía ya desde las locuras de Carlos V y Felipe II, pero no cabe olvidar la parte que tuvieron en los graves desastres de la nación, hombres como Lerma y luego el Conde Duque de Olivares, á quienes las circunstancias pusieron en el caso de retardar la ruina de su patria y la empujaron, por el contrario, desvergonzadamente hacia el abismo. Débil é incapaz, dejábase Felipe III gobernar por su ministro, que ejercía el gobierno absoluto. Nada más contrario que el Duque al modelo del buen gobernador, que ponía don Quijote á Sancho en los sublimes consejos que hubo de darle antes de salir éste para la ínsula.<sup>24</sup> Era Lerma, altanero, vengativo é injusto.<sup>25</sup> Arrancó al rey en donaciones para sí, cuando más necesitado se hallaba el erario,

24 "Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de la injuria y ponlas en la verdad del caso." "Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones," etc.

25 "El orden de la casa presente es muy contrario al de las pasadas, pero no hay quien se atreva á reprobalo por el ímpetu y natural del Duque de Lerma, á quien todos temen." (Relación del Embajador veneciano Contareni, en el apéndice á Cabrera: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1559 hasta 1614*, Madrid, 1857, fol).

44 millones y como si esto no bastara, vendía los destinos públicos y se inclinaba siempre, no del lado de la misericordia, sino de la dádiva. Su jauría de paniaguados procedió, amparada por él, de modo igual. Don Pedro Franqueza y otros protegidos suyos, robaron en pocos años muchos millones de ducados, sin contar las depredaciones de empleados menores que alcanzaron el doble.<sup>26</sup> Los dineros del Rey pasaban de este modo sin gran rodeo al bolsillo de sus empleados que luego con fútiles evasivas y pretextos, trataban de retardar las cuentas, si es que llegaba la hora de rendirlas, como hizo Sancho en el caso de los famosos cien escudos de Sierra Morena.<sup>27</sup>

Naturalmente, en situación semejante los amigos de Lerma solo alcanzaban los puestos públicos y á Cervantes le ocurrió solicitar en vano en 1590, un gobierno en Guatemala, que se dió á uno de los vulgares protegidos del ministro. ¿No aludirán tristemente á este fracaso, las palabras de don Quijote á Sancho, cuando el último fué nombrado gobernador de la ínsula? "Yo. . . me veo en los principios de aventajarme y tu. . . te ves premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, soli-

26 La acusación fiscal contra Lerma se encuentra en fiel copia del original, que está en la Biblioteca Nacional de Madrid, en el Museo Británico (Eg. 2081). Además de los latrocinios del ministro, consta allí su cínica jactancia. "Las mercedes, decía á don Rodrigo Calderón, han de sacarse á los Reyes una á una como los juncos." Ya con fecha de 19 de marzo de 1614 prohibió Felipe III el escándalo de que los destinos se vendieran. Era público y notorio, como decía el Duque á Sancho, "que no hay ningún género de oficio destes de mayor cuantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho." Pero hasta 15 de Noviembre de 1618 (tres años después de la publicación de la segunda parte del *Quijote*) no retiró don Felipe su orden á los Consejeros de atenderse á lo que Lerma les mandase. Consta este decreto en el mismo volumen M. S.

27 ". . . también dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra y hay muchos que desean saber que hizo dellos ó en qué los gastó. . . Sancho respondió: Yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago que si no lo reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucía: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta y satisfaré á vuesa merced y á todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento como del gasto de los cien escudos, y sin esperar respuesta, ni decir otra palabra, se fué á su casa." (Seg. Parte, Cap. II).



citan, madrugan, ruegan, porfían y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro y sin como ni como no, se halla con el cargo que otros muchos pretendieron . . . Tú que para mí sin duda eres un porro, sin madrugar, ni trasnochar y sin hacer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada.”

De todos modos, que Cervantes tuvo presente á Lerma más de una vez, escribiendo el *Quijote*, parece indudable, sea ó no intencionada contra el Duque, la mención de don Alvaro de Luna en los misteriosos versos de *Urganda la Desconocida* que preceden á la gran novela.<sup>28</sup>

La orden arbitraria subiendo el valor de la moneda de vellón, orden que con justicia censuró el Padre Mariana en un tratado especial y que al decir de don Diego de Saavedra Fajardo causó tanto daño como si hubieran caído sobre la Península todas las serpientes y animales venenosos de Africa, fué obra del favorito, que creyó haber descubierto en ella una panacea universal, con la que, además de remediarse los apuros del erario, pasarían todos los españoles de pobres á ricos, sin más gasto que el de la pluma y el papel en que se escribió el decreto. Posible es que á semejante locura se refiera el célebre bálsamo de Fierabrás, de tan maravillosa virtud y de tan poco costo según don Quijote.<sup>29</sup>

28

“Si en la dirección te humi-  
No dira mofante algu-  
Que Don Alvaro de Lu-  
Que Anibal el de Carta-  
Que Rey Francisco de Espa-  
Se queja de la fortu.”

29 “Si eso hay dijo Panza . . . no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me de la receta de esse extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza á donde quiera más de á dos reales y no he menester yo más para passar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió don Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho ¿pnes á que aguarda vuestra merced” etc. (Primera Parte, Cap. V).

Pero si esta suposición pudiera parecer infundada, no lo es la de que en el Cap. XXIII de la Segunda Parte se describe y satiriza el maléfico influjo de Lerma en Palacio y sobre el Rey. Presento sin reserva alguna esta interpretación del admirable incidente de la cueva de Montesinos, porque nada más fácil que confirmarla con la historia de la época. Era moralmente don Felipe III esclavo del Duque. Los viejos consejeros de su padre, que aún vivían, como don Cristóbal de Mora y el Príncipe de Doria, fueron relegados por Lerma á un puesto insignificante, privándoles de toda voz hasta en los asuntos de su incumbencia y mientras tanto, él gobernaba todo á su antojo.<sup>30</sup> Apartó también Lerma al monarca de cuanto persona podía ganar su afecto y llegó en esto al punto de trasladar la Corte á Valladolid en 11 de Enero de 1611, con el objeto de que don Felipe no se comunicara fácilmente con la Emperatriz doña María, recluida en el convento de las Descalzas Reales de Madrid. Este “encantamiento” del Rey por su ministro (sugestión diríamos ahora) y la situación análoga de la Emperatriz, de la familia real, de los consejeros y la servidumbre, fué la que pintó don Quijote al describir los habitantes del “real y suntuoso palacio ó alcázar” de la cueva de Montesinos, que estaban “encantados” por el astuto Merlin. El Rey aparece en esta aventura como el desdichado Durandarte, flor y espejo de los caballeros”, tendido sobre un sepulcro sin poderse valer y vivo, sin embargo de faltarle el corazón. La Emperatriz doña María, es la no menos encantada doña Belerma; el anciano Montesinos es uno de los viejos consejeros, ya Mora, ya el de Doria,

Tal vez se refiera más directamente á la subida de la moneda de vellón, el extraño segundo cuarteto del soneto de *Amadis de Gaula á D. Quijote de la Mancha*.

“Tu á quien los ojos dieron la bebida  
De abundante licor, aunque salobre,  
Y alzándote la plata, estaño y cobre  
Te dió la tierra en tierra la comida . . .”

30 Contareni, loc cit.



y el taimado Merlin, ¿quién otro puede ser sino el Duque de Lerma?

Obsérvese que Durandarte, según don Quijote, era “no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho.... *sino de pura carne y de puros huesos.*” De Merlín dice Montesinos: “Tiénele (á Durandarte) aquí encantado, como me tiene á mí y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel francés encantador que dicen fué hijo del diablo: y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, *sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo.*” La situación de la Emperatriz, como reclusa, está muy habilmente indicada: “Volví la cabeza y ví . . . que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosísimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre la cabeza al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras, venía una señora, que en la gravedad lo parecía, así mismo *vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra.*” Para que se comprenda, también, que no puede ser esta Belerma la amante de Durandarte, como aparece ostensiblemente en el cuento, sino una anciana, cual era la Emperatriz doña María, explica don Quijote con mucha gracia que Merlín le dijo: “y no tomá ocasión su amarillez y sus ojeras de estar en el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aún años que no le tiene ni asoma por sus puertas.” Cervantes puso mucho empeño en que se leyera este capítulo entre líneas. Recuérdese entre otras frases del libro, las disquisiciones en el capítulo siguiente, sobre si podía ser cierto ó no lo que contaba don Quijote, y la pregunta de éste á la *cabcaza encantada*, en el Cap. LXII: “Dime tú el que respondes ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? . . . A lo de la cueva respondieron, hay mucho que decir, *de todo tiene.*”

Mientras así vivía el Rey, atado á la voluntad de su ministro, mientras todo eran intrigas y bajezas en aquella

corte de locos y menguados, mientras España avanzaba con fúnebre paso por el camino de su perdición, el orgulloso duque, desplegando una vanidad impropia de los ideales caballeros que pintó Cervantes, hacía público y ostentoso alarde de su mal adquirida fortuna.<sup>31</sup> Sus libreas y suntuoso acompañamiento, deslumbraban á españoles y extranjeros y preciábase más del lujo de sus lacayos, que de las necesidades del pueblo oprimido que tenía bajo sus pies.

“Toma con discreción el pulso á lo que pudiera valer tu oficio (aconsejaba don Quijote á Sancho, aludiendo, sin duda á Lerma) y si sufriere que des librea á tus criados, dásele honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres; quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.”

Si el *Quijote* no lo indicara de modo tan claro, si no fuera evidente para los que conocen aquella época tan lamentable de la historia española, que Cervantes satirizó al encopetado y funesto ministro de Felipe III habríamos de creerlo por la palabra misma del insigne escritor, transmitida hasta nosotros en testimonio digno de respeto. El padre René Rapin, con efecto, autor de un libro apreciable de crítica, publicado en 1674, refiere que Cervantes confesó á Lope de Vega sus resentimientos contra el duque de Lerma y los ataques que escribió contra el mismo en el libro inmortal.<sup>32</sup> ¿Acaso es esto

<sup>31</sup> Véase el curioso volumen en folio, espejo fiel de la vanidad de Lerma, titulado: *Relación verisima del efecto y fin de los conciertos del felicísimo casamiento de la Srma. Infanta de Castilla . . . con el muy católico Ludovico, Rey de Francia . . . cuyas condiciones se firmaron en Palacio á 22 de Agosto, por el Duque de Umena, con poderes de su Rey y por el Duque de Lerma . . . y de las costosísimas libreas de estos dos príncipes*, etc. Málaga, 1612.

<sup>32</sup> “Ce grand homme (Cervantes) ayant esté traitté avec quelque mépris par le Duc de Lerme, premier Ministre de Philippes III qui n'avoit nulle consideration pour les scavants, ecrivit le roman de don Quichot qui es une satire tres-fine de



imposible? Probablemente ocurrió antes de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, allá por 1612, cuando se templaron, aunque por corto tiempo, los enojos de ambos escritores y se encontraban amenudo en la tumultuosa "Academia Selvaje," donde en cierta ocasión, (como refiere una de las célebres cartas á Sessa) para que Lope leyera unos versos, le prestó Cervantes sus espejuelos que parecían unos "huevos estrellados." Acaso fué después de la publicación de la segunda parte, desagraviado Lope con las satisfacciones de Cervantes sobre los "sinónimos voluntarios" que, según Avellaneda, contenía la primera y en los últimos meses de su vida el más ilustre de los dos grandes rivales. Como quiera que sea, el testimonio de Rapin, á quien podemos llamar un contemporáneo, tiene un inmenso valor, si se añade á las pruebas internas del *Quijote* que de modo tan notable lo confirman. Si algo faltara, bastaría recordar que cada una de las partes de la novela fué dedicada á un enemigo de Lerma: la primera al duque de Béjar, que en 1600 tuvo grave querrela con el ministro y le odió siempre; la segunda al conde de Lemos, motivo de la caída del privado.<sup>33</sup>

---

sa nation, parce que toute la noblesse d'Espagne qui l rend ridicule par cet ouvrage, s'estoit entestée de chevalerie. C'est une tradition que je tiens d'un de mes amis qui avoit appris ce secret de dom Lope a qui Cervantes avoit fait confidence de son resentiment. *Reflexions sur la Poétique d'Aristote et sur les ouvrages des Poetes Anciens et Modernes*, Paris, 1674, 12. Este libro, que tuvo gran boga en el siglo xvii, aunque sin nombre de autor, es del padre René Rapin, y así consta en el Catálogo del Museo Británico. No he visto la edición del mismo año en Amsterdam que cita el notable cervantista Sr. Rius, en su admirable *Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1899; pero sí he tenido en mis manos la segunda de igual fecha en París "revisada y aumentada," que conserva íntegro el párrafo sobre el *Quijote*. Rapin dice, también, que Cervantes era Secretario del duque de Alba, en lo que hubo de confundirlo con Lope, que fué quien desempeñó ese puesto.

<sup>33</sup> Véase lo que dice Cabrera (p. 68), sobre la desavenencia entre los duques de Béjar y Lerma, por haber negado el segundo al primero la grandeza que le correspondía. Sobre el conde de Lemos, dice Fajardo y Mouroy: "Las dificultades domésticas entre su sobrino y yerno el conde de Lemos, Príncipe de excelentes virtudes, y el duque de Uceda, su hijo primogénito, más confiado que advertido, crecieron en un grado tan superior, que ocasionaron la retirada ó caída del duque de Lerma, ya Cardenal." Op. cit. pág. 21.

El error consiste en imaginar, como algunos lo han hecho desde que Moreri, y luego Mayans y el P. Murillo, recogieron, desnaturalizándolo, el informe de Rapin, el error consiste, digo, en suponer, como lo hizo Mr. Rawdon Brown, que Cervantes caricaturó personalmente al Duque de Lerma en la figura de don Quijote. Lejos estaba, por cierto, de su ánimo hacerle tan inmerecida honra. Cuéntase del duque de Montausier que cuando le informaron que Molière lo había retratado en el tipo sublime de Alceste, contestó que si tal cosa fuera cierta, merecía únicamente el más profundo agradecimiento. Así el de Lerma, á pesar de toda su grandeza, no se hubiera humillado en dar las gracias á Cervantes de haberse reconocido en don Quijote. Mas no fueron los personajes del libro inmortal copiados de tan mezquina manera. Las alusiones á contemporáneos, las críticas más ó menos embozadas á los errores del Gobierno y hasta de toda la nación, que se contienen en las páginas de la obra sublime, han de considerarse únicamente como las pinceladas maestras que dan realidad y vigor al cuadro portentoso.



## LOS LIBROS DE CABALLERIAS

A pesar de que el ilustre autor afirmó tantas veces que su único objeto había sido destruir la perniciosa lectura de los libros de caballerías, y á pesar de que la mayor parte de los cervantistas así lo cree, no atreviéndose á dudar de lo que Ticknor llamó "la palabra honrada de un gran hombre", preciso es reconocer que un libro como el *Quijote*, que, si apartamos, tal vez, el *Fausto* de Goethe, es la obra literaria más vasta, humana y profunda que se ha escrito, no puede ser la mera parodia de un género literario, la burla divertida y genial de una clase de novelas. ¡Pobre gloria, en verdad, la de Cervantes, si solo hubiera consistido en acabar con la ya moribunda familia de Amadises y Esplandianes y en hacer que la posteridad olvidara al ridículo Feliciano de Silva! Míopes son los que no alcanzan á ver entre líneas su irónica sonrisa, al tratar él mismo de empuñarse el alcance de su creación admirable. ¿Tenían, acaso, entonces, las novelas caballerescas tanta importancia que merecieran esfuerzo semejante? Ha de responderse que, según manifiesta con su habitual penetración el insigne crítico Menéndez y Pelayo, Cervantes enterró un género "casi muerto".<sup>34</sup> El último libro de caballerías publicado en

<sup>34</sup> *Interpretaciones al Quijote*. Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Sr. don José María Asensio y Toledo el día 28 de mayo de 1904. El discurso de Menéndez y Pelayo, en contestación al del notable cervantista Sr. Asensio, contiene el juicio sobre el *Quijote* más profundo, elocuente é imparcial que se ha publicado hasta hoy. Solo puede comparársele el portentoso discurso leído por el mismo Menéndez y Pelayo en la Universidad Central de Madrid, en la fiesta solemne en celebración del tercer centenario del *Quijote*.

España, fué, según Clemencin, *Don Policisne de Beocia* en 1602 y el único de los antiguos que hubo de reimprimirse después de esta fecha, fué *El Caballero del Febo* en 1617 y 1623. Aunque todavía se aceptaban con amor por cierta clase muy ruda de lectores, y ejemplo es el ventero que en el mismo *Quijote* juraba ser ciertas las proezas de don Felixmarte de Hircania, casos así no eran, en verdad, frecuentes entre personas de juicio sano. Probable es que sin haber escrito Cervantes su obra la literatura caballerisca hubiera de todos modos desaparecido, porque ningún escritor contemporáneo suyo, ni siquiera entre los de segunda fila, escribió un libro de caballerías, siendo innumerables, en cambio, las novelas picarescas y pastoriles que para satisfacer el gusto público salieron á luz á fines del siglo XVII. ¿Cómo no dudar, por consiguiente, de la palabra de Cervantes? ¿Cómo no dudar, además, ante las pruebas internas de su obra? Estas son tantas, que ningún libro en el mundo, ni siquiera el cuadro gigantesco del siglo XIII que se llama *La Divina Comedia*, puede presentarlas mayores, de que todo en sus páginas es observación de la realidad y juicio profundo de instituciones y de hombres.

En España y fuera de ella, esa palabra de Cervantes fué siempre puesta en duda. No tuvo otro origen la idea de la existencia del *Buscapié*, librito en el cual supuso la tradición que el autor del *Quijote* había desentrañado muchos pasajes ocultos en su novela, aunque, como todos sabemos, es muy dudoso que el *Buscapié* lo escribiera nunca Cervantes y el publicado en 1848 por don Adolfo de Castro fué una ingeniosa falsificación literaria. Además de la afirmación ya citada del Padre Rapin, Daniel Defoe, tan parecido á Cervantes en que su vida fué un tejido de infortunios y en que escribió un libro inmortal, encanto de todas las edades, estuvo en la Península en 1692 y afirmó en el Prefacio de *Robinson Crusoe* que el *Quijote* era una sátira contra la nobleza



española, y especialmente contra el Duque de Medinasi- donia, idea que se originó, sin duda, por haber escrito Cervantes contra este duque su famoso soneto satírico referente al saqueo de Cádiz en 1596 por las tropas inglesas al mando del Conde de Essex. Pero, sin apelar al testimonio de extranjeros, en España mismo, y en el propio tiempo de Cervantes, hallamos la prueba más clara de que la opinión pública, vió en el *Quijote* sátiras efectivas contra determinadas personas, á la vez que un cuadro del estado de la nación. En 1614, cuando Cervantes no había concluído aún su segunda parte, salió á la palestra el encubierto Alonso Fernández de Avellaneda y sin ambajes ni rodeos, acusó al ilustre escritor por las veladas alusiones que contenía su libro, indicando muy precisamente que el carácter y los dichos de Panza no eran las menores diatribas en la obra.<sup>35</sup> Avellaneda continuó el *Quijote*, dando por razón para hacerlo que el de Cervantes era calumnioso y no únicamente enderezado á destruir los libros de caballerías, y éste le contestó encerrándose nuevamente en su negativa, á pesar de lo cual, siguió aplicando con más elevación y elocuencia que nunca el cauterio de su crítica sobre las llagas que corrompían el cuerpo social é indicaban desde entonces la ruina del poder español.

Fué esta, tal vez, la única razón que tuvo el audaz Avellaneda. El *Quijote*, como *Gargantua y Pantagruel* y como los *Viajes del Capitán Gulliver* (únicas obras

<sup>35</sup> Avellaneda dijo, con efecto, en el Prólogo de su *Quijote*: "... he tomado por medio entremesar la presente comedia con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie ni de hacer ostentación de sinónimos voluntarios." En otra parte dice: "... no podrá (Cervantes) por lo menos dejar de confesar tenemos ambos un fin, que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías etc." Como el fin de Avellaneda fué ostensiblemente dañar á Cervantes, la sorna de esas líneas es bien manifiesta. También dijo, aludiendo á las críticas generales del *Quijote*: "Y pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes y por los años tan mal contentadizo que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos," etc. El *Quijote* de Avellaneda se encuentra en el volumen 18 de la Biblioteca de Rivadeneyra. Me ocupé de este curioso libro hace veinte y un años en mi opúsculo: *El Quijote de Avellaneda y sus críticos*, Habana, 1884.

semejantes, aunque inferiores, que pueden comparársele en el mundo) tiene un aspecto político que preciso es desentrañar estudiando la época. Desconocíanse entonces los periódicos, que desempeñan papel tan importante en la vida moderna. Hasta los mismos *avisos ó relaciones*, (como las muy importantes ya citadas de Cabrera) contenían solo una escueta narración de los sucesos de más bulto, con pocos ó lijerísimos comentarios. La opinión pública buscaba, pues, en las obras populares de imaginación, alusiones á ocurrencias y personajes del día y en este sentido, con más ó menos desenfado y claridad (que no permitían mucha ni los censores, ni la Inquisición) "se hacía política," como diríamos hoy, en el teatro y en la novela. Los dramas y comedias de Lope nos ofrecen campo inagotable para estudiar las costumbres y el gobierno del tiempo. *El Quijote*, desde el mismo punto de vista, tiene un valor inapreciable. ¿Quién ha de negar que los libros de caballerías fueron el blanco más aparente de su sátira? Pero en el fondo, cuando bien se estudia la novela inmortal, se nota que sirvieron no más que de pretexto, hábilmente escogido, para tejer la fábula y hacer que don Quijote y Sancho dieran su homérico paseo por España.

Aunque dijo también Cervantes que su obra "no tendrá necesidad de comento para entenderla, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran," esto fué cierto para sus contemporáneos, pero no siempre para la posteridad, que, como ha ocurrido también con *La Divina Comedia*, desconoce el significado de muchas alusiones á sucesos y hombres de la época que se encuentran en el *Quijote*.<sup>36</sup> Si supiéramos, por ejemplo, todo lo que signi-

<sup>36</sup> Ya esta necesidad de comentario para el libro de Cervantes, la señaló el Padre Sarmiento en el siglo XVIII. Los dos primeros comentadores del *Quijote* fueron ingleses, el más antiguo del siglo XVII: *Pleasant notes upon don Quixote*, by Edmond Gayton, Esq. London, printed by William Hunt, 1674, 4.º m. Aunque



fican los oscuros versos de *Urganda la Desconocida* y otros que preceden la primera parte, así como los epítafios que la terminan de los enigmáticos académicos de Argamasilla, no aparecerían hoy tan extrañas é incomprensibles esas páginas. Con perdón de Cervantes, su libro requiere comentario, como lo requieren las obras de Shakespeare, si deseamos seguir punto por punto la íntima corriente de sus ideas, mas no lo necesitamos si al abrir el volumen muévenos únicamente el deseo de hallar en sus raudales de gracia y en su profundidad no superada, alivio ó pasatiempo," como él decía,

"Al pecho melancólico y mohino."

---

inspirado en un rabioso protestantismo y con bastantes injusticias contra los españoles, hay algunas observaciones discretas en este libro, que se imprimió otra vez y es ya bastante raro. El segundo comentador fué Bowle: *Anotaciones á la historia de Don Quijote de la Mancha* por el Reverendo don Juan Bowle, A. M. S. S. A. L. En Salisbury. En la imprenta de Edvardo Easton, 1781, 4.º m. (Tomo III de su edición del *Quijote*). Aunque Bowle escribió en castellano sin haber estado jamás en España, según propia confesión suya, y su estilo está plagado de barbarismos, sus *Anotaciones* tienen gran mérito, especialmente en cuanto al estudio de los libros de caballerías y de ellas se aprovechó Pellicier, no obstante sus alardes de lo contrario. La primera gran edición del *Quijote* con ilustraciones y una vida de Cervantes (la de Mayans y Siscar) fué también impresa en Inglaterra y es la que por indicación de la Reina Carolina ordenó Lord Carteret y se publicó en 1738. También cabe á Inglaterra la gloria de la mejor edición del texto restituído del *Quijote* que hasta hoy conocemos, por Fitzmaurice-Kelly y Ormsby, Londres (Nutt), 1898 y entre numerosos libros sobre Cervantes, que sería prolijo citar, la mejor biografía del ilustre escritor publicada hasta ahora, por su erudición profunda, su acabada crítica y su encantador lenguaje, es inglesa: *The life of Miguel de Cervantes Saavedra* (Londres, 1892) obra del ilustre escritor ya mencionado, Mr. James Fitzmaurice-Kelly, á quien tanto debe la historia de las letras españolas.

## VI

### CERVANTES Y EL QUIJOTE

No ha de extrañar la amarga hiel que se descubre en medio de los divertidos episodios del *Quijote*. Cervantes, á pesar de la grandeza de su alma, era hombre y la época en que compuso este libro, fué la más dolorosa de su vida, aún si incluimos la de su largo y duro cautiverio. Cautivo halló consuelo en sus briosas esperanzas, y como lo prueba su admirable *Epístola á Mateo Vázquez*, concibió el plan fecundo de que abandonara su patria las estériles empresas de América para cimentar, extendiéndose por el Africa, un poderío inexpugnable. En cambio, cumplidos ya los cincuenta y siete, cuando publicó la primera parte y cercano á los setenta cuando la segunda, "con todos sus años á cuestas", como él mismo decía, y "tan versado en desdichas," ni una sola esperanza conservó de las que animaron su juventud heroica, ni un sólo amigo que le brindara algo más que las limosnas de Sandoval y de Lemos, ni otro consuelo que su pluma para dirigirse á una posteridad menos ingrata.

El éxito grande del mismo *Quijote*, aquella popularidad tan extraordinaria que apenas veían las gentes un rocín flaco cuando decían "allá va Rocinante", las doce ediciones de la primera parte desde 1605 hasta 1611, compitiendo con las prensas de Madrid, Valencia y Lisboa, las de Bruselas y Milán; la traducción inglesa de Shelton en 1612, (completada con la segunda parte, muerto ya Cervantes, en 1620); la estimación de su libro en Francia y el aplauso general de los extranjeros, moti-



vos fueron, sin duda, de satisfacción para su ánimo, pero de ningún modo aumentaron siquiera su prestigio personal entre los españoles. Falsa es la popular anécdota según la cual el Rey don Felipe III, asomado una tarde á un balcón de palacio, exclamó al ver que un estudiante leyendo un libro reía á carcajadas: "aquel estudiante está loco ó lee la historia de don Quijote". Don Felipe no tuvo nunca el buen gusto ni la suerte de ocuparse de Cervantes, aunque ordenó la representación en Palacio de una comedia de Lope y admiraba á Jorge de Montemayor hasta el punto de colmar de dádivas á una mujer solo porque le dijeron que era la heroína de la *Diana*. Echaron á volar esta anécdota sobre el Rey y el *Quijote* Mayans y Pellicer, atribuyéndola á Baltasar Porreño en su *Vida y hechos del Rey don Felipe III* y como de Porreño sigue circulando en casi todas las obras cervantinas. Pero observa Fitzmaurice-Kelly, en su *Vida de Cervantes*, que el hecho no es cierto. Con efecto, he leído todo el libro de Porreño, incluído en las *Memorias* ya citadas que recopiló Fajardo y Monroy y no existe en él ni la más leve mención de Cervantes ni del *Quijote*, y tampoco está la anécdota en el otro historiador de don Felipe, Gil González Dávila. En cambio, Faria y Sousa, en su *Comentario á las Lusíadas*, publicado en Madrid en 1639, refiere que don Felipe y su esposa doña Margarita dieron audiencia en Valderas en 1603 y colmaron de dádivas, á la que había sido amante de Montemayor é inspiró la *Diana*. Aunque Faria y Sousa no es digno de gran crédito, esta historia no parece ser una de las muchas mentiras que contiene su libro.<sup>37</sup>

El pobre Cervantes parece que careció siempre de la facultad de ganar dinero, que tan alta tuvo su gran rival Lope de Vega y entonces como ahora, semejante condición era más estimada entre los hombres que la de poder

<sup>37</sup> La representación en Palacio de la comedia de Lope tomando parte en ella don Felipe y doña Margarita, la refiere don Adolfo de Castro en su *Discurso acerca de las costumbres públicas y privadas de los españoles en el siglo XVII*, Madrid, 1881.

escribir el *Quijote*. Espíritu, además, independiente en grado sumo, resistióse hasta los últimos años de su vida á entrar en la Iglesia para asegurar un pedazo de pan, ya que su carrera de soldado había sido tronchada por la desgracia de caer cautivo y sus años no le permitían emprenderla de nuevo. Cuando vino á tomar los hábitos, fué "puesto ya el pie en el estribo" y mientras tanto, arrastró la triste vida del hombre cargado de familia y necesidades, y sin bienes de fortuna. Su falta de influjo y de prestigio social eran tan grandes, que sin contar las veces anteriores en que se dice fué injustamente encarcelado, entre ellas la muy notable en que se "engendró" el *Quijote*, en aquel famoso año de 1605, el indigno juez don Cristóbal de Villaroel, rehuyendo, como ya hemos visto, dirigir la investigación de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta por donde pudiera encontrar procesados poderosos, dictó orden de prisión contra las personas más desamparadas é infelices que pudo hallar en una casa posada de la propia ciudad de Valladolid y entre ellas contra Cervantes y su familia.<sup>38</sup> ¡Bien ageno, por cierto, estaría el prevaricador Alcalde, de que su inicua sentencia habría de leerse como un documento infame en los siglos venideros! Aunque á su pobreza, que se ha hecho tan proverbial, hubo de resignarse Cervantes con cristiana mansedumbre, tan hondas decepciones, sufrimientos tantos, tan crueles injusticias, ¿dejarían de reflejarse en las páginas del *Quijote*? Pero no con la amarga envidia del que odia á los más afortunados, nó con el veneno rencoroso del libelista indigno que muerde, como la víbora, desde el suelo á que su propia vileza le condena, sino con la triste y compasiva mirada del coloso, que mereciendo más honra por su genio que ninguno de

<sup>38</sup> La causa de Valladolid puede leerse íntegra en la obra del presbítero don Cristóbal Pérez Pastor, *Nuevos documentos cervantinos* (Madrid, 1897), con los cuales ha completado sus fecundas y felices investigaciones sobre la vida de Cervantes. Mucho debe la historia del siglo de oro de las letras españolas á la incansable diligencia de este notable erudito, que también ha hecho interesantes descubrimientos sobre la vida de Lope de Vega.



sus contemporáneos, con excepción, tal vez, de don Francisco de Quevedo, se encontraba tan alto sobre los demás, tan lejos del alcance de su vista, que ni podían ellos comprenderlo, ni siquiera darse cuenta de su grandeza.

Por eso tras de aquella risa, surge la dolorosa amargura que convierte el *Quijote*, á pesar de su alegría, en un libro profundamente triste, según la observación de Sismondi. La risa de Cervantes parece algo así como la burla de su propio destino, la resignada burla del que cae ante crueles espectadores, incapaces de tenderle una mano de auxilio ni de restañar la sangre de sus heridas y se levanta, sin embargo, sonriente, para unir también su carcajada al coro general. No es la risa cínica y socarrona de Rabelais, al contemplar á los hombres como un enorme rebaño de imbéciles, ni tampoco la despiadada ironía de Swift, que disecciona el corazón para probar que ni en el fondo se encuentra un sentimiento de ternura. En Cervantes hay lástima para los que ríen y al final de cada escena de palos y puñadas, cuando mana la sangre de la piel de don Quijote y termina el divertido asombro que causan las desventuras á que su manía le arrastra, todo noble corazón ha de cerrar el libro con honda melancolía, mientras protesta indignado el pequeño Quijote que hay en nosotros y que quisiera haberse visto en la refriega para con razón ó sin razón, por ley ó contra ley, empuñar también tizona ó estaca y tomar parte por el buen caballero apaleando yangüeses ó estúpidos agentes de la Santa Hermandad y hasta rompiendo lanzas por Dulcinea, á presencia de toda Barcelona, contra el adversario terrible de la Blanca Luna.<sup>39</sup>

¿Por qué inspira don Quijote simpatías tan hondas? ¿Por qué el ánimo se contrista cuando le vemos caer en aquella página cruel y sombría, donde se eleva el buen

<sup>39</sup> Este sentimiento de admiración y amor que, á pesar de sus locuras, produce en las almas nobles y generosas el héroe de Cervantes, ha inspirado en Cuba el párrafo más elocuente de una de las hermosas oraciones políticas de Manuel Sanguily, y con motivo de esto, el popular y bello soneto del distinguido poeta cubano Enrique Hernández Miyares *La más hermosa*.

hidalgo á la más noble y sublime altura del heroísmo, la que arrancó lágrimas á Heine, la que cierra para siempre sus proezas disparatadas de andante caballero? ¿Por qué cuando le vemos luego en su lecho de agonía, quisiéramos todos que el sanote y simplón de Sancho pudiera detener su fin al gritarle: "no se muera vuestra merced, siga mi consejo y viva muchos años," y detendría, también, nuestra mano la pluma implacable de Cide Hamete Benengueli? ¿Acaso no es don Quijote el tipo más acabado de un loco? ¿Acaso no es el quijotismo grave y á la vez ridícula falta que puso en evidencia Cervantes para ejemplo de los españoles y del género humano? La respuesta es sencilla. Cervantes no censuró á España, si acaso fué esta su idea, con ojos de enemigo, pues no pudo olvidar que, ante todo, él mismo era un español, que amaba á su patria con honda ternura. Y tampoco pudo olvidar, por lo que puso tanto de su propia alma en la simpática figura de su manchego, que él fué, también, un caballero andante, que no lidió contra encantadores ni malandrines, pero sí contra el sórdido y frío egoísmo de los hombres, sufriendo la miseria, el dolor y la injusticia, en un mundo que no le comprendía y henchido, sin embargo, el corazón de generosos sentimientos, de amor á los demás y de sublimes ideales. Corta es la vida y cuando se gastan sus mejores años en lo que llaman desatinos y quimeras los muchos curas, barberos, duques, duquesas y Carrascos que existen en la sociedad humana, quedan solo los tristes recuerdos de un pasado infructuoso y la burla despiadada de los juveniles desvarios. Si todos los vencidos como Cervantes tuvieran su genio, lanzarían, también, sus libros al mundo desde el triste rincón de sus desengaños y conmovrían la posteridad con el eco formidable de sus carcajadas.

Es el *Quijote* la obra de una desconsoladora experiencia, el noble producto de una vida fracasada en otros empeños más efímeros, el libro melancólico de un viejo, en



quien ni los infortunios ni los sufrimientos pudieron apagar la generosidad del alma, ni el amor á los sacrificios bellos y desinteresados. Detrás del gran burlón de los quijotes, está don Quijote mismo, defendiendo su causa con sublime elocuencia, en discursos que solo pueden salir del corazón. Detrás del censor de las locuras españolas, está el español arrogante y lleno de alientos, irguiéndose, no obstante el peso de los años y las desdichas, para soltar la pluma y tomar otra vez la espada que ciñó airoso en los tercios de Figueroa ó empuñó tinta en sangre en la gran jornada de Lepanto. Hay en todo el libro un constante dualismo, un contraste extraño y único en la historia literaria, entre lo que Cervantes creía y lo que sentía, entre lo que realizaba despiadadamente su juicio y lo que sus sentimientos le arrastraban á escribir en las sentencias inspiradas y majestuosas de su héroe.

“El *Quijote*, ha dicho admirablemente el escritor francés Emile Montegut, es la obra de un patriota lleno de tristeza, cuya razón pugna con su corazón y que no puede dejar de amar lo mismo que maldice”. Por esto ha sido siempre un enigma tan grande para la crítica, que no acierta á darse cuenta cabal de si es don Quijote un tipo de burla ó de admiración, si es la caricatura grosera de un personaje del tiempo ó el mismo Cervantes que nos habla inspirado por su boca. Cuando le vemos rechazar con tan viril entereza las censuras que se le dirijen, cuando le vemos decir con noble jactancia: “Caballero soy y caballero he de morir, si place al Altísimo; unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, y otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra”, ¿no es verdad que no parecen éstas locuras despreciables y dignas de risa, sino las palabras, por el contrario, más propias de un hidalgo?

## VII

### LA MORAL DEL QUIJOTE

Cervantes deslindó admirablemente lo que es de censurar en don Quijote, lo que se ha llamado en todas las lenguas quijotismo, y la verdadera inclinación caballeresca de socorrer á los que han sed de justicia. El deseo de hacer bien cuando está erróneamente encaminado ó cuando no se ponen para alcanzarlo los medios debidos, acarrea peores consecuencias, á veces, que el mismo daño que deliberadamente se produce. “Quiero que sepa vuestra reverencia (dice don Quijote al bachiller Alonso López, después de echarlo al suelo y quebrarle una pierna) que yo soy un caballero de la Mancha llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los días de su vida: y el agravio que en mí habéis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre”. La misma lección recibe del muchacho Andrés, el primero de sus protegidos, á quien creyó librar de los azotes del cruel Haldudo y hacer que éste le pagara hasta el último real de su salario, logrando solo que, apenas vueltas sus espaldas, Haldudo duplicara el castigo y Andrés maldijera luego, á presencia del mismo don Quijote, “á todos cuántos caballeros andantes han nacido en el mundo.” El desastroso fin que tuvo para el caballero la aventura de los galeotes y en general sus demás empresas, unas acometidas con propósitos



laudables, otras hijas de su trastornado cerebro, prueban que el deseo solo no basta para alcanzar la victoria, que debe estudiarse, ante todo, si la causa que se defiende es realmente justa, y que deben ponerse medios más efectivos en la contienda que la voluntad, un rocín hambriento y un viejo lanzón olvidado en una venta.

Si hubo crítica contra España en la obra, como tantas veces se ha dicho, es aquí donde ha de hallarse y no en el fondo de los sentimientos del pueblo español, tan dignos y honrados como los del propio don Quijote.<sup>40</sup> Proporcionar nuestros empeños á nuestras fuerzas, podrá ser la moral del libro, ha dicho Prescott, y fué, quizás, el punto débil de la política española que comprendió Cervantes con profundidad superior á su tiempo.

Patrimonio de los españoles no fué entonces, ni lo ha seguido siendo en el mundo, dejarse arrastrar por la fan-

<sup>40</sup> Recuérdese el romance satírico, malísimo, por cierto, como composición poética, contra Cervantes, á propósito de la edición de sus comedias publicada por don Blas Nasarre en 1740, con un prólogo lleno de los extraños desbarres críticos de aquel extrafalarío erudito. Copió el romance Gallardo de un tomo de varios papeles manuscritos que fué de la biblioteca del Conde de Campomanes. Según el Marqués de Valmar es de Juan Maruján (*Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, t. 61 de la biblioteca de Rivadeneira). Según C. A. de la Barera, *Nuevas investigaciones*, op. cit. es de don José Carrillo. Atacó, con efecto, este escritor á Nasarre en otra obrilla donde se apunta la misma idea sobre el *Quijote*: *La sin razón impugnada y beata de Lavapiés; coloquio crítico apuntado al disparatado prólogo que sirve de delantal (según nos dice su autor) á las comedias de Miguel de Cervantes, compuesto por don José Carrillo*. En Madrid, año de 1700, 4.º Aunque reproducido varias veces, es digno de recordación el romance, porque contiene todos los puntos de vista de los que han hallado en el *Quijote* una sátira contra España:

“El fuerte fué de Cervantes  
 Aquel andante designio,  
 En que dió golpes tan fuertes,  
 Que á todos nos dejó heridos;  
 Y su veneno, entre flores  
 Ingeniosas escondido,  
 Fueron fragancia y belleza,  
 Disfraces de lo noscivo.  
 Aplaudió España la obra  
 No advirtiendo, inadvertidos,  
 Que era del honor de España  
 Su autor verdugo y cuchillo.  
 Contando allí vilipendios,  
 De la nación repetidos,  
 De ridículo marcando  
 De España el valor temido.

tasía y acometer empresas disparatadas que pugnan con la realidad y se estrellan contra los hechos. En 1616, un año después de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, se realizó el acto de quijotismo más grande que conoce, tal vez, la historia, comparable, tan solo á las esperanzas del hidalgo manchego de verse coronado emperador en un buen día, y no lo llevó á término ningún español, sino un inglés, caballero andante, también, tanto de la espada como de la pluma. En aquel año, con efecto, Sir Walter Raleigh, el gran escritor y el colonizador de Virginia, salió en su segundo viaje á la Guayana para hallar el Dorado, dando por tan cierta la existencia de ese rey fantástico y de su región maravillosa, en que el oro y las piedras de valor eran tan comunes, como don Quijote sus princesas enamoradas y sus palacios encantados. La expedición de Releigh, acometida con la circunstancia agravante de un primer fracaso que no pudo desengañar al iluso caballero ni á su protectora Isabel, llenó, sin embargo, de locas esperanzas toda la corte de Jaime I. El terrible desastre de la disparatada

Como si fuera un laurel  
 Para el español dominio,  
 Se idolatró la corozca  
 Y se adoró el sambenito.

Viendo á la sincera España  
 Los extranjeros ministros,  
 Tan contenta en el cadalso,  
 Tan gustosa en el suplicio,

El volumen remitiendo  
 A los reinos convecinos.  
 Hicieron de España burla  
 Sus amigos y enemigos.

Y esta es la razón porqué  
 Fueron tan bien recibidos  
 Estos libros en Europa,  
 Reimpresos y traducidos.

Y en láminas dibujados  
 Y en los tapices tejidos,  
 En estátuas abultados  
 Y en las piedras esculpidos.

Nos los vuelven á la cara  
 Como diciendo: “¡Bobillos,  
 Miráos en ese espejo,  
 Eso sois y eso habeis sido!”



aventura, contribuyó no poco á la impopularidad del gran explorador y hasta á su muerte en el cadalso, en 1618, con el pretexto de que la ejecución agradaba al entonces amigo Rey de España.

¿Quién no recuerda, además, la corte caballeresca de Isabel, anterior á la de Jaime I, en que Raleigh mismo desempeñó papel tan importante y la figura del Conde de Essex, que había de inspirar más tarde una romántica comedia al español Felipe IV? En la gran novela histórica de Charles Kingsley *Westward Ho!* donde tan admirablemente se describe el espíritu de los ingleses en aquel tiempo, sus luchas contra los españoles y el odio entre los dos pueblos, se observa el singular fenómeno de que los más exaltados y románticos no son los españoles, sino los ingleses. No fueron, pues, los españoles los únicos que tenían entonces los "celebros llenos de aire," que diría Maese Nicolás el barbero, ni sentían ellos solos el impulso de las andantes aventuras. Lo que hubo fué que España echó sobre sus hombros la realización de empresas que hubieran sido abrumadoras, aún para pueblos más pujantes y prósperos. La escasa población de la Península no era bastante para conquistar y poblar el Nuevo Mundo y mantener la supremacía militar en el Viejo, ni las estériles tierras de Castilla y Aragón, las dos provincias dominadoras, suficiente para llenar las necesidades del vasto tesoro que tales empeños requerían.

Con Carlos V. comenzó la hacienda española su interminable série de quiebras y así le vemos, cual le pinta Robertson, sosteniendo sus campañas á fuerza de habilidades y expedientes, mientras su falta de recursos le proporcionaba más de una derrota; y finalmente, sin dineros hasta para terminar la última de sus locuras: su viaje al retiro de Yuste. Nada de extraña tiene, pues, la creencia de que tuvo Cervantes en la mente al terrible Emperador cuando concibió la figura de don Quijote. Era Carlos V, en verdad, casi tan amigo como don Quijote de proe-

zas caballerescas y lo prueba su célebre desafío con Francisco I no efectuado por faltar á la cita el Rey de Francia, lo que siempre hizo constar Carlos con arrogante vanidad. En las fiestas caballerescas de Blins con que la Reina de Hungría festejó al propio Carlos V y á su hijo, después Felipe II, hubo motes curiosos de caballeros andantes que recuerdan algunos de los que don Quijote usó, ó aparecen en su historia, como *El Caballero Triste*, el del *León*, el de las *Estrellas* y otros varios. Refiere también Vera y Zúñiga en su *Epítome de Carlos V*, que éste en sus primeros años, arremetía espada en mano contra las figuras armadas en los tapices de las paredes y más de una ocasión tuvieron que apartarlo mientras llevaba á la práctica la aventura más formidable entre todas las de don Quijote, y fué irritar por entre las barras de una jaula á los leones que había en ella, hasta el punto de tenerse que tomar grandes precauciones para evitar una catástrofe. Finalmente, la mención que hace Cervantes en la escena del escrutinio de "La Carolea y León de España con los hechos del Emperador compuestos por don Luis de Avila *que sin duda debían de estar entre los que quedaban*" y el epitafio de don Quijote escrito por Sansón Carrasco, se han aducido como indicaciones de que sirvió el más famoso de los Austrias de modelo para el no menos ilustre don Quijote.<sup>41</sup> Pero en lo que más se parecen uno y otro es en que acometieron empresas muy superiores á los recursos de que podían disponer, con la diferencia de que don Quijote no hizo mal á nadie (si acaso á su propia hacienda y á sus herederos, que ninguno tenía directo) y Carlos V comenzó la ruina de España y de su familia.

41. Consigné todos estos datos el Sr. la Barrera en sus *Nuevas Investigaciones* anteriormente citadas. Dice el epitafio por Sansón Carrasco:

"Tuvo á todo el mundo en poco,  
fué el espantajo y el coco  
del mundo en tal coyuntura,  
que acreditó su ventura,  
morir cuerdo y vivir loco."



La apurada situación financiera de los españoles que hemos visto descrita por Cervantes en tiempo de Felipe III, fué la misma en que dejó el Emperador á su hijo don Felipe II. Llegaron á faltar á éste una vez hasta 400 reales de vellón, que fué cuando se cuenta que exclamó desesperado: "ganas tengo de ver el día en que me acueste sabiendo los recursos con que al siguiente podré contar." ¿Podían de esta manera los españoles fundar estables y duraderas colonias en América, mantener en todo el mundo, por las armas, el privilegio de la fe católica, combatir, en una palabra, contra el mundo entero? Indudablemente que nó. Cuando se estudien con imparcialidad las causas de la decadencia de España, se habrá de ver que su origen fué principalmente económico, y que la pobreza de los españoles, ó mejor dicho, la desproporción entre sus fuerzas y sus acometimientos, tuvo la culpa principal de todos sus grandes desastres. Lanzados ya por la pendiente equivocada á que los empujó Carlos V, después de ahogado en Villalar (con la personalidad naciente de las municipalidades) el último grito de sensatez del pueblo que comprendía su ruina, tuvieron que mantenerse, en el vértigo de la caída, como sus escasos recursos les permitieron. Que no eran flojos ni menaguados, lo prueba el tiempo larguísimo que sostuvieron contra los ataques de todas las demás naciones, la obra sobre tan débiles cimientos fundada, desplegando tan indomable energía, tantos alientos y tanta entereza, que llenan de asombro las páginas de la historia. Fácil es para los que juzgan cómodamente de las empresas humanas por el éxito ó las derrotas finales, hablar de superioridad de razas y de cerebros, como si fueran lo mismo unas circunstancias que otras; ó si el pueblo que tenía por punto de apoyo para dominar la tierra los áridos y despoblados pedregales de Castilla, estuvo nunca en el mismo caso de los que primero, y no por virtud, sino por necesidad, consolidaron su riqueza interior, desarro-

llaron sus monopolios naturales, favorecidos por la fertilidad y abundancia de sus tierras y luego, con las espaldas bien guardadas y sin necesidad de remediar estrecheces de hogares abandonados en la pátria, ni de sostener gobiernos en quiebra, se lanzaron á repartirse las tierras del mundo que los españoles no habían adquirido, ó arrancar á estos uno á uno los pedazos de su corona.

Cervantes, desde luego, no se propuso analizar las causas de la decadencia española, ni mucho menos proponer remedios á la nación. Si acaso fué su intento poner en evidencia faltas de sus compatriotas, señaló también las suyas, si faltas pudieran llamarse, y observó con tristeza, que no pudo ocultar bajo la máscara de su risa, el extraño contraste que resultaba entre el valor de aquéllos y su debilidad nacional. Pero lejos estoy de creer que ni en esta ni en ninguna otra de sus ideas, tuvo un deliberado propósito de simbolismo moral y filosófico á la usanza más moderna de Goethe. El *Quijote* carece, excepto en sus detalles como la primera de las novelas realistas y en sus desahogos de carácter más personal que trascendental, de lo que llamaba "sentido oculto" el entusiasta cervantómano don Nicolás Díaz de Benjumea.<sup>42</sup> No es un libro esotérico ciertamente, el *Quijote*, ni propone doctrinas trascendentales para la salvación de España ó la reforma del género humano.

<sup>42</sup> Las obras de Benjumea (*La Estafeta de Urganda*, Londres 1861; *El Correo de Alquife*, Londres, 1866; *El Mensaje de Merlin*, Londres, 1875 y *La Verdad sobre el Quijote*, Madrid, 1878, además de numerosos artículos y folletos sobre asuntos más ó menos directamente relacionados con Cervantes) han sido siempre muy discutidas. Bastante ha dicho sobre ellas con gran discreción don Francisco María Tubino en *El Quijote y la Estafeta de Urganda*, Sevilla, 1862, y en su interesantísimo libro *Cervantes y el Quijote*, Madrid, 1872. Pero sería injusto negar á Benjumea á pesar de sus errores, que hizo algunas observaciones sobre Cervantes profundas y verdaderas. Otros comentaristas de corte parecido como don Ramón Antequera (*Juicio Analítico del Quijote*, Madrid, 1863), don Baldomero Villegas (*Estudio topológico sobre el Don Quijote de la Mancha del sin par Cervantes*, Burgos, 1899), y don Benigno Pallol, usando el pseudónimo de Polínous (*Interpretación del Quijote*, Madrid, 1898), han sido ampliamente juzgados en el discurso de recepción en la Academia del Sr. Asensio, ya mencionado, y en el muy erudito de don Emilio Cotarelo y Mori, también de recepción en el mismo instituto, leído el 27 de Mayo de 1900. Según don Adolfo Saldías (*Cervantes y el Quijote*, Buenos Aires, 1893), Cervantes hizo "una síntesis progresista y humanitaria (*sic*) que será la fórmula del gobierno futuro de los pueblos."



## VIII

### CERVANTES Y VELAZQUEZ

Cervantes fué un gran artista y como tal un gran crítico, porque la facultad de crear no puede existir sin la de juzgar honda y atinadamente; fué, aunque se le estima pobre versificador, el primer poeta de España y si Shakespeare no hubiera existido, quizás el primero del mundo, pero no un arbitrista, ni siquiera un filósofo, á no ser en el sentido de gran observador de la naturaleza humana. Ante todo fué si así es permitido decirlo, un genio eminentemente gráfico, y reprodujo los hombres y la naturaleza, tal como los comprendía su mirada penetrante. El único gran español que puede comparársele bajo este aspecto, gloria tan preclara como la suya y como él legítimo orgullo de la raza nuestra, fué el insigne pintor don Diego de Velázquez, porque aunque parezca una extraña paradoja, Cervantes pintaba con la pluma y Velázquez escribía con el pincel. La primera vez que se detuvieron mis ojos ante lienzos de Velázquez, surgieron en mi mente recuerdos del *Quijote*. Aquellos retratos famosos, más que retratos son biografías. En ellos se ve el rostro y el alma de los modelos, y la verdad, solo la verdad, tanto en el rostro como en el alma, ya sea el Rey don Felipe IV, fino, nervioso, delicado, con su quijada angular de Austria, ya el Almirante Parejo, rudo, cuadrado, con su bigote borgoñón y su mirada de lobo. Así también en el *Quijote* palpita la

verdad y como no siempre los personajes retratados tienen en sus páginas su exacto nombre, de aquí que el pueblo, con curiosidad sencilla, buscara los originales por España.

Pero el arte literario es superior al de la pintura en que su escena es más libre, pudiendo el artista mover su observación en un más amplio panorama. Cervantes hubiera podido describir todos los cuadros de Velázquez, pero Velázquez no hubiera podido pintar todo el *Quijote*. Cervantes, además, como ha dicho Klein, no bosquejó los rasgos observados en la naturaleza á la manera de un retratista, sino que convirtió los tipos del día "en figuras colectivas de clases sociales enteras, sin que á pesar de todo su simbolismo dejen de ser figuras individuales de la vida". Hizo algo más de lo que Klein observa, y que Velázquez no pudo hacer en los estrechos límites de cada retrato; porque creó cada uno de sus personajes con toda la apariencia de la realidad, estudiando en diversos hombres las múltiples cualidades que podían formar uno solo. Sus caracteres puede afirmarse, por tanto, que son grandes síntesis y de aquí su asombrosa universalidad, que ha hecho popular el *Quijote* y admirados sus protagonistas, aun donde no se conozca á los españoles ni se haya oído el acento de la lengua castellana. Solo Shakespeare y Goethe han podido obtener éxito igual, aunque por rumbos diferentes: el primero como Cervantes, sin deliberado propósito de alcanzar el simbolismo, al que llegó por espontánea producción de su genio; el segundo con meditada preparación, como si hubieran salido sus personajes del mismo gabinete de estudio del Doctor Fausto. Por esto ocupa Cervantes tan alto puesto entre los grandes escritores del mundo y por esto el *Quijote* no es un libro español, sino de todas las naciones. Ni siquiera puede afirmarse con Klein que sus figuras representan clases sociales enteras; algo más que eso, representan sentimientos é ideas que laten en todos los



pechos y surjen, aunque sea una sola vez, en todos los cerebros, por que no hay clase social ni grupo humano, de un extremo á otro de la tierra, en que no se encuentre algún don Quijote y á su lado uno ó varios Sancho Panzas.

## IX

### DON QUIJOTE

Don Quijote no puede ser, pues, el Duque de Lerma, ni el emperador Carlos V, ni siquiera el modesto hidalgo de Esquivias á quien se ha querido honrar con tanta gloria.<sup>43</sup> Podrá de todos ellos tener algo, especialmente en su aspecto ridículo y su locura; pero del mismo Cervantes tiene la sublime bondad del alma la sentenciosa elevación de los admirables pensamientos y aquel sincero amor á la justicia, aquel sacrificio de todo lo terreno por ideales nobles é intangibles, que lo ha hecho superior á Amadis de Gaula, más heróico que Bayardo y más digno del respeto de los hombres que todos los caballeros andantes que forjó la fantasía y hasta que todos aquellos de quienes nos cuentan que de verdad calaron yelmo y ciñeron espada. “Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió don Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros.” Entre esos pocos, soñáralos la imaginación de los poetas ó vivieran ellos en la realidad, don Quijote es el más preclaro, el más intachable y á pesar de su locura y de sus desaciertos parece á quien lee su historia, que es una injus-

<sup>43</sup> Según don Manuel V. García (*¿Quién fué Don Quijote?* artículo en el *Museo Universal* de Madrid, Junio 30 de 1867), don Alonso Quijada, tío de la esposa de Cervantes, que se opuso al matrimonio de éste y vivía en Esquivias, fué el verdadero original de don Quijote, según la tradición de aquel lugar. Pero según don Ramón de Antequera, op. cit. p. 427, se llamaba el hidalgo, también de Esquivias, don Rodrigo Pacheco Quijana.



ticia de la vil realidad inflexible, que el mundo no sea tan hermoso como lo creyó su destemplado cerebro, y que al fin y al cabo, el desinterés ilimitado, el altruismo, según se dice hoy día, el sacrificio de la propia hacienda y de la propia sangre por defender á los caídos y castigar á los indignos poderosos, no sean más que palabras vanas en el mundo, que usan los falsos quijotes, como usan los falsos profetas de que habla la Escritura, las del amor cristiano y la resignación divina.

Con su pluma arrancó Cervantes la máscara de tanta hipocresía como se cubre en el mundo con nombre de nobleza y en aquel cuadro desgarrador de la muerte de don Quijote, puesta fué la sentencia sobre la frente de los hipócritas. "Perdóname amigo (dice en aquel instante sublime á Sancho, Alonso Quijano el bueno) de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo." Esta es la frase más amarga que se ha escrito y salió del alma de Cervantes como un grito de dolor. ¡Triste y horrible desengaño el suyo, pero triste y horrible verdad! El humano egoísmo puede raras veces engendrar quijotes de carne, y para buscar tanta grandeza de corazón, preciso es recurrir á la fantástica historia de un loco. Cuando consideramos bajo este aspecto el sublime personaje de Cervantes, comprendemos que haya podido atravesar las fronteras de España y recorrer el mundo montado en su flaco rocín y seguido de su rechoncho escudero. Ya don Quijote no es solamente un español, porque sus nobles y generosos principios y el desastre á que le conduce la creencia de que tratando de llevarlos á la práctica seguía un camino trillado por otros muchos, encierran una lección dolorosa que la humanidad ha comprendido y que no es exclusiva de ningún pueblo. Don Quijote no es ridículo para nadie que lea su historia, porque su grandeza de alma redime su locura y la sátira no consiste en combatir co-

mo se ha creído, lo que hay de generoso y desinteresado en los libros de caballerías, sino, precisamente lo que hay de menguado y bajo en la naturaleza humana hasta el punto de ser tan pocos los caballeros y convenirse don Quijote de esta espantosa realidad, cuando ya se cerraban para él las puertas de la vida.

No tuvo razón Byron para decir que Cervantes se burló de la caballería española y derribó de una carcajada el brazo derecho de su nación, ni han comprendido la verdadera esencia del *Quijote* los que haciendo alarde más ó menos fingido de pudicia caballeresca, lamentan que el gran escritor haga reír al mundo á costa de los héroes desinteresados y admirables que desfacían entretos y vengaban agravios.<sup>44</sup> Ante todo hay que notar que los libros de caballerías están muy lejos de ser códigos de moral perfecta y que con excepción, tal vez, de Amadis de Gaula, aunque el origen de su nacimiento nada tiene de edificante, ni otros incidentes de su libro tampoco, los demás caballeros, castos y valientes en su mayoría, tenían no poco de bandidos, como aquel buen don Galaor, de quien el mismo Cervantes recuerda "que no era caballero melindroso," ó el famoso Reinaldos de Montalván que salía de su castillo "á robar cuanto topaba." En lo del valor, que más pudiera llamarse á veces crueldad, hay mucho que decir también, si tenemos en cuenta los filtros maravillosos y las protecciones sobrena-

<sup>44</sup> Lope de Vega, que nunca perdonó ocasión de disparar alguna crítica contra Cervantes, fué el primero, según mis noticias, que lanzó aquella observación. Ríense muchos de los libros de caballerías, señor maestro (escribió Lope en la dedicatoria de su comedia *El Desconfiado*) y tienen razón si les consideran por la exterior superficie. . . pero penetrando los corazones de aquella corteza, se hallan todas las partes de aquella filosofía, á saber, natural y moral. La más común acción de los caballeros andantes, como Amadis, el Febo, Esplandian y otros, es de fender cualquiera dama por obligación de caballería necesitada de favor, en bosque, selva, montaña ó encantamiento. Y la verdad de esta alegoría es que todo hombre docto está obligado á defender la fama del que padece entre ignorantes que son los tiranos, los gigantes, los monstruos de este libro de la envidia humana, contra la celestial influencia que acompañó al trabajo y el vigilante estudio de cuanto es honesto." Esta cita es de don Adolfo de Castro en la 6ª edición del *Buscapé*.



turales con que contaban aquellos esforzados adalides en sus más dificultosos lances. Los caballeros que en catterva siguieron á Amadis, vienen á ser, proponiéndose todo lo contrario sus creadores, parodias ridículas del ideal caballeresco, lo que con juicio tan admirable indicó ya Cervantes en su relación del escrutinio de la librería de don Quijote. "En don Quijote, dice Menéndez y Pelayo, revive Amadis, pero destruyéndose á sí mismo en lo que tiene de convencional, afirmándose en lo que tiene de eterno." Por ese convencionalismo, que el gran crítico señala, habían casi desaparecido los libros de caballerías á mediados del siglo XVII y en cambio el *Quijote* vivirá en todas las épocas. Los nobles ideales no fueron destruídos en la novela inmortal, sino al contrario, conservados y defendidos en sus páginas con elocuencia casi sobrehumana. El último de los caballeros andantes fué el más noble y el más puro, y no salió de Galia ni de Grecia para que asombrara al universo su carácter immaculado, sino de aquel lugar de la Mancha de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse.

Así como Amadis combatió por defender á "la sin par Oriana," dueña, en verdad, de su corazón, que le ofrecía la recompensa de sus brazos en amorosas caricias de mujer, el buen hidalgo manchego combatió por la que nunca vieron sus ojos, ni quiso jamás él de otra manera que con el platónico amor que tienen al ideal más puro de su vida, aquellos pocos que fundan la razón de nuestra existencia en algo más que los goces materiales, los placeres que proporciona la rica hacienda y la satisfacción de una pasajera vanidad en las falsas y mentidas glorias que el vulgo ambiciona y admira. Dulcinea es la verdadera "sin par," porque ni fué la ruda labradora que pintó groseramente Sancho, ni la hija de reyes y prometida de caballero andante que se describe en Oriana. Ni mujer fué siquiera, porque no puede la perfección encarnarse en forma humana y concíbese al ver como la des-

cribe don Quijote con tan inspirado fuego, que haya llegado á sospecharse el disparate de que Cervantes quiso poner en ridículo en esa figura nada menos que á la Purísima Concepción.<sup>45</sup> Aldonza Lorenzo, fué, según parece, para don Quijote un pretexto, forma humana de representar ante los hombres un ideal y él mismo, temeroso de que pudiera deshacerse á un contacto impuro, renunció á que tuviera realidad tangible. ¡Desgraciado de aquél que no haya tenido alguna vez su Dulcinea y que jamás haya volado á esas regiones donde suenan clarines que llaman á la gloria y se escuchan los ecos de la fama! Allí, en el más alto de los tronos de oro, servida por princesas, adorada por santos y poetas y sabios y guerreros, está la hermosa Dulcinea, sin que puedan verla otras miradas que las de sus nobles servidores, mientras en vano la busca por el mundo la manada inmensa que sigue la marcha monótona de la vida, sin alzar los ojos, ni elevar un instante el pensamiento. Para ellos no existe, ni existirá nunca más que Aldonza Lorenzo, montada sobre el borrico ó á horcajadas en las bardas de su corral. Las naturalezas groseras tienen cerrados los ojos del alma y con éstos únicamente en el mundo se puede percibir la realidad de las Dulcineas.

Don Quijote no es loco porque ama un ideal y dedica toda su vida á realizarlo con firme entereza. Su locura consiste en suponer que puede reparar las injusticias, defender á los débiles y castigar á los malvados, siendo un hombre sólo, viejo, sin más auxilio que un jamelgo escuálido y unas armas antiguas. Esta desproporción, (ya antes señalada) en lo que consiste, por decirlo así el nervio central del libro, es lo que convierte en alucinaciones las ideas de don Quijote. Suprimida aquélla, haciendo á la obra unas pocas alteraciones de detalles, pero dejándola en todo lo demás tal cual es, con sus peregrinos dis-

<sup>45</sup> Véase *Imaginary conversations of literary men and statesmen* (Peter Leopold and President du Paty). Works of Walter Savage Landor, London, 1876.



cursos y sus profundos pensamientos, resultaría entre las novelas serias, una de las más hermosas é inspiradas que se han escrito. Raro resultaría en verdad don Quijote sin molinos de viento, sin carneros y sin batanes, pero ¿qué otra cosa es, después de todo, Amadis de Gaula?

La locura de don Quijote es sin embargo, uno de los más admirables rasgos del genio de Cervantes. Inútil será repetir ahora lo que tantas veces se ha dicho sobre la enfermedad del hidalgo, que constituye un caso clínico descrito tan exactamente que encaja á maravilla dentro de las clasificaciones de la ciencia. Hernández Morejón, el erudito historiador de la medicina española, y recientemente Pí y Molist, han agotado este aspecto del libro de Cervantes con autoridad de especialistas. Lo que sí cabe decir es que tanto en el mismo *Quijote* como en otras de sus obras, el ilustre autor demuestra que los locos llamaron su atención notablemente. En la primera parte del gran libro, la manía furiosa y pasajera de Cardenio, motivada por grave desazón de amores, es pintura no menos admirable que la alucinación del protagonista. Los cuentos de locos en el prólogo y primer capítulo de la segunda parte, no pueden ser más gráficos. Fuera del *Quijote*, tenemos, también, los arbitristas del *Coloquio de los perros* y la admirable creación del *Licenciado Vidriera*, especie de don Quijote en miniatura.<sup>46</sup> Se ha dicho, con mucha verdad, que Shakespeare, únicamente, ha pintado la locura en sus varias manifestaciones con tanta exactitud como Cervantes y al notar los muchos escritos que se han dado á luz descubriendo, lo mismo en Cervantes que en Shakespeare, ya maravillosas doctrinas filosóficas y sociales, ya nomenclaturas botánicas, ya raros conocimientos de navegación, observa, con no poca gracia, Fitzmaurice Kelly, que esa atención á los lo-

<sup>46</sup> Véase el curioso é interesantísimo opúsculo: *Gaspar Ens: Phantasio-Cratuminos sive Homo vitreus, reissued with a note on El licenciado Vidriera by James Fitzmaurice-Kelly*, Paris, 1897.

cos de los dos escritores insignes, les ha sido devuelta por aquellos con muy cumplida cortesía.

Ocurre amenudo recordar á Hamlet cuando se menciona á don Quijote, tal vez por ser la figura más prominente del teatro de Shakespeare que por otra razón. Hamlet ha dado lugar á tantos comentarios como don Quijote; pero no son muchas las semejanzas que pueden establecerse entre ellos. Hamlet no acaba de ser un loco, en el franco sentido que el hidalgo manchego. La aparición de la sombra de su padre, que comienza el drama y es la causa impulsora de todas las acciones del héroe, resulta vista por varios otros antes del Príncipe y no puede, por consiguiente, tomarse como una alucinación. Aunque para aquellos que no conocen las revelaciones hechas á Hamlet por la sombra del Rey sobre las trágicas circunstancias de su muerte, el Príncipe es un loco, para él y su amigo Horacio, su fingida locura tiene por único objeto llegar más pronto al descubrimiento del crimen. Tan lejos está Hamlet de ser un alucinado, que duda de sus propios sentidos y de las palabras del difunto Rey, tratando de buscar por otros medios comprobaciones de carácter más positivo que la mera afirmación de una fantasma. El terrible golpe moral que recibe en la flor de sus años, le convierte en melancólico y pesimista. No existe para Hamlet más que el lado negro de la existencia; para él ha terminado el amor, cuando debía comenzar; para él ya no hay alegrías, que apenas ha tocado, y como en su propia madre ha descubierto la bestia humana, hombres y mujeres inspíranle asco igual y desprecio la vida, que considera como un paso horrible hacia la región incomensurable y misteriosa de las sombras. ¡Contraste grande con el casi infantil optimismo del hidalgo español! Para don Quijote el mundo fué en el pasado un jardín de venturas, en aquella edad de oro que pintó con tan hermoso entusiasmo, y en su tiempo, si no fuera por las violencias de algunos follones,



encantadores y gigantes, castigados, sin embargo por los caballeros, que como ángeles de salvación, acuden en el punto y hora que las injusticias se cometen, deslizándose el resto de la existencia sin más querellas que las de castos enamorados, en ricos palacios, entre reyes y princesas ó en medio de poéticas escenas pastorales. Para don Quijote el mal nunca es perdurable sobre la tierra y aún en los lances más desgraciados, redobla sus energías una risueña, fecunda y consoladora esperanza. Don Quijote, en suma, es la antítesis de Hamlet. Mientras éste, lleno de juventud y de poder, heredero de una corona, solo distingue en el mundo su aspecto más sombrío, el generoso manchego, acercándose al término de su carrera, pobre y sin más galardones que la interminable sucesión de palos y de burlas que va recibiendo por el camino, contempla, sin embargo, la vida al través de cristales color de rosa.

X

EL BUEN SANCHO

Menos parecido existe, si cabe, entre la cínica figura de Falstaff y la del prudente Sancho Panza, á quienes tan desacertadamente se ha querido comparar. Entre Falstaff y Sancho no hay más semejanza que la del enorme vientre, pero en su aspecto moral la distancia que los separa es inmensa. Falstaff es un mal hombre: fanfarrón, estafador, cobarde, lujurioso, calumniador, sin el menor destello de generosidad y nobleza. El pobre Sancho, aun cuando amigo de comer y dormir, y pasar materialmente la vida del modo mejor posible, es buen padre, buen marido, buen amigo; y á pesar de su natural ambición por las recompensas extraordinarias que le ofrece don Quijote, servidor leal del mismo, y, á veces, verdaderamente desinteresado. En su rústico y práctico caletre no caben todas las maravillas que el hidalgo le cuenta, y cuando la realidad echa abajo los castillos en el aire y el pobre labrador comprende, á raíz de un manteo ó de una paliza, que mejor estaría en su casa que siguiendo la suerte de un loco, pocas palabras del amo bastan para volverle á la sumisión y la esperanza. La superioridad social de don Quijote, la del hidalgo sobre el humilde labrador, se le impone con fuerza irresistible; luego, también, su superioridad intelectual le admira y rinde la voluntad constantemente. Este reconocimiento franco y sin reservas del talento de don Quijote, demues-



tra la buena inteligencia natural de Sancho, y á pesar de su crasa ignorancia, le hace superior, casi siempre, á los demás personajes del libro.

Cuando llega la hora, como ha observado Menéndez y Pelayo, prueba, también, que tiene su alma en su armario, y sabe meter mano á la espada para defender á su señor ó trabar batalla á puño limpio, contra uno ó contra muchos, á fin de rechazar agresiones injustas ó defender lo que él considera su derecho. Evita el lance hasta donde le es posible, pero no vuelve las espaldas una vez metido en él, aunque su carácter pacífico y su condición de buen cristiano, le llevan á sentir instintiva aversión por la crueldad y la violencia. Nada tiene, en verdad, de cobarde Sancho, aunque tal se le haya creído. Así, de noche el ruido espantoso de los batanes, pero también nos cuenta la historia que era capaz aquél de poner miedo en el ánimo más esforzado. En general no existe en el *Quijote* ningún cobarde, porque hasta las mujeres, cuando llega la ocasión, dan testimonio elocuente de la energía de la raza.<sup>47</sup>

Así como la figura de don Quijote se agranda en la segunda parte del libro, la de Sancho, también, aparece más simpática y noble. A pesar de que no creo que Cervantes trató de caricaturar á ninguna persona determinada, ni en don Quijote ni en Sancho, tal vez tuvo razón Mr. Rawdon Brown al suponer que algunos rasgos del escudero, especialmente los del egoísmo y la avaricia, parecen enderezados á censurar al Secretario don Pedro Franqueza. Pero solo puede aceptarse esta proposición en la primera parte de la obra, pues según consta

<sup>47</sup> El más notable de los imitadores de Cervantes, que ha adquirido por su propio mérito un puesto tan eminente en la literatura inglesa, ha sido Fielding, y tanto en su novela *The Adventures of Joseph Andrews, and his friend Mr. Abraham Adams* (sátira á estilo cervantesco contra Richardson y su *Pamela*.) como en su más célebre *Tom Jones*, el personaje que equivale á Sancho (en esta última obra el cómico Partridge) es un cobardón de siete suelas. También explotó esta nota cómica Butler, otro gran imitador de Cervantes, en su famoso poema *Hudibras*, una de las obras clásicas de la literatura inglesa.

en los documentos con él relacionados, en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Museo Británico, así como en las *Relaciones* ya citadas de Cabrera, Franqueza murió en la cárcel en 1607, ocho años antes de publicarse la segunda parte del *Quijote* y ni Cervantes era capaz de ofender la memoria de un muerto, ni la opinión pública, distraída ya con otros sucesos, se acordaba del Conde de Villalonga. Sancho Panza, por consiguiente, ya no era el mismo y la pluma de Cervantes fué aumentando las buenas cualidades del escudero, del propio modo que la sublime grandeza de alma del hidalgo.

Beranger se equivocó al recojer en estos versos una idea vulgar, que corre desde mucho tiempo hace, como interpretación del supuesto simbolismo del *Quijote*:

Connais-tu pas Don Quichotte?  
C'est l'esprit pur lance au poing;  
Son ecuyer boit, mange et rote,  
C'est la chair en grossier pourpoint.

Si don Quijote pudiera representar el espíritu, Sancho no representa siempre la carne en su aspecto más grosero y repugnante. Aparte su glotonería, que fuerza es conceder, Sancho, sin pretenderlo ni darle importancia de virtud, es tan casto como don Quijote. Las fáciles mujeres á su alcance que halla en las ventas, no le mueven á turbar siquiera un instante su plácido reposo, para competir en amores con ningún arriero.

Hay un momento crítico en la vida de Sancho, habilmente pintado, y es aquel en que pierde todas sus ilusiones cuando oye á don Quijote referir que en la cueva de Montesinos había encontrado á Dulcinea encantada en forma de la labradora que ambos hallaron á la salida del Toboso. Como Sancho sabía muy bien que la labradora no era Dulcinea, pues él mismo fué quien inventó que lo era para engañar á su amo, quedó allí tristemente convencido de que don Quijote mentía ó estaba loco rematado. Síguete ya con muy pocas esperanzas de la



realización de sus promesas y no vacila en expresar sus dudas á la Duquesa misma, en la escena admirable que el pintor inglés Smirke ha sabido reproducir con tanto acierto. Pero cuando á poco se ve con el gobierno de la ínsula entre las manos, humilde y casi confuso, recibe los consejos y la bendición de su señor. Aquí es principalmente donde Sancho demuestra su gran fondo de elevación y nobleza y donde se ve que no solo la carne y el grosero apetito inspiran sus acciones. Aquel tragón, aquel egoísta, que parece no seguir á don Quijote por otro móvil que la recompensa, próximo á tocar la meta de todos sus ensueños, nombrado ya gobernador, tiene un rasgo sublime de renunciación y conformidad, mezclado con una profunda y cristiana filosofía, ante la sola idea de causar un desagrado al hombre á quien debe su fortuna. La ingratitude (la más abyecta de las faltas humanas, y por desgracia, una de las más frecuentes) no es propia del leal escudero. “Señor, responde noblemente, si á vuesa merced le parece que no soy de pró para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos, y si vuesa merced mira en ello, verá que solo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de ínsulas que un buitre, y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno.” Bien hace don Quijote en contestarle que por solas estas razones merecía el gobierno de mil ínsulas y en aplaudir su buen natural. “Y si como estando yo loco (repite después en su testamento) fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad

de su trato lo merece.” Todas las faltas de Sancho se le perdonan y tenemos que amarlo más tarde, cuando vemos su generosa conducta con Ricote, la presteza con que acude á declarar en favor suyo y de su hija, y, sobre todo, aquellas nobles palabras, rehusando por segunda vez los doscientos escudos que el morisco le ofrece por ayudarlo á sacar y encubrir el tesoro que tiene escondido en su pueblo. “Ya te he dicho, Ricote, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto y prosigue en buen hora tu camino y déjame proseguir el mío, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.”

Vulgar y trillada observación es ya la del buen juicio de Sancho en su corto y burlesco gobierno de la *ínsula*. Todos conocemos sus justas y hábiles sentencias, sus discretas palabras, su conducta ejemplar, tan extraña para los que sólo esperan del rudo labriego disparates, sandeces y rasgos de egoísmo desenfrenado. Sancho no solo demuestra aquel buen natural “sin el cual no hay ciencia que valga,” según la frase de don Quijote, sino también que no ha sido en vano para él su trato familiar y constante de un hombre tan superior como su amo. Reflejo de la sabiduría de don Quijote es la de Sancho en el gobierno y prueba la más concluyente de que era un digno compañero del sublime alucinado. En ninguna ocasión podría mejor aplicarse aquel viejo refrán: “dime con quien andas y te diré quien eres.” Siguiendo á don Quijote en sus locuras, Sancho, también, pierde el seso, pero sus sentimientos se purifican, sus ideas se agrandan y adquiere, como su amo, en todo lo que no se relaciona con los dislates de la andante caballería, la asombrosa experiencia y la elevación de criterio, que convierte á los dos en hombres tan superiores.



XI

LOS DEMAS PERSONAJES

Cervantes, ya se ha dicho, no copió sus personajes á la estricta manera de un pintor, sino mezclando de diversos seres las múltiples cualidades, defectos y aventuras, con los que formaba tipos imaginarios, pero de tan notable realidad como los mismos de existencia verdadera. Sin duda que no se pintó á sí propio, como creyó don Vicente de los Ríos, en el Capitán Rui Pérez de Viedma, el famoso cautivo. Tuvo éste una existencia real; hasta cierto punto, su historia poco tiene de inventada, pero ¿qué duda puede haber de que Cervantes, como hizo en otro episodio de *El Amante Liberal* y en algunos de *La Galatea*, mezcló sucesos de su propia vida en la dramática relación de Viedma? El mismo procedimiento siguió con otras personas, á quienes hubo de conocer y cuyo carácter y sucesos llamaron su atención. Su alférez Campuzano de la novela ejemplar *El Casamiento Engañoso*, fué realmente el alférez don Alonso Campuzano que conoció por 1587 y 1588.<sup>48</sup> El Isunza y el Gamboa de *La señora Cornelia*, fueron amigos de Cervantes con esos mismos nombres y lo propio don Juan de Avendaño, á quien menciona en *La ilustre fregona*, y que probablemente llevó amores con la sobrina del autor doña Constanza de Ovando.

<sup>48</sup> V. *Bosquejo histórico sobre la novela española*, por D. E. Fernández de Navarrete. (Biblioteca de Rivadeneyra, Novelistas posteriores á Cervantes, t. XII.)

Sospéchase hoy, también, que personajes verdaderos figuran en todo el incidente de la historia de Dorotea en la primera parte del *Quijote*. El seductor don Fernando, se dice que es nada menos que el *Fénix de los Ingenios Españoles*, Lope de Vega; Dorotea, doña Isabel de Alderete, una de las varias amantes de Lope; Cardenio, don Cristóbal Calderón, uno de sus rivales, y Luscinda, doña Elena Osorio, famosa ya por ocupar en la larga historia de los devaneos del gran autor dramático un puesto importantísimo.<sup>49</sup> Y desde luego que si documentos fehacientes de la época no hubieran venido á dar cierta verosimilitud á esta explicación de la trama de la novela que con tanta habilidad entretegió Cervantes en las páginas del *Ingenioso Hidalgo*, no reconoceríamos hoy aquellos personajes, porque no tienen todos los rasgos de su carácter que por otros conductos han llegado á nuestra noticia. De Lope, por ejemplo, no tiene don Fernando más que un aspecto, el de amante seductor y gallardo caballero. Por lo demás, difícil es reconocer en ese personaje al gran poeta. Y no tuvo razón Lope para dolerse de la pintura, sí, como ahora se cree, tomó á mal que Cervantes le incluyera en el *Quijote*. En primer lugar, ¿no usó él mismo igual procedimiento en su *Arcadia*, refiriendo los amores desgraciados de su amigo don Antonio, duque de Alba? En las novelas pastoriles, especialmente, usábase de esta libertad por casi todos los escritores de la época. Lleno de alusiones á personas y sucesos contemporáneos está *El pastor Filida*, de Velez de Montalvo, costumbre que parece estableció Montemayor contando sus propios amores en *La Diana*. Lope mismo llevó el procedimiento al teatro y á otros géneros de novela. En *La Dorotea* lo proclama abiertamente y reconoce que Cervantes en *La Galatea* hizo lo mismo. Además, nadie tendría derecho á quejarse porque lo retrata-

<sup>49</sup> *Proceso de Lope de Vega por libelo contra unos cómicos*, anotado por D. A. Tomillo y D. C. Pérez Pastor, Madrid, 1901.



ran en don Fernando, que al fin y á la postre, repara sus yerros caballerosamente, arreglándose todo de la mejor manera posible. A pesar de que Cervantes no fué buen amigo de Lope, en lo que no hizo otra cosa que responder á las injurias de éste, nada encuentro en la historia de Dorotea y don Fernando que pudiera en justicia, tomarse á agravio. *El Quijote* es una novela y no un libelo, una obra de arte y no una obra de venganza.

Ningún gran novelista ha dejado de observar los caracteres de la realidad para reproducirlos en forma más ó menos directa, como ningún gran pintor ha podido prescindir del modelo. En la aventura del "cuerpo muerto" que se describe en el Cap. XIX de la Primera Parte (y que, según Navarrete, se inspiró en el suceso verdadero de la traslación de los restos de San Juan de la Cruz) observa Clemencin lo siguiente: "Repárese la especie de afectación con que las personas, al dar cuenta de sí en el *Quijote* empiezan comunmente por expresar el lugar de su nacimiento, que no parece sino que hablan delante de un juez y que contestan á las generales de la ley." Si pudiéramos trasladarnos á aquel tiempo y seguir á Cervantes por España, hallaríamos, sin duda, los originales de su obra, sin que ninguno tuviera razón de sentirlo, porque en todos hizo resaltar el lado bueno. Hasta las mujeres de vida airada que pintó, son compasivas y de buen carácter, como la Tolosa y la Molinera, que armaron caballero á don Quijote y la misma Maritornes, que trajo el vino á Sancho después del manteo "y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto, se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana". Hasta Ginesillo de Pasamonte, parece más un tunante que un malvado. El cura y el barbero, el ama y la sobrina, descritos siempre como de paso, pero con rasgos tan vigorosos que graban en la memoria su personalidad, son personajes que seguimos encontrando hoy en todas las aldeas de España. El arte

de Cervantes como pintor de caracteres es tan extraordinario, que una sola frase, escrita en apariencia sin intención de describir á un personaje, lo coloca ante nuestra vista de cuerpo entero. Por eso el *Quijote* ha sido, de todas las grandes obras de imaginación, aquella que han podido ilustrar los artistas más fácilmente, sin que en la gran variedad de cuadros, grabados y láminas que circulan sobre motivos del libro, pueda notarse mucha discrepancia en cuanto á la concepción de los personajes. Nadie podrá confundir á don Quijote ni á Sancho, ni dejar de reconocer al Duque, á la Duquesa ó á Sansón Carrasco. Hay en el libro un personaje incidental que es una maravilla de realidad y vigor como pintura, el caballero del *Verde Gabán*, que casualmente es testigo de la feroz hazaña de don Quijote con los leones. Su hogar y su familia, modelos son también de esas hospitalarias casas españolas de viejos hidalgos de provincias, no contaminados aún por las impurezas de la Corte. En cambio, no resultan tan atractivos el Duque y la Duquesa, que tan despiadadamente, á veces, se burlan de los héroes, y consienten que su servidumbre realice con ellos actos de refinada crueldad. En casa de los Duques, todas las figuras que aparecen son igualmente naturales. La burlona Altisidora, modelo de doncella divertida, no puede olvidarse nunca y la dueña doña Rodríguez, y el incidente de la venganza que quiere tomar por medio de don Quijote, llenan algunas páginas de la obra no superadas en el mundo por su naturalismo y donosura. Con esa facultad de describir un carácter en pocos rasgos, como si fueran unas cuantas pinceladas de aquellas con que supo Velázquez dar bulto y vigor á sus figuras, más vivas y reales á distancia que cerca de ellas, muévense á nuestra vista, como en perfecto panorama, don Antonio Moreno, el Virrey, Ricote, su hija y todos los habitantes de Barcelona. Mucha tinta y papel gastó Avellaneda en presentarnos á don Alvaro Tarfe, uno de los personajes



de su *Quijote*. Con gracia y oportunidad lo introduce, también, Cervantes en su Segunda Parte para hacerle reconocer que el verdadero don Quijote no era aquel con quien se le hace tropezar en el libro de Avellaneda; y bástale una pincelada para que veamos al don Alvaro como si realmente estuviera hablando con nosotros. España entera desfila, en una palabra, ante los ojos del lector. Para encontrar en la literatura universal un cuadro tan vasto y á la vez de tan gráficos detalles, preciso es salir del campo de la novela y traer otra vez á la memoria el nombre augusto del Dante.

No cabe estudiar todos los caracteres del *Quijote* más que llenando un grueso volumen, pero no he de concluir esta rápida enumeración de ellos, sin mencionar al que ha motivado comentarios más diferentes, llegándose á creer, como pretendió probarlo Benjumea, que es el tipo odioso del libro, la antítesis moral de don Quijote y del propio Cervantes. El Bachiller Sansón Carrasco, á quien toca desempeñar, con efecto, el papel poco simpático de vencer á don Quijote, no puede creerse, sin embargo, que sea un mal hombre. Aunque en su batalla con el último disfrazándose de *Caballero de la Blanca Luna*, le impulsa, en cierta medida el amor propio picado por su primera derrota como *Caballero de los Espejos*, en el fondo de Sansón, y ésta es la única causa de su primera intontona, existe solamente el deseo de que don Quijote vuelva á su pueblo, se cure, y cuide de sus abandonados intereses. ¿Y no es esto un rasgo de caballero andante y hasta, bien mirado, de verdadero quijotismo? Exponer un hombre su vida ante la furia de un loco y gastar su tiempo y hasta su hacienda en seguirlo por España, en selvas y caminos, nada más que por el deseo de volverle á la razón, sin que le venga por ello ningún interés ni ventaja, revela no poca generosidad y buenos deseos, y dado lo extraordinario de la aventura y los peligros que encierra, hasta indica, también sus puntas de enajena-

ción y romanticismo. Tampoco se ensaña Sansón con don Quijote cuando lo vence, ni pretende insistir en que confiese la inferioridad de Dulcinea. Quiere solo curar al loco llevándole á la realidad por el mismo camino de su extravío, y lo cierto es que de no guardar á don Quijote en su aldea atado y dentro de una jaula, lo que hubiera sido tan contraproducente como lo fué el encantamiento que ideó el cura para llevarlo en la Primera Parte, y, además, inhumano y violento, la única manera de obtener el fin de que reposara un año en su casa, hasta ver si le pasaba el delirio, era la de obligarle como caballero por la fuerza de su palabra. Si Cervantes quiso pintar á un enemigo suyo en el Bachiller Sansón Carrasco, no lo hizo, en verdad, con el odio que se ha supuesto. El Bachiller, después de todo, es un tipo de estudiante alegre y zumbón, pero bueno en el fondo, como hay tantos en las universidades de España y en las de todo el mundo.

La falta que el mismo Cervantes notó de haber incluido en la Primera Parte la larga novela del *Curioso Impertinente*, no lo es en realidad si tenemos en cuenta el mérito de esa composición, inspirada, según se ha observado, en un cuento de aquel á quien más parece que admiró entre los italianos: "el cristiano poeta Ludovico Ariosto".<sup>50</sup> La dificultad de sostener el interés de la narración con dos personajes solamente, le movió, también, á incluir la historia de Marcela, la del Capitán Viedma y el mismo largo incidente de Dorotea, aunque en éste, con gran habilidad, hizo figurar á don Quijote y Sancho casi constantemente. En la Segunda Parte trató de evitar este escollo y salió airoso en su empresa, porque la historia de las bodas de Camacho el rico y el casamien-

<sup>50</sup> Según don Antonio Puigblanch, la idea entera del *Quijote*, fué tomada del *Orlando Furioso*. *Opúsculos gramático-satíricos*, Londres (sin fecha). T. I, p. 81.



to de Basilio el pobre, está entrelazada con tal maestría con los actos de don Quijote y Sancho, que no parece un incidente, ni lo es propiamente considerado. Esta superioridad de la Segunda Parte, ya observada por todos los críticos del *Quijote*, se nota también no solo en el plan de la obra, sino hasta en el estilo, que resulta más elegante y cuidado. Y no ha de creerse que fué, teniendo en cuenta los diez años que mediaron entre una y otra parte, por que dedicó mayor tiempo y trabajo á escribir la Segunda. Es indudable que Avellaneda supo algunas de las ideas que tenía Cervantes, entre ellas la de hacer que don Quijote tomara parte en unas justas que se efectuaron en Zaragoza y con gran malignidad, se adelantó en su libro á referir las mismas aventuras. Cervantes tuvo que cambiar precipitadamente el plan del suyo y sin duda alguna se le ocurrió á última hora la muerte de don Quijote, para evitar, como él mismo indica, que continuara repitiéndose el caso de Avellaneda ya que la popularidad del libro había sido tan grande.

Cuando se reflexiona que la vida de Cervantes fué tan preñada de infortunios que no encontramos en ella una página de felicidad en medio de sus rudos y constantes trabajos, no podemos dejar de admirar la sabiduría de la ley que rige nuestros destinos y que ofrece siempre alguna compensación á las amarguras de la existencia, ya en el carácter ó ya en las facultades del intelecto. Desventaja mayor que la de ser siempre desgraciado es la de carecer de la dulce resignación que templó el ánimo al infortunio y es el rasgo principal de todas las naturalezas verdaderamente superiores. Cervantes poseía esta gran cualidad y, por encima de ella, el levantado espíritu de justicia que descubre el error y la falta en uno mismo, al revés de la masa vanidosa y despreciable de los ególatras, para quienes siempre lo que ellos hacen, piensan y dicen es lo más admirable, justo y sensato y, por consiguiente, tiranía del destino, infame arbitrarie-

dad de la suerte, cuanto no resulte á satisfacción de su capricho, á medida, como se dice, de sus deseos. Aquel anciano sublime que tanta razón tenía para quejarse, era el primero en reconocer "que cada uno es artífice de su ventura", en escribir mansamente este verso, tan digno de un alma cristiana,

"Con mi corta fortuna no me ensaño,"

en proclamar que la "humildad es la base y fundamento de todas las virtudes y sin ella no hay ninguna que lo sea" y finalmente, en agradecer como dones generosos, los breves ratos de dicha que pudo haber tenido y que la historia desconoce, atribuyendo á su propia culpa su escasa duración y no á la parquedad de los hados:

"Tu mismo te has forjado tu ventura,  
Y yo te he visto alguna vez con ella,  
Pero en el imprudente poco dura."

¡Ejemplo admirable y digno del autor del *Quijote*, de ese libro maravilloso que siendo la sátira en su fondo más amarga que se ha escrito, es la más generosa, la más llena de compasión para las flaquezas humanas! Libro sublime y único que ofrece constante deleite á quien lo lee, porque cada vez que se abren sus páginas, se encuentran en ellas algo que parece nuevo, como manantial inagotable de profundidad, ingenio y donaire. ¿Y que mayor recompensa que haberlo escrito pudo ofrecer á Cervantes su fortuna? ¿Qué dicha mayor que el firme convencimiento de que su nombre sería repetido por la posteridad admirada, y su obra aplaudida por los siglos venideros? La conciencia de su inmortalidad es la recompensa mejor del genio, y por esto Cervantes, pobre y lleno de sufrimientos, pudo contemplar desde el pedestal de su gloria, con risa y á la vez con lástima, las pequeñeces y locuras de sus contemporáneos.



III

CERVANTES

EN EL

RENACIMIENTO



## EPOCA LITERARIA DE CERVANTES

---

### I

Si don Vicente de los Ríos comparó á Cervantes con Homero y al *Quijote* con la *Iliada*, y Pellicer tuvo la más extraña ocurrencia de hallar un parecido notable entre el ilustre español y Lucio Apuleyo, con mucha mayor razón habrían de encontrarse relaciones entre Cervantes y Shakespeare, que fueron hombres de la misma época y espíritus iguales en la profundidad con que observaron la vida y supieron reproducir las pasiones humanas. Por otro lado, en Cervantes influyeron grandemente algunos autores italianos de su tiempo, según lo demuestran el *Quijote* y todas sus obras. Él influyó, á su vez, en otros contemporáneos suyos fuera de España, principalmente en Inglaterra, y en España misma, recibió inspiraciones, á pesar de su genio, de algunos autores cuyos nombres recuerda la posteridad, unos porque él también ha contribuido á ello, como el portugués Jorge de Montemayor, otros, porque ocupan, en virtud de indiscutibles méritos propios, un alto puesto en la historia de la literatura española, como don Diego Hurtado de Mendoza.

Curioso sería un análisis de las influencias recíprocas de Cervantes, y el más profundo y festivo, á la vez, de sus contemporáneos, el escritor que, sin excluir á Cer-



vantes mismo, hizo gala de poseer el más rico vocabulario castellano y que á juzgar por su admirable romance *El testamento de don Quijote* y otros varios de sus rasgos, comprendió el genio de aquél, y recibió algo de su inspiración. No es preciso decir que me refiero á don Francisco de Quevedo y Villegas. Fué Cervantes, además, un espíritu abierto, como se dice en la fraseología periodística moderna, en el cual es fácil penetrar todo lo que hubo de asimilarse de sus contemporáneos y predecesores. No quiso dar mucha importancia á los libros, ni á la erudición; se burló despiadadamente de los que amontonaban citas, buscando como él observaba, autores "que digan lo que yo me sé decir sin ellos," y sin embargo de eso, citó mucho, aunque jamás con pedantería y siempre muy oportunamente. Algunas de sus citas revelan devoción constante á ciertos poetas, como vemos que le ocurre con Ariosto.

Fué Cervantes además de un gran artista, uno de los críticos literarios más hábiles y sagaces que han existido, y lo prueban, no solo sus censuras á determinados libros de caballerías, y sus elogios á los pocos que elogio merecen, sino sus observaciones, casi siempre atinadas é imparciales, sobre las obras más populares en su tiempo. Fundándose en la inmortal escena del escrutinio, así le juzga el escritor francés Emile Gebhart, en su interesante estudio sobre *La librería de don Quijote*, donde examina, también, algunas de las relaciones literarias del inmortal autor, sobre todo con los poetas y novelistas franceses del ciclo caballeresco.

Finalmente, puede considerarse á Cervantes como uno de los últimos hombres, en el sentido cronológico, de esa vasta época, tan fecunda para el pensamiento humano, que se llama el Renacimiento. Desde ese punto de vista puede llamársele un contemporáneo de Rabelais y de Boccaccio y aunque español, y por tanto en un medio social que rechazaba, por una parte, los ataques á la Igle-

sia, por lo menos abierta y ostensiblemente, y por la otra el espíritu de duda, en sus libros se observa aquel fondo común de libertad de pensar, de independencia de juicio, que distingue á los grandes hombres de los finales del Renacimiento en los siglos XVI y XVII.



En los cinco años de su vida que pasó en Italia ó en contacto con los italianos, desde 1570 hasta 1575, aprendió el toscano, según parece á la perfección, cosa de la que siempre hubo de vanagloriarse y adquirió la tendencia á emplear en español los modismos de esa lengua. Si entonces hubiera existido una Academia Española, Cervantes, al revés de Quevedo, habría tenido que expurgar grandemente sus obras de los barbarismos que las plagaban, para merecer un asiento entre los que "limpian, fijan y dan esplendor" al habla de Castilla. Y digo que esos barbarismos *plagaban* sus obras y no las plagan, porque gracias á él han recibido entre los españoles carta de naturaleza. En aquella época, en que la lengua no había aún fijado sus moldes definitivos, eso fué una ventaja. Unido á la influencia italiana que se manifestó con tanto vigor desde la época de don Juan II, puede afirmarse que constituye una de las causas de la admirada riqueza del español y de su música sonoridad.

Uno de los primeros autores italianos que más contribuyeron al vocabulario de Cervantes y tal vez á sus pensamientos, fué Ludovico Pulci, autor del *Morgante Maggiore*. Pulci perteneció al siglo xv, nació en 1432 y murió en 1487, y no puede exactamente llamarse de la época de Cervantes; pero en el siglo xvi y en los comienzos del xvii, su popularidad en Europa fué extraordinaria. Recordemos que don Quijote decía "mucho bien del gigante Mor-

gante, porque con ser de aquella generación gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado." Aunque el poema de Pulci fué traducido al español por el valenciano Gerónimo Auner, que por mandato de su muy bella dama lo publicó en Valencia en 1535, dudas no pueden existir de que no leyó esa obra Cervantes en la traducción sino en el original. El poema de Pulci es á menudo burlesco y satírico, si bien se eleva á veces á grandes alturas de sentimiento. Mucho se ha discutido en Inglaterra si el traidor y vengativo Gano, á quien pinta como la causa principal de la derrota de Orlando en Roncesvalles, sirvió de modelo á la trágica figura de Yago. Dudoso es que Shakespeare conociera á Pulci; pero nó que lo conoció Cervantes y en el tipo de Margutto, glotón epicúreo que acompaña á Morgante en sus aventuras, puede vislumbrarse, tal vez, algún rasgo del carácter de Sancho Panza.<sup>1</sup> Pulci, además, se-

<sup>1</sup> Después de estar en prensa este trabajo he leído el admirable discurso de Menéndez y Pelayo sobre la *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote*, leído en la Universidad Central de Madrid en 8 de Mayo de 1905. Menéndez y Pelayo ha descubierto y señalado en este discurso el verdadero original de Sancho Panza y creo que mis lectores habrán de agradecerme que copie íntegras las palabras del ilustre crítico:

"El tipo de Sancho pasó por una elaboración no menos larga que la de don Quijote; acaso no entraba en el primitivo plan de la obra, puesto que no aparece hasta la segunda salida del héroe: fué indudablemente sugerido por la misma parodia de los libros de caballerías, en que nunca faltaba un escudero al lado del paladín andante. Pero estos escuderos, como el *Gandalin* del *Amadis*, por ejemplo, no eran personajes cómicos, ni representaban ningún género de antítesis. Uno solo hay, perdido y olvidado en un libro rarísimo y acaso el más antiguo de los de su clase, que no estaba en la librería de don Quijote, pero que me parece imposible que Cervantes no conociera: acaso le había leído en su juventud y no recordaría ni aun el título, que dice á la letra: *Historia del caballero de Dios que había por nombre Cifar, el cual por sus virtuosas obras et hazañosos hechos fué rey de Mentón*. En esta novela, compuesta en los primeros años del siglo xiv, aparece un tipo muy original, cuya filosofía práctica, expresada en continuas sentencias, no es la de los libros, sino la proverbial ó *paremiológica* de nuestro pueblo. El *Ribaldo*, personaje enteramente ajeno á la literatura caballeresca anterior, representa la invasión del realismo español en el género de ficciones que parecía más contrario á su índole, y la importancia de tal creación no es pequeña, si se reflexiona que el *Ribaldo* es hasta ahora el único antecesor conocido de Sancho Panza. La semejanza se hace más sensible por el gran número de refranes (pasan de sesenta) que el *Ribaldo* usa á cada momento en su conversación. Acaso no se hallen tantos en ningún texto de aquella centuria, y hay que llegar al Arcipreste de Talavera y á la Celestina para ver abrirse de nuevo esta caudalosa fuente del saber popular y del pintoresco decir. Pero el *Ribaldo*, no sólo parece un embrión de San-



gún observa Ginguené, fué el primero en Europa que escribió un extenso poema, con un personaje principal, del que todos dependen, y sin el cual la acción sería imposible. ¿No puede verse en esto, por lo menos, en el procedimiento, algún germen también de la idea del *Quijote*? El *Morgante Maggiore* contiene, además, algunas burlas al espíritu caballeresco en versos agudísimos, aunque está muy lejos de ser una sátira como el libro en prosa de Cervantes.

En 1486, un año anterior á la aparición del *Morgante*, vió la luz el *Orlando Innamorato* de Matteo Boiardo, á quien llama el cura "famoso poeta," en la escena del escrutinio, inclinándose á perdonar la vida al libraco *Espejo de Caballerías*, sólo porque demostraba tener "parte de su invención." Tan presente tuvo Cervantes á Boiardo, como al Ariosto y se conoce que hubo de leerle con gran amor, porque hay en el *Quijote* hasta reminis-

---

cho en su lenguaje sabroso y popular, sino también en algunos rasgos de su carácter. Desde el momento en que, saliendo de la choza de un pescador, interviene en la novela, procede como un rústico malicioso y avisado, socarrón y ladino, cuyo buen sentido contrasta las fantasías de su señor "el caballero viandante," á quien en medio de la cariñosa lealtad que le profesa, tiene por "desventurado é de poco recabdo," sin perjuicio de acompañarle en sus empresas, y de sacarle de muy apurados trances, sugiriéndole, por ejemplo, la idea de entrar en la ciudad de Mentón con viles vestiduras y ademanes de loco. El por su parte, se ve expuesto á peligros no menores, aunque de índole menos heroica. En una ocasión le liberta el caballero Cifar al pie de la horca donde iban á colgarle, confundiéndole con el ladrón de una bolsa. No había cometido ciertamente tan feo delito, pero en cosas de menos cuantía pecaba sin gran escrúpulo, y salía del paso con cierta candidez humorística. Dígalo el singular capítulo LXII (trasunto acaso de una *facecia* oriental) en que se refiere como entró en una huerta á coger nabos y los metió en el saco. Aunque en ésta y en alguna otra aventura el *Ribaldo* parece precursor de los héroes de la novela picaresca, todavía más que del honrado escudero de don Quijote, difiere del uno y de los otros en que mezcla el valor guerrero con la astucia. Gracias á esto, su condición social va elevándose y depurándose; hasta el nombre de *Ribaldo* pierde en la segunda mitad del libro. "Probó muy bien en armas é fizo muchas cavallerías é buenas, porque el rey tovo por guisado de lo facer caballero, é lo fizo é lo heredó é lo casó muy bien é decíanle ya el *caballero amigo*."

Inmensa es la distancia entre el rudo esbozo del antiguo narrador y la soberana concepción del escudero de don Quijote, pero no puede negarse el parentesco. Sancho, como el *Ribaldo*, formula su filosofía en proverbios, como él es interesado y codicioso á la vez que leal y adicto á su señor, como él se educa y mejora bajo la disciplina de su patrono, y si por esfuerzo de su brazo no llega á ser caballero andante, llega por su buen sentido aguzado en la piedra de los consejos de don Quijote, á ser íntegro y discreto gobernante, y á realizar una manera de utopía política en su *insula*."

cencias inconscientes de sus propias frases, según notó el primer comentador erudito de la gran novela española, el Reverendo Juan Bowle en sus *Anotaciones* publicadas en 1781.

"Porque el caballero andante sin amores (decía don Quijote) era árbol sin hojas y sin alma."

*Perch' ogni cavalier ch'e senza amore,  
Sen vista e vivo, é vivo senza core,*

dice Boiardo en el *Orlando Innamorato*.

Poeta más ilustre que los dos anteriores fué Ariosto y más cercano á Cervantes por la época, pues pertenece de lleno al siglo XVI, habiendo publicado su *Orlando Furioso* en el año de 1510. Con aquel sagaz espíritu crítico de Cervantes, al que ya se ha hecho referencia, comprendió la relación que existía entre Boiardo y Ariosto, manifestando que del primero tejió el segundo "su tela." Todos los comentadores del *Quijote* han tenido que observar la gran influencia de Ariosto sobre el ilustre autor español. Sembrado está su libro de reminiscencias, citas y observaciones sobre ese poeta.

"Damas, armas, caballe-  
Le provocaron de mo-  
Que cual Orlando furio-  
Templado á lo enamora-  
Alcanzó á fuerza de bra-  
A Dulcínea del Tobo."

Esto dice, como todos recuerdan, *Urganda la Desconocida* hablando del Ingenioso Hidalgo, en los comienzos de su historia; y así canta también en el comienzo de su *Orlando* el inspirado Ariosto:

*Le donne, i cavalier, l'arme, gli amori,  
Le cortesie, l'audaci imprese io canto.*

"Por la repetición de dichas palabras y la mención expresa de *Orlando Furioso*, escribe Clemencin, es claro que en los versos de Urganda indica Cervantes lo que la lectura de Ariosto influyó en la demencia del hidalgo



manchego. No lo tenía menos leído el de Alcalá, como se vé por las frecuentes alusiones del *Quijote*: el *Orlando Furioso* y el libro de *Amadis de Gaula*, fueron dos de los principales textos de Cervantes”.

Ya antes del *Quijote*, en *La Galatea*, expresó su admiración por el poeta italiano:

“Yo soy, dice en esa obra la musa *Caliope*, la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso.”

No perdona, después, en la escena del escrutinio de la librería de don Quijote, al capitán don Gerónimo Jiménez de Urrea, el atrevimiento de haber traducido en malos versos castellanos los de su poeta favorito. En suma, la novela del *Curioso Impertinente*, la tomó de una historieta de Ariosto y según Voltaire decía (descubrimiento que se apropió en Londres á comienzos del pasado siglo el batallador don Antonio Puigblanch), el *Quijote* entero no es otra cosa que una imitación del *Orlando Furioso*.

No diré yo tanto; pero es indudable que los tres poemas caballerescos que se acaban de mencionar de Luigi, Boiardo y Ariosto tuvieron alguna influencia en la idea que concibió Cervantes de pintar á un hidalgo español con la mollera trastornada por la lectura de las proezas de la andante caballería. Fuera de esto, y de los italianismos que de sus obras tomó é introdujo en la lengua castellana, ningún otro parecido existe entre los tres poetas mencionados y el hijo inmortal de Alcalá de Henares. Ariosto, quizás, como le pintan sus biógrafos, tiene algunos rasgos personales que pueden recordarlo en su vida, porque fué, como él, un hombre dulce y pobre y, á pesar de su fama, mal comprendido de sus contemporáneos.

Otro célebre escritor italiano del siglo XVI fué Jacopo Sannazaro, muerto en 1530, cuando Cervantes tenía 17 años. La gloria de Sannazaro, no es tal vez, haber escrito un libro, sino haber dado nacimiento á un género, que

tuvo popularidad inmensa en toda Europa y ocupa un lugar en todas las literaturas. La novela pastoril, tiene, con efecto, su origen en la *Arcadia*, aunque Cervantes, no por ignorancia, sino por descuido, atribuyó á *La Diana* de Montemayor la gloria de haber sido la primera obra de esa clase. Con Sannazaro comenzaron los amores bucólicos y las tiernas aventuras de pastores y pastoras que fueron durante tantos años la admiración de las damas que se preciaban de inteligentes y discretas. Con él comenzó, también, aquel empalagoso estilo y aquella extraña mezcla de prosa y verso, para dar entrada á las canciones de los agrestes personajes y que sobre ser muy falso y contrario á la verdad, tiene el mayor defecto de ser eminentemente aburrido.

En Francia, á comienzos del siglo XVII, la época de *La Astrea*, de Urfé, y de la mayor influencia de Mlle. Scudéry, el mal llegó á ser epidémico. En España, siguiendo el ejemplo de Montemayor, que imitó directamente á Sannazaro, la novela pastoril fué también popularísima por la misma época, poco más ó menos, como vemos en las obras de los continuadores de la *Diana*, Alonso Pérez y Gil Polo y en Lope de Vega, que escribió también una *Arcadia*, Luis Gálvez de Montalvo, Bernardo de Valbuena y entre otros muchos, el mismo Cervantes.

De todas esas obras, sin excluir las italianas y francesas, la única que se lee algo ahora es *La Galatea*, quizás por la sola razón de que la escribió Cervantes. Este comprendió la ridiculez del género pastoril, y probablemente intentó escribir una tercera parte del *Quijote* enderezada á combatir esa clase de novelas, como en las dos primeras combate los libros de caballerías; pero la aparición de la obra de Avellaneda, en 1614, le hizo cambiar de plan, y dió entonces muerte á su héroe. Bastante dijo, sin embargo, sobre la graciosa determinación de don Quijote y Sancho de hacerse pastores y cantar por bosques



y praderas, el uno las bellezas de Dulcinea y el otro las seductoras gracias de Teresa Panza.

En 1622 Charles Sorel, escritor que tiene, por cierto, la poco envidiable distinción de haber tratado de menospreciar en frases groseras el genio de Cervantes, escribió su *Histoire comique de Francion* y *Le Berger Extravagant*, en que intentó matar el género pastoril con el mismo procedimiento del *Quijote*, es decir, pintando un personaje que perdió el juicio con la lectura de *La Astrea* de Urfé, y salió al campo á poner en práctica lo que había leído en su libro. Pero aunque los Sorel sean tantos como imitadores ha tenido el *Quijote*, Miguel de Cervantes Saavedra ha sido uno solo en el mundo. La novela pastoril desapareció con la mejora del gusto y el amor á la verdadera sencillez del estilo, sin afectaciones y falsedades. De los estantes de las bibliotecas de las *preciosas ridiculas* cayeron en el siglo XVII los últimos libros de esta clase que habían quedado, al eco vibrante de las carcajadas de Molière.

Pero si Italia pudo ofrecer á Cervantes el germen de su *Galatea* y el de su inmortal *Quijote*, más directa influencia tuvo, sin duda, en hacerle concebir la admirable idea de las *Novelas Ejemplares*. La *noveletta* italiana fué, según Garnett observa, "el agente más poderoso del bien y del mal" en su tiempo, fuente de inmoralidad y de moralidad, á la vez; pero, sobre todo, admirable instrumento de arte para la breve pintura de los caracteres y las pasiones. Que Cervantes leería á Boccaccio es indudable, aunque no recuerdo ahora si le cita alguna vez, pero sí hay motivos para creer que conoció las obras de Mateo Bandello, Grazzini, Cinthio, Straparola y quizás de Giovanni Basile, conde de Morone, tan populares todos durante la época de su estancia en Italia.

Bandello y Cinthio tuvieron la gloria de haber sido robados por Shakespeare, si robo puede llamarse trans-

formar en *Romeo y Julieta*, en *Othello* y en *Medida por medida*, las *novelettas* que sobre los mismos asuntos escribieron esos autores, con bastante gracia, pero sin la admirable profundidad del "bardo de Avón." También me inclino á creer que fueron estos dos novelistas los que más leyó Cervantes en Italia. Bandello murió en 1561 y era lombardo. Cinthio murió en 1573 y era de Ferrara. El primero fué más obscuro. Si *La tía fingida* es de Cervantes y no del autor del *Quijote* de Avellaneda, como creyó con razones bastante apreciables Andrés Bello, su espíritu y hasta su lenguaje se inspiran directamente en Bandello. Fué éste, además, gran observador de las costumbres italianas y algo de su método puede observarse en la misma inmortal *Gitanilla*. Cinthio era más pulcro, aunque indudablemente, menos genial. De ambos tomó Cervantes el género, la novela corta de costumbres, que en nuestra época ha vuelto á renacer con vigor tan extraordinario.

Cuando Cervantes caía herido con tanta gloria en la batalla de Lepanto, escribía una de las páginas más inspiradas de su *Jerusalén Libertada*, aquel genio de la poesía, cuya vida evoca tan melancólicos recuerdos y que pronto había de llenar el mundo con su fama y el dolor de su trágico fin. Torcuato Tasso y Cervantes, no tienen á pesar de esto, otro punto de semejanza que el de haber sido contemporáneos. Lope de Vega, imitó, sin duda, *La Jerusalén* en un poema mediocre; pero no es de este lugar que señalemos las grandes diferencias entre ambos. Si el sufrimiento crea alguna relación entre los hombres, Tasso y Cervantes fueron espíritus hermanos. Lo mismo puede afirmarse de Camoens, que murió en la miseria cuando Cervantes sufría aún los rigores de su cautiverio. Hermanos también por el genio, por el dolor y por la raza, Portugal y España tejen unidas para Cervantes y Camoens sus coronas de gloria.



III

Pasaremos brevemente en España sobre las obras muy anteriores á Cervantes, pero que, sin duda, influyeron en su genio, entre ellas la admirable *Celestina* de Fernando de Rojas,

“Libro en mi opinión divi-  
Si ocultara más lo humá”.

y dejaremos á un lado los libros de caballerías, de que se burló con gracia tan inmortal, exceptuando el *Amadis de Gaula*, que fué, sin duda, el único que le inspiró con justicia gran respeto y que todavía sobrevive en la prosa, á ocasiones elegante y sencilla, de García Ordóñez de Montalvo. El juicio de Cervantes sobre *Amadis* es una de las páginas más bellas de crítica que se han escrito en el mundo y que mejor demuestra la serena imparcialidad de su espíritu.

Pero limitándonos á los escritores de su época en España, la comparación es difícil por la distancia inmensa que en mérito los separa, exceptuando quizás á don Francisco de Quevedo, aunque por haber influido sobre todos ellos las mismas ideas reinantes, las costumbres y hasta la política del tiempo en que vivieron, en las obras de todos encontramos el fiel espejo de lo que fué España en los siglos XVI y XVII.

Que Hurtado de Mendoza influyó sobre *Cervantes* y que en el *Lazarillo de Tormes* encontramos el origen de la novela picaresca, de que es ejemplar tan admirable

*Rinconete y Cortadillo*, es un hecho harto conocido para requerir extensa demostración. Las citas de Mendoza que encontramos á cada paso en las obras de Cervantes bien lo prueban y también el estilo, no contaminado aún en Mendoza por el mal gusto de los culteranos, y siempre límpido y puro en Cervantes, con excepción de algunos trozos de su *Persiles y Sigismunda*.

Este es uno de los timbres de gloria del gran escritor, el que mejor demuestra, quizás, la superioridad extraordinaria de su genio literario. Cervantes, sin necesidad de hacer como Lope gala tan vanidosa de combatir el culteranismo, se mantuvo siempre alejado de su influencia. Lope, en cambio, se contaminó, á veces, como todos y en sus comedias tropezamos y lo mismo en algunos de sus poemas, con trozos tan enredados y confusos, y tan llenos de extraños giros y palabras, que compiten con los mismos de Góngora y los que posteriormente afearon las mejores obras de Calderón. Hasta Quevedo, en sus escritos serios en prosa, si no culterano (que esto era imposible dado su buen gusto) se hincha á veces y adopta un tono afectado y ceremonioso. Cervantes nunca. La prosa de Cervantes corre suave y ligera, sin buscar efectos falsos y emocionando por la única razón de su sinceridad. Como escribía con tan notable sencillez, poniendo en sus frases lo mejor de su alma, de aquí que su estilo haya sido siempre inimitable. Cervantes en el mundo podría sólo volver á escribir en estilo *cervantesco* y como para remedarle es preciso tratar de fingir lo que era en él un modo de decir tan natural y espontáneo, sus imitadores todos resultan grotescos á fuerza de afectación. De esta regla no puede exceptuarse ni al mismo suramericano Juan Montalvo, que como imitador de Cervantes se ha hecho tan famoso.

Hay que tener en cuenta además, y en esto se fijan pocos, que en Cervantes hay dos estilos, el que es propiamente suyo y el que usó para burlarse de los libros de



caballerías, en su mayor parte escritos en lenguaje anterior al de su época. Los que remedan á Cervantes suelen por esta razón, sin saberlo, y de ello tenemos bastantes pruebas en el mismo Montalvo, usar giros y palabras del siglo xv, en lugar del español casi semejante ya al nuestro, de la segunda mitad del siglo xvi y el xvii.

Quevedo fué de un vocabulario más rico y gran número de sus palabras han caído en desuso; pero careció de la gracia especial, de aquel modo único, elegante y sencillo de torrear la frase, que es el principal mérito de Cervantes y por el que ha dado su nombre á la lengua castellana.

El estilo de Lope de Vega es bien diferente. A Lope faltábale en prosa la facilidad estupenda, el peregrino donaire con que superó en el verso no sólo á Cervantes sino á cuantos poetas ha habido en España. Las novelas del *Fénix de los Ingenios* se caen de las manos. *La Arcadia*, además de insulsa, es de una monotonía insupportable y *El Peregrino en su patria*, á pesar de alguno que otro rasgo de elevada pasión, es un libro que cuesta trabajo leerle. Cervantes no tuvo, en cambio, el dón de versificar que distingue á Lope, aunque en el *Viaje al Parnaso* y en el mismo *Canto de Caliope*, se hayan descubierto descripciones felices. Decía él que nunca tuvo de poeta

“la gracia que no quiso darme el cielo,”

pero, en cambio, fué poeta en el más alto sentido de la palabra, “el primero entre los españoles,” como escribió Menéndez y Pelayo, si por poeta hemos de entender el creador de tipos inmortales y el que conmueve las fibras más hondas del corazón humano.

Tampoco fué Cervantes un gran autor dramático, como Lope, y sus obras en este género, le colocan muy por debajo de Tirso, de Alarcón y de Moreto. Pueden compararse á él estos autores, por haber creado tipos uni-

versales y fecundos en la historia literaria. El *Don Juan*, de Tirso, ha recorrido el mundo, inspirando á Molière, á Byron y á Zorrilla. Al don García de *La verdad sospechosa*, no pudo sustituirlo ni Corneille con el héroe de su *Menteur*. Moreto, el autor de *El desdén con el desdén* y de *El lindo Don Diego*, es el verdadero creador de la comedia de costumbres y caracteres, resucitada después en España por Moratín, en prosa y dentro de los tímidos moldes de las tres unidades clásicas. Pero fuera de ese punto especial de semejanza que puede hallarse en todos los grandes escritores, cuando llegan á un grado de excelsa superioridad, nada veremos en Tirso, Alarcón y Moreto comparable á Cervantes.

En Calderón, tampoco, aunque no fué estrictamente su contemporáneo y perteneció al reinado de Felipe IV. Calderón, á quien se ha mencionado tantas veces hablando de Shakespeare y de Goethe, fué un espíritu opuesto al de Cervantes en todo. Carece en absoluto de *vis cómica* y le sobran á pesar de su profundidad, afectación y lirismo. Los graciosos de Calderón—sin exceptuar al célebre *Clarín*—se ha dicho acertadamente que son los personajes de menos gracia que han salido jamás á la escena.

Se cita muy amenudo á Boscán, Garcilaso y Herrera, entre los grandes contemporáneos, dignos de mención al ocuparnos de Cervantes. Que leyó éste en su juventud con gran amor á Garcilaso y lo mismo á Herrera, es cosa que no se puede negar, por ser tan evidente en sus escritos; pero tampoco puede compararse á ellos en ningún otro aspecto. Quizás con los Argensolas, que fueron sus ingratos amigos, podría descubrir la crítica algún punto de contacto, sobre todo en sus obras menores en verso. Pero mayor semejanza con Cervantes habríamos de hallar en los novelistas de su mismo tiempo, que pintaron también las costumbres españolas. Vélez de Guevara, Vicente Espinel, Salas Barbadillo y



el insoportable y asqueroso Andrés Pérez, aunque de méritos tan distintos cuando entre sí se les compara, carecen, sin embargo, de títulos bastantes para resistir un paralelo con el autor del *Quijote*. En nuestro sistema planetario no hay más que un sol. En el universo de la literatura no hay más que un Cervantes. Si Shakespeare puede colocarse á su lado, es el suyo un ejemplo único. España no podía producir otro escritor semejante, porque la naturaleza—como decía inspiradamente Ventura de la Vega—parece que descansa de su esfuerzo cuando sale á la vida un genio tan extraordinario.

#### IV

Volvamos la vista á Francia. Para Rabelais nada en el mundo hay tan sano como la risa y cuando evocamos la memoria de Cervantes, justo es siempre consignarle un recuerdo. Hijo del siglo xv, nacido en Turena allá por 1495, sus carcajadas llenaron el siglo xvi y aún contraen los labios de la posteridad. ¿Supo alguna vez Cervantes que Rabelais había existido? ¿Tuvo noticias de Gargantua y de Pantagruel, aquellos dos gigantes tan llenos de plácida alegría? ¿Se enteró de que en la tierra se había escrito el viaje inimitable de Panurgo? Probablemente nó. Cervantes, con excepción de las novelas de caballerías, “desas que tratan de las cosas de Francia,” como decía el cura, tuvo pocas lecturas de libros franceses. Ignoró—¡qué lástima!—que un hermano menor suyo en el genio, *Alcofribas Nasier*, había vivido reinando el “caballero” monarca Francisco I, que le protegió é hizo merced, como no supo hacerlo con él—Cervantes—el estúpido y vulgar don Felipe III.

Rabelais pudo reir á mandíbula batiente, de todo aquello que Cervantes tenía que respetar ahogando la risa. La Iglesia, los frailes, aquellos frailes ante quienes Cervantes se inclinaba, y *más siendo*, como Lope de Vega, *familiares del Santo Oficio*, fueron el blanco eterno de las burlas rabelesianas. Fraile él mismo, médico, también, ¿qué cosa en el mundo no era digna de su risa? Ahora se acaba de descubrir, como quien dice, que retrató al mismo Francisco I en la figura de Panurgo. Y ¿por qué nó? Panurgo “era el más disoluto y bribón



de la tierra." ¿No lo fué Francisco I? Panurgo fué, á la vez, "el hombre más virtuoso del mundo." ¿No lo fué, también, el hermano de Margarita de Navarra? El hombre, para Rabelais, puede serlo todo á un tiempo, ángel y demonio. De la misma manera creía y probó Cervantes que un loco puede ser la persona de mejor juicio sobre la tierra. Los genios distinguen siempre esos extraños contrastes del ser humano.

En la época de Rabelais penetraron en Francia los libros de caballerías. El *Amadis de Gaula* fué traducido del español, de 1540 á 1548, por *Herberay des Essarts* é hizo las delicias de Francisco I. Rabelais no pudo burlarse de esos libros destinados á morir más tarde á manos de Cervantes, pero no se contagió con su falso idealismo. Rabelais es naturalista, tanto como puede serlo el mejor escritor de nuestros tiempos, escéptico, como un parisiense de la época de Voltaire, obsceno á ocasiones, como el mismo Pedro Aretino. Cervantes no llega jamás á ninguno de esos extremos. Su risa es benévola y mansa. Ríe de don Quijote abiertamente y la posteridad es la que ha venido á comprender que se reía, también, de todo el mundo. Rabelais no es, tampoco, de la talla de Cervantes, como no puede Panurgo equipararse á Sancho Panza.

Después de Rabelais, y dejando á un lado á Margarita de Navarra—directa heredera de Boccaccio—la figura más saliente que hallamos en la literatura francesa, para compararla á nuestro autor, es la de Montaigne. Vivió á la vez que Cervantes, habiendo nacido en 1533. Cuando éste publicaba *La Galatea* en Madrid, era Alcalde electo de la ciudad de Burdeos. En 1580 publicó sus *Ensayos* cuando Cervantes regresaba del cautiverio y murió en 1592, antes de haberse engendrado el *Quijote* en una cárcel. Entre Miguel de Montaigne y Miguel de Cervantes, no hay relación alguna por el género de sus obras. Ninguna obra del español ilustre se asemeja á los *Ensayos* y en su vida tampoco tuvieron parecido.

Montaigne pasó una existencia dulce y tranquila entre libros y entre amigos. Cervantes tuvo pocos libros y su amigo más fiel fué el infortunio.

Pero hay algo quizás en que pudiera descubrirse entre ambos una semejanza notable. Montaigne analizó el corazón humano en sí mismo. Se retrató moralmente de diversos modos, describió en sus *Ensayos*, paso á paso, la historia de su alma. Para Rousseau fué un *falso sincero*. Su falsedad, sin embargo, si es que existe, logra despertar profunda simpatía. Cervantes, quizás, se analizó, también, del mismo modo, pero en un espejo. Si es cierta la afirmación de que se describió moralmente en don Quijote (y que puso en él mucho de su alma es cosa que no puede negarse) ¿qué análisis mejor, qué mejor retrato? El procedimiento, sin embargo, es tan distinto, que la semejanza resulta muy lejana. Por una sola cualidad puede comparárseles en literatura. Ambos fijaron su lengua y así como el francés ha decaído después de Montaigne, como Saint Beuve observa, el castellano también ha decaído después de Cervantes.

Montaigne fué un moralista, Cervantes un novelista. Lo mismo puede decirse de La Rochefoucauld y La Bruyere y hasta del *buen Lafontaine*. El moralista describe y juzga. Cervantes no juzgaba. Lanzó sus personajes inmortales al mundo, y los entregó, como Dios su obra, á las disputas de los hombres.

Para encontrar en Francia otro genio, si no igual, parecido á él, hay que volver al teatro y entrar de lleno en la segunda mitad del siglo XVII. Molière fué, también, un creador de tipos inmortales, el censor implacable y sereno de una falsa literatura y uno de los grandes burlones de la familia de satíricos que comenzó riendo en Grecia con Aristófanes y acabó en el siglo XVIII detrás de las barras de la jaula en que murió Swift.

Alceste tiene mucho de don Quijote en la nobleza, pero no en su juicio de los hombres y la vida. Alonso



Quijano no fué un misántropo, ni soñó en morir aislado del mundo y lejos del trato de los hombres. Amaba las princesas, las galas, los torneos. Dulcinea fué siempre casta y pura á sus ojos y no tuvo don Quijote como Alceste que sufrir el desengaño de haber puesto su amor en una frívola coqueta. ¡Pobre Molière que así pintó las torturas de su alma! Sancho Panza tampoco es Tartuffe. Las mentiras de Sancho son los expedientes de un rústico labriego para salir de un mal paso, jamás la hipocresía engañosa del que finje la virtud siendo un malvado. Entre todos los personajes de Molière el que más puede parecerse á Sancho es el célebre monsieur Jourdain, en una parte de la vida del escudero, cuando éste se viste de gobernador y sale á tomar posesión de la ínsula. Pero Sancho no pierde nunca su buen sentido. Su encumbramiento súbito le hace más lógico y bajo el traje de caballero que tan mal le sienta, no abandona jamás su claro juicio de aldeano.

La burla del francés es muy distinta de la burla del español. La *moquerie* no es la sana y ruidosa risa del hidalgo, que abandona un instante la seriedad de su traje negro y su aspecto grave para entregarse al buen humor y á la chanza. El francés tiene siempre la sonrisa en el labio. Aquellos retratos de Molière, aquel busto suyo que vemos en el vestíbulo de la Comedia Francesa en París, en que aparece tan serio, tan pensativo, tan melancólico, ¿acaso no pueden ser errores del artista? Molière sufrió mucho y tal vez lloró cuando los hombres no le veían. El que tanto ridículo echó sobre los maridos burlados, fué—y es cierto que lo sabía—uno de ellos. Pero la gravedad de su rostro es más propia de Cervantes. *Le bon rire gaulois*—que nunca llega á la carcajada ruidosa—no abandona al francés en ningún lance de la existencia. Sobre los labios de Molière sentaría bien una sonrisa, como sienta su serio continente de hidalgo orgulloso, en los retratos nada auténticos del “padre” de don Quijote.

V

Viviendo Cervantes, Shelton tradujo el *Quijote*. No mucho después de él, Philips volvió á traducirlo en 1676. La de Motteux también es una traducción antigua.

Desde entonces los ingleses amaron á Cervantes tanto como los españoles. El *Quijote* es un libro tan popular en Inglaterra como las obras de Shakespeare, y el inglés es la lengua que presenta más numerosas traducciones de la inmortal novela.

Fueron también los ingleses los primeros que la imitaron. El *Hudibras* de Butler es del siglo XVII, y en el XVIII la literatura cervantina llena importantes páginas de la historia literaria de Inglaterra. Fielding y Smollet son hijos de Cervantes. Sterne le imitó en su *Viaje sentimental*, remedando en una página inmortal el encuentro de Sancho con su rucio. “Sin el *Quijote*, dice el crítico inglés Roscoe, nos veríamos privados de algunas de nuestras mejores obras.” Influyó, pues, grandemente el ilustre *Manco de Lepanto* en el pensamiento inglés de su época y como la traducción de la primera parte de su libro por Shelton, se publicó durante su vida, nada de extraño tiene que Shakespeare la hubiera leído.

Cervantes, como autor dramático, puede compararse á Marlowe en *La Numancia*, pero no tiene ningún otro rasgo parecido á Ford, á Massinger ó á Ben Jonson. El último es rigurosamente clásico y Cervantes, á pesar de las teorías que desarrollan sobre las comedias en su día-



logo el cura y el canónigo del *Quijote*, no respetó las reglas aristotélicas, ni trató de imitar la comedia antigua. Su semejanza con Shakespeare, de que tanto se ha hablado, consiste en el vigor intenso de su representación de la vida y de los hombres.

Para encontrar quien haya podido en el mundo concebir y describir tan gráficamente como Shakespeare y Cervantes, hay que volver la vista atrás y descubrir en el siglo XIII la figura magestuosa del Dante. La percepción que ellos tuvieron fué mágica. Concibieron un hombre, un tipo, y lo concibieron de modo tan perfecto en sus poderosas imaginaciones, que al lanzarlo al mundo adquirió la misma vida de los hombres nacidos de mujer. ¿Quién desconoce en la tierra á Oteló? ¿Quién á Sancho? ¿Quién á Romeo y á Julieta? ¿Quién á don Quijote? Viven y hablan como nosotros, los sentimos, los palpamos, y sin embargo—¡oh generosas almas!—cuando no queremos buscarlos en la soledad de nuestras lecturas, se apartan de nuestro lado y se disuelven en la sombra. ¿Qué poder misterioso ha podido formarlos? La percepción poderosa y fecunda del genio, tan superior á la del resto de los hombres, como explica Taine en uno de sus párrafos más admirables. Los hijos del genio, como los dioses del Olimpo, no mueren nunca.



# INDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA .....	III
PRÓLOGO.....	V

## I

### EL HOMBRE

#### LA VIDA DE CERVANTES

## I

El genio y la naturaleza humana.—Diferencias entre el genio y el hombre.—Ejemplos de Villon, Cellini, Maquiavelo y Bacon.—El caso de Casanova y el de Pepys.—Escaso valor de los juicios que forman sobre sí mismos los grandes escritores.—Cervantes no fué una excepción.—El caso de Lope de Vega.—Cervantes no fué un santo.—Exageración de los cervantómanos.—La tiranía del vientre, según Rabelais .....	3-8
--	-----

## II

Nacimiento de Cervantes en Alcalá de Henares.—Don Rodrigo de Cervantes el sordo.—La nobleza de su familia.—Abundancia de nobles en España.—Los árboles genealógicos.—El cocinero de don Federico Cardona.—Nobleza del criado del Conde de Frober.—Superioridad del dinero según el Arcipreste de Hita.—General pobreza de la nación en tiempos de Cervantes.—La educación de éste.—El maestro López Hoyos.—Viaje á Italia.—Vida militar.—Lepanto.—Testimonios de heroísmo.—El cautiverio en



Argel.—Los informativos.—El padre Haedo.—Sufrimientos y temple de alma de Cervantes.—El rescate.—¿Intentó realmente sublevarse en Argel y conquistar este reino?—La epístola á Vázquez.—Diferencia entre el genio literario y el hombre de acción.—Cervantes no fué un Rienzi ni un Masanielo, ni destronó reyes más efectivamente que don Quijote..... 9-16

III

1580.—Desembarco en España.—Fracaso del último informativo.—¿Volvió á servir en la Armada?—Misión á Orán.—Cervantes y Napoleón Nomelín.—*La Galatea*.—Matrimonio con doña Catalina de Palacios.—Las tradiciones de Esquivias.—La hija adulterina de Cervantes.—Doña Isabel.—Doña Ana de Rojas.—Entusiasmo que se observa en *La Galatea*.—Escaso éxito de este libro.—El teatro.—Las obras dramáticas de Cervantes.—Lope de Vega "el monstruo de la naturaleza"..... 17-21

IV

En el silencio del olvido —Traslado á Sevilla.—1588.—Empleo en el comisariato de la Armada.—Don Diego de Valdivia.—Petición de un destino en América.—Fracaso de este intento.—1592.—La prisión en Castro del Río.—Primer alcance en las cuentas.—Cervantes se acuerda otra vez de su pluma de autor dramático.—La sombra de Lope de Vega.—1594.—La recaudación de Vélez Málaga.—Simón Freire de Luna.—Acusaciones contra Cervantes.—Nuevo alcance en sus cuentas.—Prisión en 1597.—Viajes por la Mancha.—Leyendas de Argamasilla.—Nueva declaración en el proceso en 1603.—La cárcel del Quijote.—Recuerdos de Chaucer, el Arcipreste de Hita y Silvio Pellico.—La protesta de Cervantes..... 22-25

V

La risa y el infortunio.—Seriedad de Cervantes hasta la aparición del *Quijote*.—1604.—La familia en Valladolid.—Tomé Pinheiro da Veiga.—La fama de Lope.—Decisión de Cervantes en oponerse á Lope de Vega.—Contraste entre la vida de ambos.—Cervantes, pobre y sin amigos, quiere abrirse paso.—La dedicatoria del *Quijote* á Béjar.—Enemistad entre Cervantes y Lope —Lo que dice Avellanada.—El prólogo del *Quijote*.—Ridículo lanzado sobre Lope de Vega.—Triunfo final de Cervantes..... 26-35

VI

1605.—La causa por muerte de Ezpeleta.—Conducta infame del Alcalde Villarroel.—Ediciones del *Quijote*.—Enredo de familia.—Segundo matrimonio de doña Isabel y la casa en la red de San Luis.—Frecuencia de los donativos á las mujeres de la familia de Cervantes.—Actividad literaria de 1615 á 1616.—Muerte de las hermanas de Cervantes, Andrea y Magdalena.—Gloria y pobreza.—Socorros.—Entrada en la Iglesia.—Los últimos días.—Los contemporáneos y la posteridad..... 36-40

II

EL LIBRO Y LA EPOCA

I

1604-1605..... 43-46

II

Pobreza y valor..... 47-50

III

El mal gobierno..... 51-59

IV

El Duque de Lerma..... 60-67

V

Los libros de caballerías..... 68-72

VI

Cervantes y el *Quijote*..... 73-78

VII

La moral del *Quijote*..... 79-85

VIII

Cervantes y Velázquez..... 86-88

IX

Don Quijote..... 89-96

X

El buen Sancho..... 97-101

XI

Los demás personajes..... 102-109

III

CERVANTES EN EL RENACIMIENTO

EPOCA LITERARIA DE CERVANTES

I

Cervantes pertenece al Renacimiento.—Sus predecesores y sucesores.—Su espíritu y su genio..... 113-115

II

Conocimiento del toscano.—Pulci.—Cuál fué el original de Sancho Panza.—Mateo Boiardo.—Ariosto.—Sannazaro.—



La novela pastoril en Francia; Italia y España.—La *novelletta*.—Boccaccio.—Inspiradores italianos de las *Novelas Ejemplares*.—Cinthio y Bandello.—Tasso y Cervantes.—Camoens..... 116-123

III

La Celestina.—Mendoza y el *Lazarillo* —El Culteranismo.—Lope y Quevedo.—El estilo cervantesco.—Estilos de Lope y Cervantes.—Los autores dramáticos: Tirso, Alarcón, Moreto.—Calderón.—Boscán, Garcilaso y Herrera.—Los Argensolas.—Los novelistas de segunda fila ..... 124-128

IV

Rabelais.—Montaigne —Molière ..... 129-132

V

El *Quijote* en Inglaterra.—Shakespeare..... 133-134